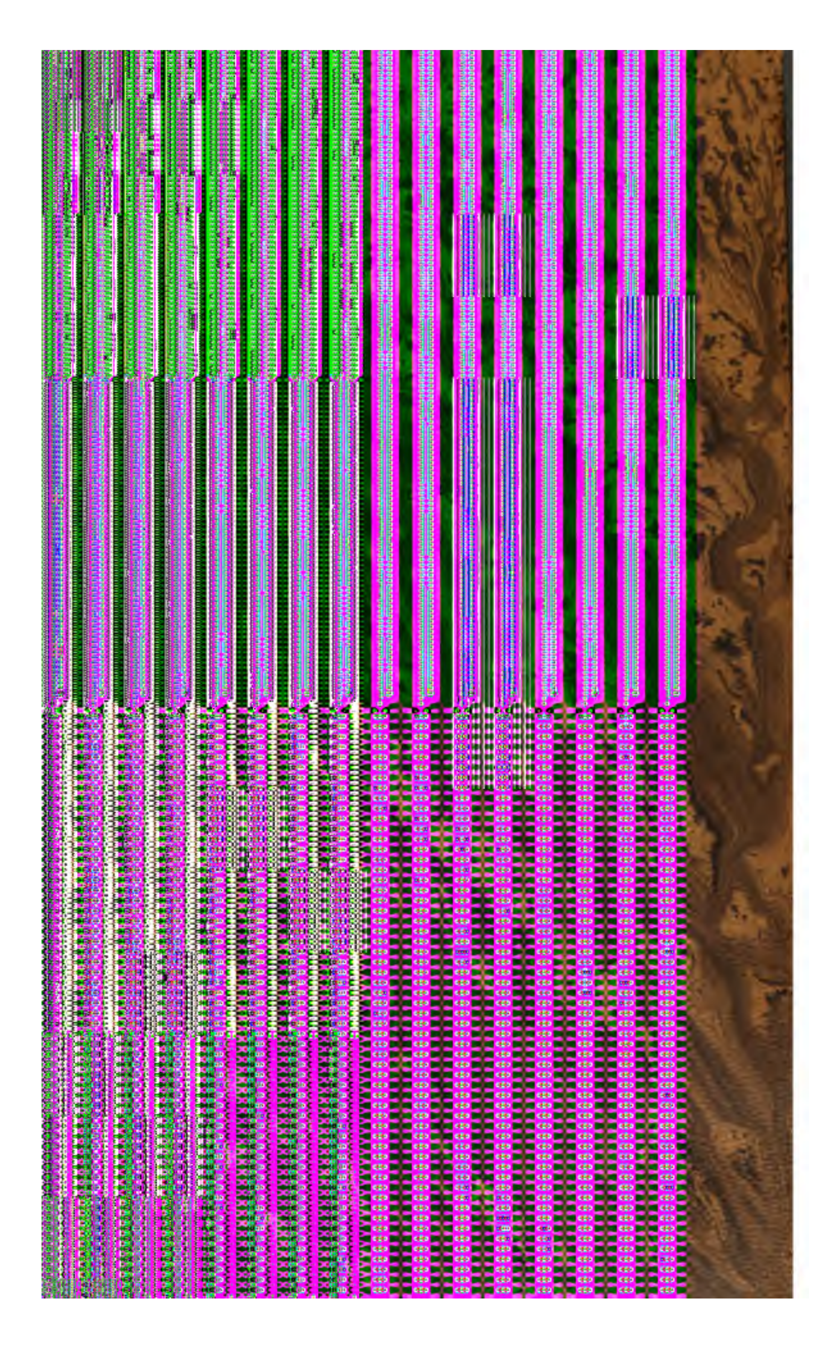
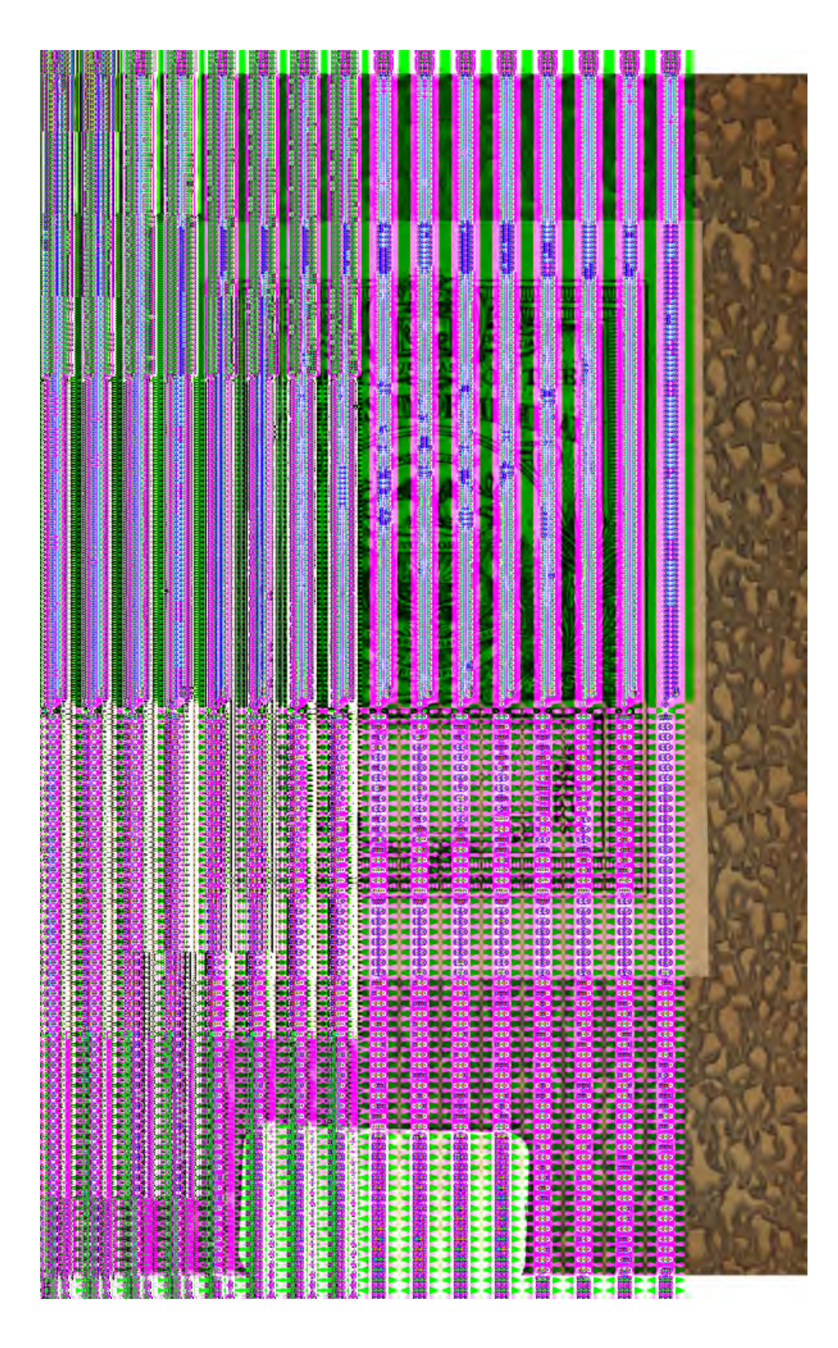




MAURICIO LÓPEZ-ROBERTS

LAS DE GARCÍA TRIZ

LA CANTORA

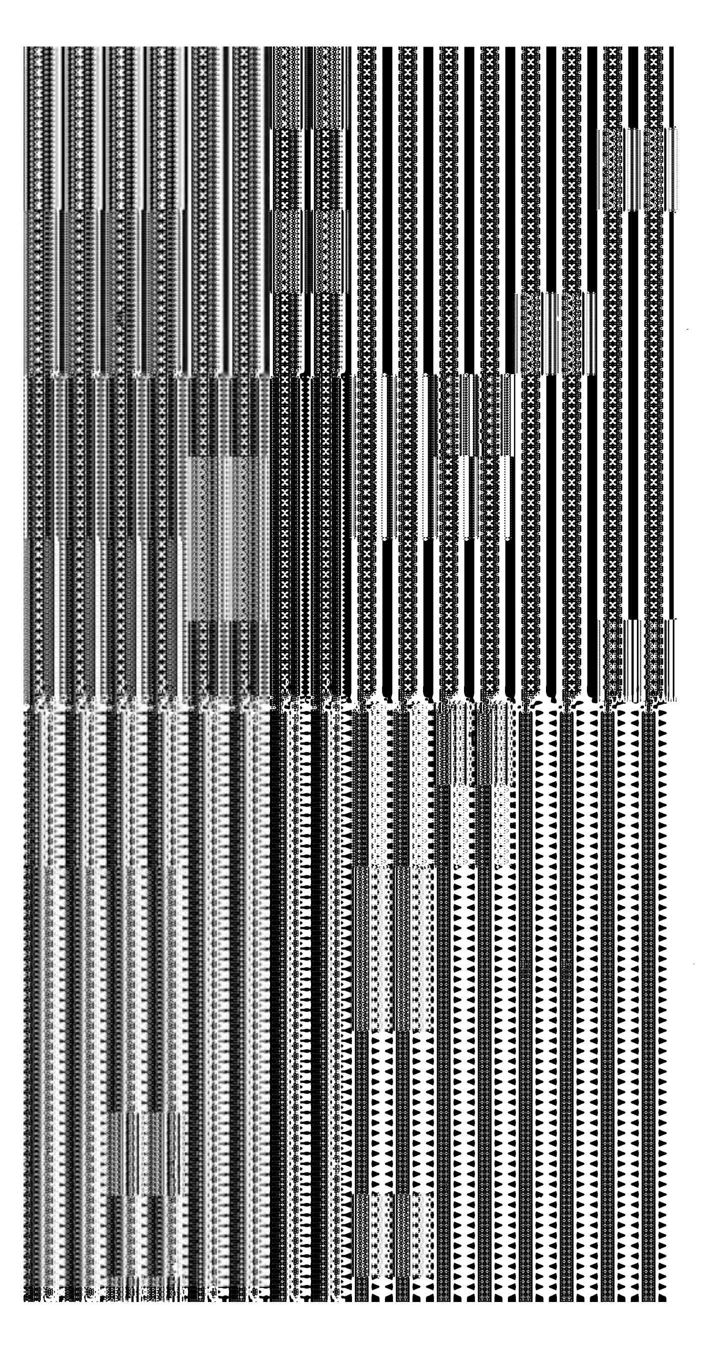
LA FAMILIA DE HITA

MADRID

1902

Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º

Las de García Triz.

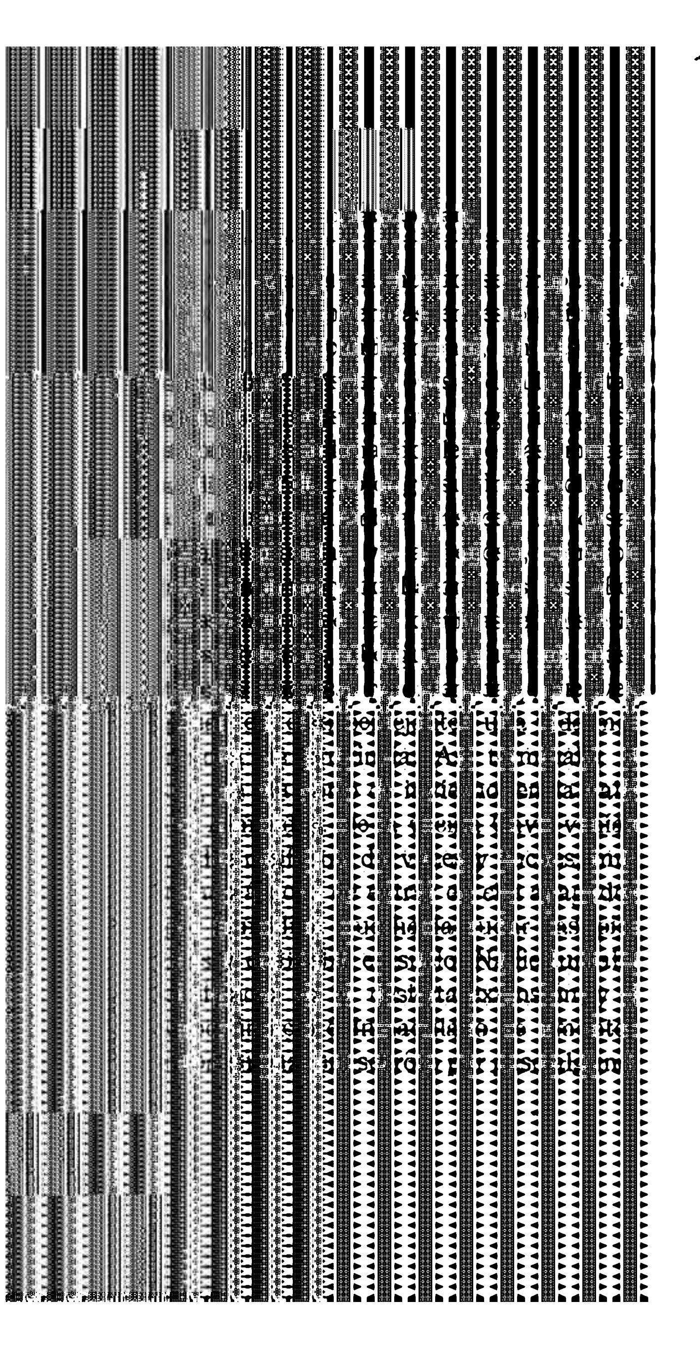


LAS DE GARCÍA TRIZ

Á la memoria de mis padres.

I

El día muere en Madrid de muy distinta manera. El crepúsculo en los barrios extremos, limitados por el campo, cae en calma rústica entre el sonido de las esquilas del ganado que vuelve del pasto y el rumor del viento llorando entre los árboles más numerosos; es un anochecer lleno de la tranquilidad melancólica con que la Naturaleza ve marchar la luz. En las calles bulliciosas del centro activo y comercial, la claridad moribunda se ahoga en el resplandor de la electricidad, y el ruido impide gozar del intervalo de



Á tal hora salieron las de García Triz á pasear, como acostumbraban, sin que el frío ni la humedad arredrasen á aquel par de viejas, quienes, despreciando las horas de sol, cuando el astro calienta el aire y hace agradable el higiénico paseo, salían siempre anochecido, y una sosteniendo á la otra, daban su vuelta habitual por la Carrera y por las calles más animadas.

Aquel día así lo hicieron. De la suya tranquila pasaron á la Cava Baja, bulliciosa y llena de movimiento, por donde bajaban los carros con estrépito horrible, arrastrados por inacabable rosario de mulas, que les obligaban á incrustarse en la pared, pues si no las bestias, metiéndose en la acera como en terreno propio, las aplastarían; interrumpieron su camino los arrieros que, encaramados en un macho y llevando otro sujeto por el ronzal, entraban, cargados pesadamente, en las muchas posadas de la calle, desapareciendo por el portalón an-

cho y oscuro, en cuyo fondo se abría el patio lleno de fardos y animales; tropezaban con las señoras grupos de albañiles de vuelta del trabajo, tapando la blanca blusa con la americana raída y la bufanda bien liada; á cada instante abríase á su lado la puerta de una de las innumerables tabernas que incendian la calle con el reflejo rojo de sus cortinillas, y oían dicharachos y voces soeces, al mismo tiempo que eran empujadas por algún bebedor que salía titubeando; pero aquel barullo no las amedrentaba, y en medio de él seguían su camino las hermanas, cogida la mayor, Clara, del brazo de Narcisa, la pequeña, á la cual llevaba poca diferencia de edad, pues las dos representaban los sesenta años de la más vieja.

Siguiendo su camino, la luz más fuerte de los almacenes de la calle de Atocha iluminaba de lleno sus trajes iguales y oscuros, que no esbeltecían el cuerpo deformado, tiempo atrás arrogante, las an-

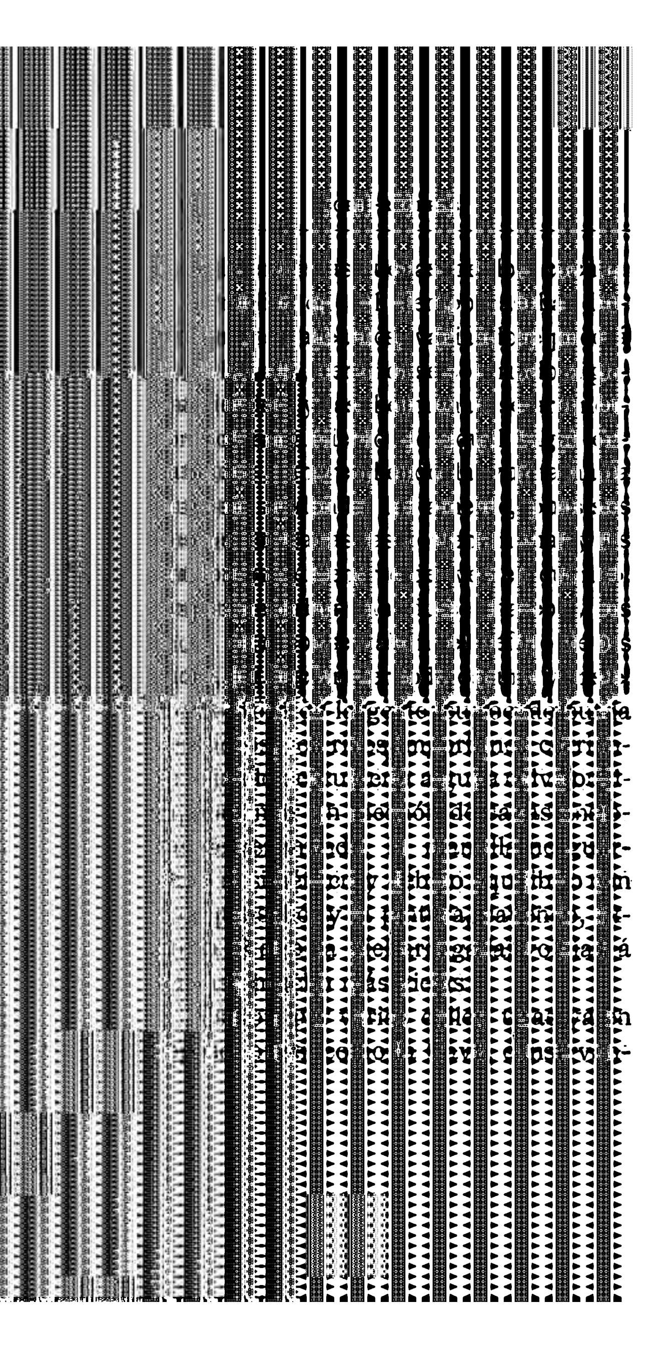
ticuadas manteletas, que velaban el busto, de desarrollo excesivo, y las mantillas negras, prendidas sobre edificios capilares atrevidísimos, donde mezclábanse peinetas de relumbrón y horquillas de concha falsa, con postizos de pelo muerto y sin brillo. Sobre sus frentes bajaban cascadas de bucles, rubios los de Clara, castaños los de Narcisa, reposando huecos y pomposos sobre la capa de blanca pintura que cubría las frentes de las hermanas.

Habían sido hermosas, pareciéndose extraordinariamente, y el tiempo, destructor del pasado, respetó este parecido; así, en las dos, hundíanse las facciones finas entre la grasa de los años, las bocas dejaban ver detrás de los marchitos labios dientes amarillentos, y la nariz abotagada hundía, con la pesadumbre de su vecindad, á los ojos, que enterrados en un círculo de arrugas, resaltaban en medio de la uniforme blancura, y aparecían solos guardadores de la juventud huída, brillando azules y cándidos con la

inocente ingenuidad de las pupilas de los niños.

La Carrera estaba llena de gente cuando llegaron, aglomerándose la multitud bajo el resplandor eléctrico. Las tiendas lucían derramando claridad, y una apretada masa de coches ocupaba inmóvil el centro de la calle, formando un montón oscuro, donde parpadeaban los faroles y corrían reflejos argentinos al agitar algún caballo impaciente las guarniciones. Al otro lado de los cristales aparecían sonrientes cabezas de mujer, formando una línea paralela con las tiendas, y entre ellas pasaban los peatones admirando y mirando. Mezcladas con el gentío, andaban despacio las de Triz, gozosas en grado indecible, pues á eso acudían ellas á la Carrera, á ver objetos bonitos, á atisbar señoras bien vestidas, y absortas, pasábanse entretenidísimas las horas mirando las mil costosas y elegantes menudencias del adorno femenino.

Aquellas mariposas viejas, atraídas por las luces de los escaparates, se detenían ante ellos viendo lo nuevo, remirando lo visto, y haciendo cálculos sobre el empleo que podría darse á lo admirado, si por un azar inconcebible viniese á su poder. Ni libros, ni muebles, ni estampas, ni manjares las seducían, y sólo las joyerías y tiendas de modas paraban su paso; y pegadas al vidrio, viendo las telas lujosas de matices claros, los collares de perlas, los hilos de diamantes, los contemplaban sin envidia por no poseerlos, por sólo amor de artista, como vemos una obra de arte en un museo, sin experimentar el deseo de la posesión material, pues sabemos que nunca será nuestra. Jamás se vestirían con los soberbios rasos, ni cerrarían sobre sus cuellos informes los broches de brillantes piedras, y no obstante se alegraban viéndolos, sufriendo contentas por aquella pura afición artística los empujo nes, las pisadas, arriesgando imprudentes



do algo del ruido y movimiento de antes, y apretando el paso, pues se habían retrasado, doblaron la esquina y se hallaron en la calle del Almendro, que dormía en paz bajo la niebla más espesa. Entraron en su casa. El portal, espacioso y frío, enlosado con grandes trozos de piedra, se iluminaba con una lámpara de petróleo, cuya luz mortecina pasaba por los cristales del farol vacilante que colgaba del techo. Á la escasa claridad adivinábase el arranque de la escalera de granito, cuya vuelta se perdía en lo oscuro; á su lado abríase la puerta de cuarterones por donde se penetraba en el piso bajo, morada de las de García Triz.

Al entrar éstas en el portal, salió, andando con dificultad, del cuartito que le servía de albergue la portera Pepa, pobre viuda, medio coja gracias al reuma, de cara amarilla y consumida, donde los ojos negros miraban apagadamente, dando á su semblante expresión dolorosa y estúpida. Con ella salió su hija Julita, niña de

unos doce años, de aspecto enfermizo, devorada por la anemia que se revelaba en su intensa palidez, de la cual participaban los labios, cuyo rojo color se había convertido en un matiz rosado. Como su madre, tenía los ojos negros; pero éstos eran vivos, penetrantes y muy hermosos, luciendo entre las pestañas larguísimas con brillo calenturiento; su cabello, negro también y abundante, parecía absorber la vitalidad toda de aquella criatura, sobre cuya espalda estrecha bajaba en tenebrosa cascada. Pepa traía al salir unos encajes en la mano, en tanto que Julita sujetaba un libro pequeño donde leía cuando entraron las de Triz.

—¿Ya de vuelta?—dijo familiarmente la coja.—Les esperaba á *ustés*, señoritas, para que me dijeran qué les parece este *desbillé*, ó cómo se llame. Yo no quería molestarlas, pero la chica se empeña en que lo vean *ustés* que tienen tanta elegancia, y por eso lo...

—Le he dicho á mamá—interrumpió

enfática Julita—que no me ponga esos encajes tan ordinarios, y no puedo convencerla de que quite esas rosas del escote. Ya saben ustedes que Margarita sólo podía usar camelias. ¡Era tan espiritual!

La niña formaba parte de una compañía dramática infantil, que por entonces actuó en un teatro del barrio, representando dramas modernos. Era la primera actriz, y aunque aquella vida de excitación continua la mataba, su madre, cegada por el cariño, dejábala seguir, á pesar de los consejos de todos.

Oyendo lo de las flores, Clara contestó á la chica:

—Pero, hija, ¿vas á representar *La dama de las camelias*? ¿Usted la deja, Pepa?

Antes de responder la madre, dijo la futura Margarita:

—Sí señora, *La dama va* para fin de mes, y después, para mi beneficio, se dará la *Consuelo*.

conformes en la necesidad de algunas reformas que darían á la prenda discutida el último toque de elegancia, se despidieron presurosas las hermanas, tirando Narcisa de la campanilla de su cuarto. Sonó el repique á lo lejos, oyéronse fuertes pisadas, rechinar de cerrojos, y abriendo la puerta apareció la extremeña Régula, única criada de las de García Triz, mujer hombruna, alta, de facciones regulares y adustas, que recordaba involuntariamente á Viriato ó á cualquier otro guerrillero lusitano de quien debía descender. Acogió á sus señoras con airados modales.

—Vaya unas horas de venir, cerca de las ocho y media y con este frío. Adentro están la casera y D.ª Herminia desde hace rato. Entren, entren de una vez, que vendrán arrecidas. Voy á sacar la sopa; si está quemada, no es culpa mía.»

Las culpables entraban cuando oyóse una voz cascadísima é irritada, diciendo:

—Como vaya, no va á ser paliza la que os dé, corretonas, perdularias.

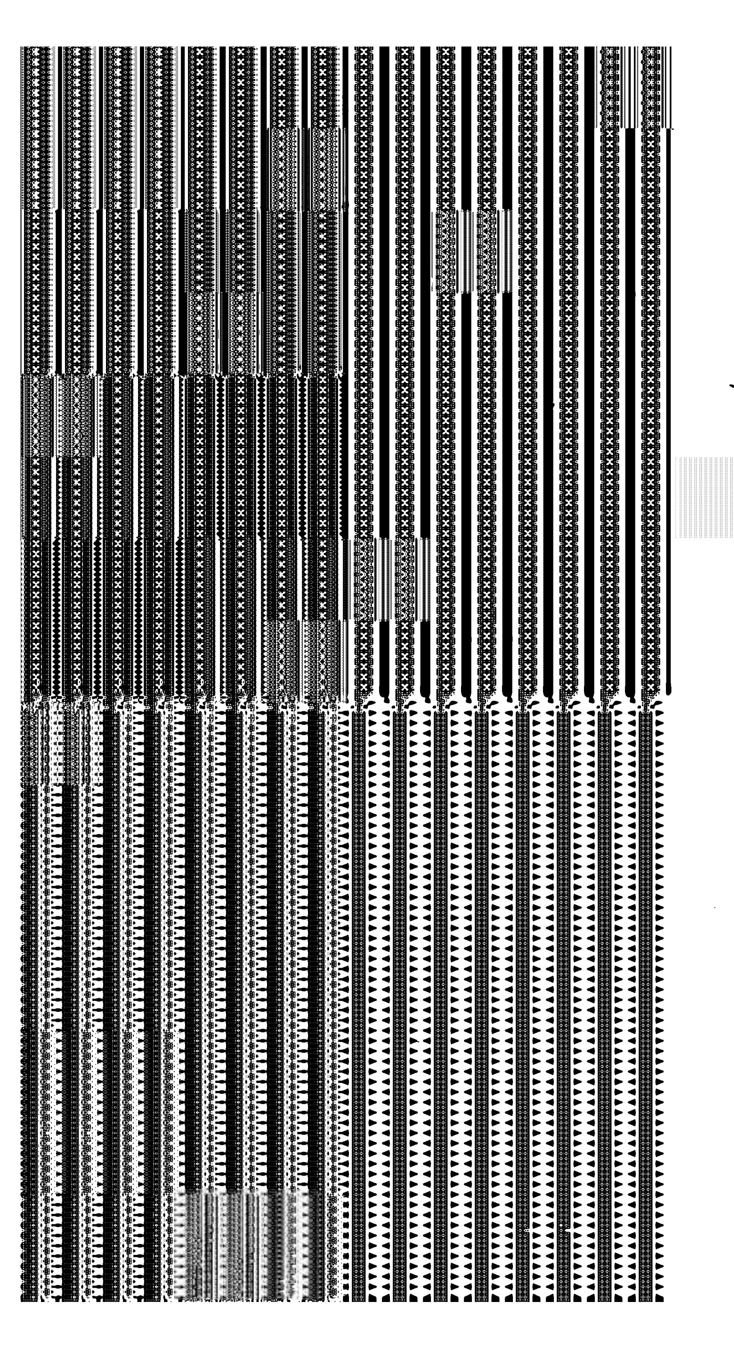
Tras ésta otra más joven, contestó gangosamente:

— ¡Gracias, Dios mío, gracias Santísimo Patriarca, que las traéis á puerto, y no habéis permitido que las aplaste un coche!»

Esta plegaria originó una disputa entre ambas voces, cuyo objeto no era posible adivinar por el confuso ruido de las palabras, acabando la controversia por la victoria de la voz cascada, que derrotó á su antagonista soltando un taco redondo y sonoro como un pistoletazo. Oyendo tales cosas entraron precipitadamente las retrasadas en el comedor, donde aún zumbaba la palabreja triunfadora.

De la cocina salió Régula y cruzó el pasillo llevando la sopa, cuyo vaho sabroso se esparció por la casa, tornó á salir, y mientras en el comedor se oía rumor de conversación y ruido de platos, trancó la puerta, quedando todo en dulce

quietud. En la calle también la tranquilidad era completa. El vapor apretaba sus vedijas espesas matando todo ruido, á la vez que, metida en el cuchitril acristalado del portal, Pepa cosía afanosa las blondas de la bata y Julita, repasando el drama de Dumas, tosía á ratos hondamente, ensayando tal vez el papel de la cortesana tísica.



II

Siempre habitaron las de García Triz (las Trices, como las llamaban sus amigos) en la tranquila barriada comprendida entre la calle Mayor y la de Toledo, trozo de Madrid que no cambia, conservando el carácter de la ciudad antigua y siendo quizás el solo guardador del colorido de las épocas muertas. Entre aquellos edificios, á cuya sombra parecen guarecerse fantasmas de tapadas y golillas, pasaron su vida las hermanas, gustando siempre de la paz que envuelve tales parajes.

En la época de su opulencia ocuparon en la calle de D. Pedro un soberbio y

ria era á sus hijas. Allí, en la penumbra del pasillo, cayó víctima de un aneurisma su padre, y en el espacio de un año quedaron huérfanas las hermanas y hundidas en el mar tempestuoso de una inacabable testamentaría.

El señor de García Triz fué un negociante activo y afortunado, que en los tiempos de la Revolución del 68 y en los años siguientes, no menos turbulentos, especuló mucho y con fruto, ganando donde otros perdían. Gastaba entonces la familia gran boato, contábanse los amigos de la casa por centenares y las niñas recibían homenaje de docenas de adoradores, homenaje que era muy justo, pues todo se lo merecían aquellas señoritas tan guapas y elegantes, que paseaban con su no menos peripuesta mamá en lujoso carruaje por la Castellana.

Entonces tuvo Clarita por novio á un militar apuesto y gallardo, á quien hacía mil guiños y telégrafos. Aquellos amores le costaron infinitos disgustos,

porque sus papás no veían con agrado tales relaciones, dando por causa de su oposición la pícara guerra, que ardiendo por todos lados podía trocar en viuda á la recién casada doncella. Clara, enamoradísima, lloraba amargamente al oir semejantes razones, y creyendo ganar más tarde la voluntad de sus padres con el sacrificio que hacía entonces de su amor, decidióse á terminar el noviazgo, esperando reanudarlo en tiempos más bonancibles.

El joven héroe no entendió tan delicada sutileza, puso el grito en el cielo, se ofendió mucho y en su indignación pidió ser destinado á Cuba, donde también se batía el cobre de veras. Allá se fué, y por la Perla de las Antillas debió quedar, pues Clarita nunca volvió á saber de Agustín Cerro. Narcisa no había fijado todavía su atención, y así, la una llorando su amor perdido y la otra consolando á la mayor, sorprendióles la catástrofe.

La fortuna de García Triz no estaba

aún afianzada; casi toda hallábase comprometida en asuntos y negocios que exigían la dirección del muerto y por esto la testamentaría produjo un resultado desastroso, encontrándose á su terminación reducidas las huérfanas á los productos de unos censos ínfimos, que si bien las libraban de la miseria, dejábanlas en una estrechez vecina de ella. Entonces empezó el desfile de amigos y pretendientes y algunos sin ningún decoro, y otros más decentemente, abandonaron á las Trices, que en poco tiempo se encontraron solas. Como eran hermosas, no faltó quien quiso cortejarlas, aprovechándose de su tristeza y pobre abandono pero ellas, al presumir algo semejante, ponían al atrevido muy finamente en el arroyo.

Así se deslizaron los años, arrastrando cada uno al pasado alguna flor de su belleza. Poco á poco, mansamente, sin darse cuenta de ello, envejecieron juntas, guardando la hermosura moral, el cán-

y los espejos trataban de perforar el techo con sus coruscantes copetes, para poder erguirse á su sabor y no permanecer más tiempo en aquella postura de inclinación violenta. Todos parecían estar incómodos por tal estrechez, y daban ganas de ponerlos en medio de la calle, para que allí se estirasen y esponjasen á su satisfacción. Con ellos recorrieron el barrio; de la calle de Don Pedro fueron á la del Sacramento, luego á la plaza del Cordón y por fin anidaron en la calle del Almendro, sin querer nunca abandonar aquellos sitios, alegando en pro de su amor á ellos la paz y la quietud de que allí se goza. Espantábanse al oir hablar de los barrios nuevos, tranquilos también y más higiénicos y soleados. Aquello sería muy bueno, muy sano, no lo negaban, pero ellas preferían sus viejas calles, durmiendo confiadas al arrullo de vida y movimiento que circula á su alrededor y las protege y acompaña. Á dos pasos de la casa, el mundo existía, mien-

tras el ensanche tiene por único vecino al campo, triste y solo, con su silencio inquietante, sin gente ni animación cercana; su paz es la del sepulcro, su tranquilidad la del desierto; que no mentasen delante de ellas aquellos sitios; donde vivían estaban bien, agazapaditas en su rincón solitario, desde el cual oían el rumor lejano de la multitud.

Y en verdad que no podía hallarse en Madrid morada más pacífica y muda. La calle no es de tránsito, pocos coches y carros la recorren. Por vecinos, tenían un convento de monjas, cuyo esquilón sonaba oraciones y misas, y una casa, propiedad de unos señores que pasaban la casi totalidad del año fuera; enfrente un solar y una porción deshabitada del palacio de la Nunciatura, que forma la esquina de la travesía del Almendro.

La casa, que era vieja, aunque el revoco la remozaba y blanqueaba algo, constaba de dos pisos y medio. Las



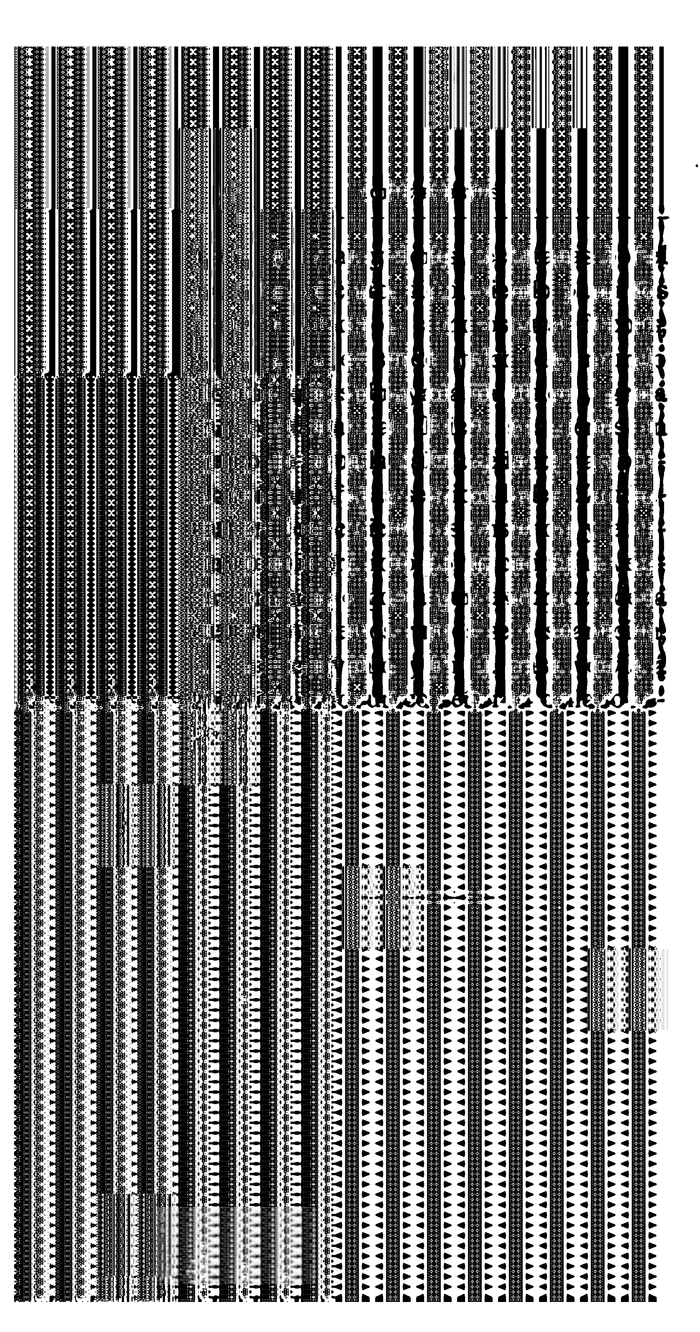
Trices habitaban el bajo, cuyas cuatro ventanas abríanse tras pesadas rejas. El principal lo vivía la propietaria, singular señora de quien luego se hablará, y el segundo, que sólo se edificó á medias y cubría únicamente la mitad del tejado, lo ocupaba una tal D.ª Herminia, que era monja, es decir, que lo había sido, pues su naturaleza delicada y una pertinaz dolencia al estómago impidiéronle continuar la vida claustral, por no poder cumplir los ayunos y penitencias marcados por la regla.

Todas las inquilinas y sus criadas, allí no habitaba un solo hombre, eran personas prudentes, y á excepción de la casera, quien alguna vez se sulfuraba, conservaban aquel silencio y nunca se oía un solo rumor discordante en la casa.

El cuarto de las hermanas presentaba un aspecto ordenado y limpio, que hacía agradabilísima su vista; ni un centímetro de terreno se desperdiciaba, sin verse una sola mota de polvo en tanto mueble. Te-

do, moviendo tiestos y cambiándolos de lugar.

En invierno, los negrillos, lauros y otros arbustos de follaje duradero conservaban al patio algo de su galanura; pero en primavera aquel adorno severo y triste desaparecía bajo la invasión de las flores, amarillas, blancas, rojas, moradas. Todo brotaba, todo florecía y las plantas se encaramaban hasta los balcones, desde donde tornaban á caer en cortinas y guirnaldas. Creciendo entonces con ímpetu tropical la multitud desmelenada de las trepadoras, cubríase con ellas el enredijo de cañas y cuerdas preparado por las diestras jardineras, y en poco tiempo, campanillas innumerables y efímeras, pálidas pasionarias, capuchinas encendidas, formaban un toldo aromoso donde acudían las abejas y las mariposas, y á su sombra abríanse los alelíes, los claveles, las infladas hortensias, y la verde albahaca halagaba el olfato con su fresco olor penetrante. Bajo el



III

Quien audaz penetrara en el cuarto principal, mansión de la Sra. D.ª Leocadia Micho, toledana de nacimiento y propietaria de aquella morada, donde se albergaba tanta ruina, se vería trasportado á los primeros años del siglo XIX, á los tiempos felices del talle corto. Todo databa de tal época y el mobiliario y su dueña formaban una reconstitución viviente, un cuadro de los albores de 1800.

Los sillones de rígidas líneas, donde mezclábanse lo romano y lo egipcio, recibieron seguramente el dulce peso de las beldades que, envueltas en diáfanas

muselinas, dejaban generosas al descubierto el pecho y los blancos hombros, y aquel reloj, sobre el cual una sabina de bronce forcejeaba en brazos de su raptor, sonó, á no dudar, horas risueñas y dichosas, mientras á la acordada unión del clave, ahora cascado, y del arpa, joven entonces, se anudaban y rompían ante los espejos las figuras discretas y pausadas de un minué ó una pavana.

Como espectro de una bailarina de antaño retenida en el mundo por algún conjuro, resbalaba suavemente entre los muebles una figurita cubierta con ropaje blanco y suelto, con el pelo níveo y abundante recogido en peinado arcaico, moviéndose silenciosa, atisbando todo con unos ojos verdosos y fosforescentes que, al parecer dormidos, veían cuanto sucedía á su alrededor. Así D.ª Leocadia Micho se paseaba por su casa, donde siempre usó el traje de sus abriles, perdidos en la noche del tiempo, y sólo recordados por ella, pues contando di-

cha señora la edad respetabilísima de noventa y cinco años, había visto morir á cuantos parientes y amigos pudieran dar fe de su juventud florida.

Llevaba el fardo del siglo gallardamente, con bríos y salud envidiables, encontrándose tan ágil y lista como en sus mejores tiempos y viéndola tan pulcra, con tan callado andar, mirando intranquila con aquellos ojillos verdes, donde lucían á veces chispas doradas, acudía á la mente la idea de que tal mujer fué gata en alguna existencia anterior, gata limpia é inmaculada, gata de superior esfera y elevada categoría, pero al fin gata, y se pensaba en que aquel nombre de Micho, cuyo sabor gatesco se acentuaba más por semejante parecido, debía ser un recuerdo perenne de la vida pasada, una prueba fehaciente de la realidad de aquella metempsicosis. Para aumentar más la remembranza gatuna y añadir una rareza más á su carácter, D.ª Leocadia amaba tanto la noche, que sólo durante ella vi-

vía. Levantábase anochecido, almorzaba á las once de la noche, comía á las seis de la mañana, ejecutando entre esas horas el trajín casero, barrer, fregar, coser, etc., y sólo pisaba la calle los domingos cuando salía para oir una misa temprana. El resto del tiempo estábase metida en casa, bajando al cuarto de las Trices ó batallando con sus dos criadas, dueñas casi tan viejas como su ama, llamadas Máxima y Tita, á quienes la centenaria había acostumbrado á su existencia rara, y aquel trío de ancianas, á las que las comadres del barrio llamaban por sus años las trescientas, vivía tan dichoso y tranquilo haciendo lo contrario del resto de la humanidad.

La casa, en las horas de actividad nocturna, parecía ocupada por duendes, pues se escuchaban ruidos que, siendo comunes durante el día, repercutían extraños y misteriosos en el silencio general, y alguna noche, concluídos los quehaceres domésticos, vagos y dulces acordes se de-

jaban oir. Era la gata-mujer, quien, sintiéndose inspirada, acudía al salón escasamente iluminado, y allí, en medio de los testigos mudos de su vida, pulsaba el arpa. Vibraban las viejas cuerdas bajo los dedos exangües y delgados de la Micho, produciendo la sombra de un sonido, y la música, que fué regocijada cuando jóven la centenaria, cantaba tristemente, evocando las olvidadas danzas, las alegrías lejanas, perdidas en la oscuridad del pasado, y esparciendo las notas armoniosas por el espacio, resucitaba un instante los días felices en que sonaron alegres, mientras la arpista movía á compás su nevada cabeza sin parecer recordar nada de su juventud oyendo los aires que en ella aprendió. Sólo rara vez, al abandonar el cuarto, suspiraba levemente, acariciando los muebles con la mirada de sus verdes ojos brillantes, empañados por alguna lágrima invisible.

Pero estos conciertos y estas señales

de sensibilidad jamás eran confesados por D.ª Leocadia, quien los consideraba como una flaqueza indigna del carácter enérgico y fuerte que creía poseer. Aparentaba ser una furia, y creyéndose una amazona feroz y temible, tratábalo de demostrar con gritos autoritarios; y para darles mayor fuerza, acudía al empleo de cierto terminacho, no muy usado por damas de su clase, y que, aunque perdía algo de rudeza castiza al cambiar de sexo, pues la señora lo feminizaba, producía, sin embargo, violenta impresión en sus oyentes habituales, las tímidas inquilinas. Á pesar de esto, tal ferocidad perdíase en palabras, y aparte de sus manías, en las cuales no aceptaba contradicción, era buena y sensible, guardando estas cualidades con las asperezas de su carácter, como algunos frutos defienden con los fieros pinchos de su envoltura la pulpa tierna y suculenta.

De su vida nada se sabía, pues nunca hablaba del pasado, y solamente alguna

vez referíase á él aludiendo á un episodio sólo de ella conocido y al cual calificaba siempre de «mi desventura». Los guasones del barrio sostenían que esta desventura fué la muerte de un su novio, víctima de las balas inglesas en Trafalgar según unos, y al decir de otros fusilado por los franceses el 2 de Mayo. Éstas eran chismorrerías maleantes, pues aunque la de Micho era vieja, no lo era tanto que hubiera podido tener cortejo en épocas tan remotas, y así, adoptando un término medio prudencial, podemos suponer fuera aquel pretendiente incógnito presa de las iras de Calomarde en el tiempo ominoso de su poder. Esto es sólo mera suposición, porque jamás nadie averiguó lo cierto en tal historia, cuya única y real consecuencia fué despertar en la anciana un horror profundo hacia los hombres, una inquina feroz contra ellos, que se expresaban en rabiosos deseos de exterminación de todos los varones, exaltándose y poniéndose fuera de

sí al hablar del particular y sacando á relucir la famosa palabreja.

¿Qué despertó aquel odio? ¿Fué engañada y aún sangraba la herida? ¿Ó vió morir en manos de los hombres á su amante y juzgóles á todos como sus verdugos?

En claro nunca se supo, pero es seguro que siempre los anatematizaba profetizando los males mayores, las más tremendas catástrofes para el día funesto en el cual un hombre pisase los umbrales de aquella casa. Acabaríanse entonces la paz y la quietud dulces y amortiguadoras de su aislamiento, las más grandes desgracias, los dolores, las penas, hasta tal vez la muerte misma aparecerían con el hombre y con él entrarían. Oían tan luctuosos presagios las inquilinas, aterradas como monjas ante saqueo y temblaban escuchando á la centenaria, que gritaba poseída del espíritu, cual pitonisa de un culto salvaje:

—Todas seremos desgraciadas, todas

lloraremos amargamente entonces al recordar nuestra perdida calma. Es decir, no, yo no lloraré, yo no gemiré, pues de Leocadia Micho ningún hombre se ríe. ¡Ah! Mi desventura me enseñó lo necesario para defenderme, y con una escoba, con una escoba, solita, ¡qué cascaja! solita, arrojo yo á todos los hombres al arroyo y á vosotras las primeras si les escucháis.»

Trataban las amedrentadas oyentes de calmarla, y sólo infinitas protestas de que no prestarían oídos á ningún seductor tranquilizaban á la profetisa, quedando todas convencidas de la cierta persecución, sin pensar en su facha y en su fecha, las cuales bastaban para asegurarles la tranquilidad y hacer fácil les sorprendiese el último día sin ver realizados tan terribles vaticinios.

Estas cosas se decían en la tertulia de las Trices, á donde acudía todas las noches, á más de la toledana, D.ª Herminia, la monja del segundo, quien era una

En el comedor de las hermanas, pasaban las cuatro viejas las primeras horas de la noche, hablando al lado del brasero de su manía dominante; las de Triz, de modas, de vestidos, perdiéndose alguna vez en excursiones al pasado opulento y feliz, mientras D.ª Herminia trataba de asuntos más excelsos, el sermón del padre tal, las exequias de D. Fulano; y de los labios sibilíticos de la casera surgían noticias extraordinarias donde se reflejaba la sobreexcitación de aquel cerebro alterado por la edad y la extraña existencia adoptada. Oyendo sus dichos se entraba en la vida sobrenatural, que parecía ser la de la fantástica vieja. Ninguna de las contertulias prestaba atención á cuanto decían las otras, y cada cual, halagando su especial chifladura, monologueaba en vez de conversar.

Á veces se oía en la reunión lo siguiente: D.ª Herminia, poniendo en blanco los ojos insulsos y creyéndose en el templo:

—¡Qué novena la de San José! ¡qué novena! ¡Vaya un lujo y un esplendor! En éxtasis he estado desde las nueve á las doce y desde las tres á las siete. ¡Cuánta araña! ¡Cuánta vela! Pasaban de dos mil. Las conté mientras encendían.

Al mismo tiempo y sin oir palabra de todo aquello, Clara y Narcisa renuevan los recuerdos de la Carrera, diciendo:

—¿Cuál dices? ¿El sombrero con la pluma blanca? No, á mí no me va bien, á ti te irá mejor. Al fin eres más joven.

—Ca hija, yo escojo la toca de fieltro gris. ¡Qué elegante! ¡Qué nueva! Esa y el vestido azul obscuro *hacen* una *toilette* elegantísima.

—¿El azul con gris? Tú crees que... (dudosa). En fin, sí, puede que tengas razón. Ahora recuerdo una combinación parecida que ejecutó para mamá el célebre Worth. ¿No recuerdas?... Sí, mujer, aquel abrigo de terciopelo que mandaron de París al mismo tiempo que el traje de baile de tul...

Y así seguían recordando media hora, mientras D.ª Leocadia relata sus alucinaciones de la noche anterior, murmurando cual una momia habladora:

—La emoción fué fuerte y el susto atroz. Desde mi desventura no he pasado tan mal rato. Piense usted (dirigiendose á la monja, que al parecer sigue contando luces), la sombra parada, quieta en la esquina de enfrente, yo inmóvil tras el cristal, pensando en lo que podría ser aquello. De pronto se mueve, alza unas alas negras y agitándolas desaparece calle abajo. Yo soy valiente, pero me asusté, ¡cascaja! me asusté. Llamo á Tita, y me dice la muy necia que era un hombre embozándose mientras se iba. Pero no, no era eso, era algún espíritu, algo malo rondador de esta casa, y ojalá sea así, pues como sea un novio, se nos cayó el techo encima.

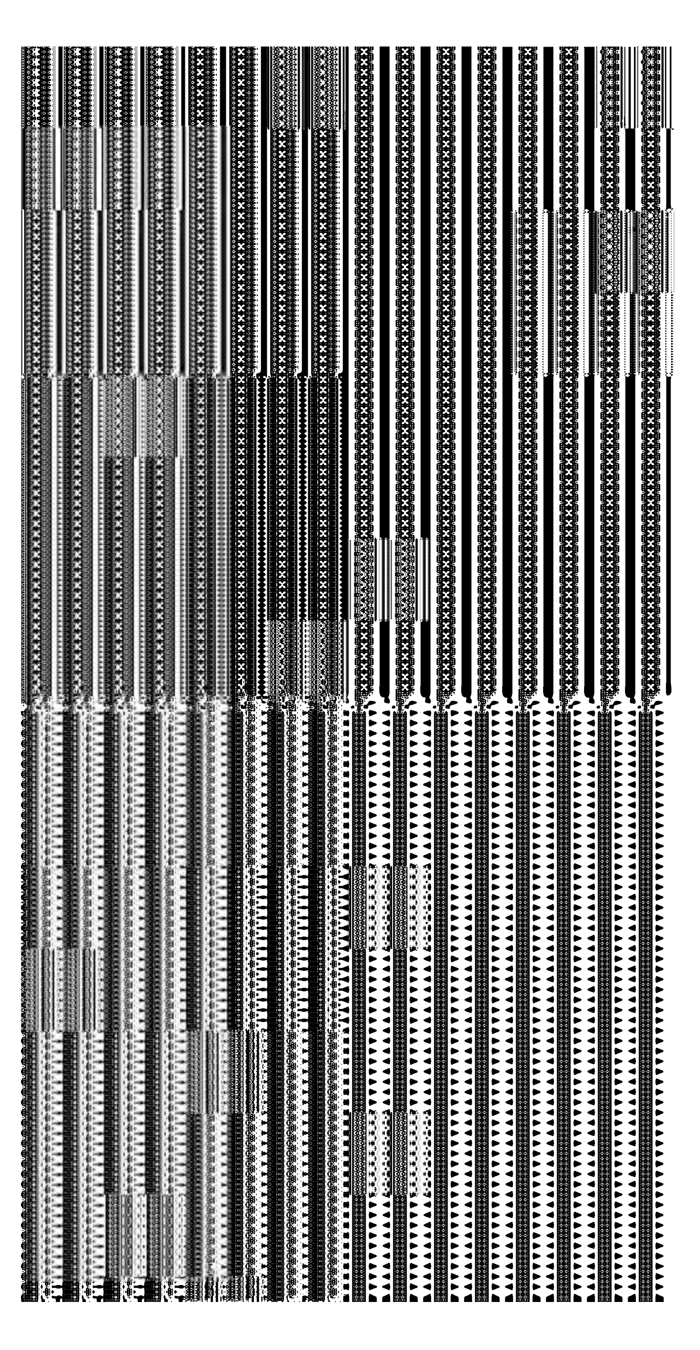
La tertulia duraba de este modo hasta las diez, hora en que, disuelta, marchábase cada mochuelo á su olivo. La monja

se encaramaba á su piso segundo, que palomar parecía por lo elevado y enhiesto, y allí rezaba interminable rosario horas y horas hasta que, acabadas sus devociones, hundíase en casto sueño. Doña Leocadia empezaba á husmear por los rincones de su casa, á dar disposiciones, á vivir su vida extraña; y las Trices, después de besarse cariñosamente, entraban en el retiro de sus alcobas, y acostándose luego de orar un rato, se dormían como niñas, confiadas en que el siguiente día les traería los mismos sucesos que el pasado.

Así pasaban su tranquila vida en la calle tranquila del Almendro las de García Triz y sus amigas, transcurriendo así semejantes y en calma los últimos años de aquellas existencias olvidadas. La casa siempre muda, guarecíalas tras su blanca fachada del bullicio mundanal, y detrás de los muros concluían de vivir las mujeres, cual flores secas que se deshacen entre las hojas de un libro arrinco-

nado. Pero igual que las corolas empalidecidas y quebradizas conservan siempre un vago perfume, recuerdo de su primavera, guardaban aquellas viejas las almas frescas y lozanas de la juventud perdida, fresco aroma juvenil de sus abriles lejanos.

Nada de esto adivinaba el mundo y la sola manifestación de vida que llegaba á él eran extraños conciertos, cuyas notas, pasando por los balcones entornados, herían en alguna madrugada de verano los oídos del transeunte, quien escucharía entonces una música fantástica, donde, semejantes á pájaros ligeros que al huir de una tormenta resaltan sobre las nubes oscuras, volaban alados y vagos los arpegios cristalinos del arpa de la Micho sobre el grave y profundo tañido de la campana del convento llamando á coro.



IV

En el cariño hacia Julita, la chica de la portera, reuníanse los distintos caracteres de las viejas, pues todas adoraban á la niña, y ante el fuego de aquel amor desaparecían, como escorias en crisol, las chocheces, las manías, los ridículos defectos seniles, dejando libre el oro de ley de sus corazones, donde palpitaban, despertados por los arrumacos de la actricilla, los sentimientos de tanta madre no utilizada.

En cuanto sus medios, no muy abundantes, les permitían, las de Triz regalaban á Julita de cuando en cuando algún adorno ó prenda necesaria, exprimiendo

su reducido presupuesto para lograr reunir la precisa cantidad. D.ª Herminia también la obsequiaba con rosarios de cuentas menudas, copia variadísima de medallas y algún acerico ó relojera de labor monjil, sembrados de mostacilla y lentejuelas, donación todo ello de sus ex hermanas en religión, y la casera daba á la chiquilla dinero (no mucho ni á menudo), y un día le hizo presente de un sílloncito que usó ella en su infancia y que extraído del rincón donde dormía confiado, pasó á manos de Julita, quien entusiasmada por tal regalo lo adhirió, ó punto menos, á su persona, que pasaba acompañada de aquel aditamento del portal á la calle y de ésta á casa de las Trices, donde la cómica se metía las tardes que no ensayaba.

En su bondad, las hermanas toleraban aquella intrusión y se entretenían con la cháchara é interrogaciones mil de Julita, insoportable preguntona. Pero no todo era paz y concordia en la reunión, pues

en la chica, el continuo estudio de escenas vehementes y dramáticas había creadó una doble naturaleza, en la que subsistían los impulsos infantiles de la niña de doce años, pero desfigurados y hundidos bajo un aluvión de palabrería gárrula y hueca. Casi siempre hablaba en tono campanudo; y sus ideas, revestidas con aquel ropaje dramático, repelían las de las hermanas, quienes conservaron de su juventud un romanticismo algo cursi, que les parecía la más fina expresión del ideal amoroso, y sólo hablaban del afecto callado, del crepúsculo soñador, de las flores que se marchitan estremeciéndose al oir á la chica tratar, como maestra consumada, del amor ardiente, de la luz abrasadora, del volcán de la pasión.

—Pero, niña, no hables de eso. ¿Tú que sabes? ¡Demonio de chiquilla!

—¿No he de saber, D.ª Clara? Usted sí que no... Vamos á ver: si usted estuviese casada y fuese usted adúltera, y su marido la sorprendiese charlando

con un amante, ¿qué preferiría usted; que la matase, ó que le dijera: «Te borro de mi corazón; vete y abandona este hogar profanado por la impureza, donde tus hijos aprenderán á maldecir el nombre de la perversa Clara?»

La perversa Clara, trastornada por completo al saberse adúltera, respondía turulata:

—¿Qué preferiría, si morir ó verme maldecida por mis hijos? (Aquí deteníase un momento, pesando el pro y el contra de cada solución, en tanto que Julita sonreía en anticipado triunfo.) ¿Maldita ó muerta dices?... Muerta, muerta cien veces antes que olvidada por mis niños. Sí, sí; muerta, olvidada nunca.

—Ya me lo figuraba—respondía gozosa la chiquilla.—Pues no, no debe usted preferir que la maten, no señor. Debe usted marchar, alejarse, vivir triunfando y gozando, y luego, harta ya de vida disipada, volver al hogar donde seguramente encontrará usted á su marido y sus hijos

con los brazos abiertos para recibirla. Esto es lo que pasa en la vida. Yo por lo menos he representado ese papel en cinco ó seis dramas, todos ellos copia fiel de la realidad.

Clara quedaba confusa, sin saber qué partido tomar, mientras decía tímidamente Narcisa á la realista:

—Pero para eso sería preciso que el marido de Clara no tuviese ya celos.

—Por Dios, señora—contestaba Julita llena de conmiseración desdeñosa.—Con los años los celos se apagan. Cuando D.ª Clara volviese á su casa, ella y su marido serían viejos. ¿Y cuándo ha visto usted celosa á una persona vieja? Yo nunca he presenciado caso tal; es más, en una comedia, donde hago de marquesa, me dicen á propósito de eso: «Los celos, marquesa, como el sarampión y otras enfermedades infantiles, hay que pasarlos en la edad conveniente, pues entonces están en su época y la naturaleza puede sobreponerse á ellos. Pero

más tarde, ¡ay, señora! más tarde, son ridículos ó mortales.» ¡Y cuánta razón tiene el autor!—concluía la oradora.—Ridículos ó mortales: ó se ríen del celoso las gentes, ó le lloran muerto.

Á aquellas razones nada tenían que responder las Trices, quienes, recluídas en su rincón, sin ver mundo, olvidadas del paso del tiempo, viviendo en la atmósfera tranquila y confiada de sus veinte años, se afixiaban en la caliginosa esfera á donde las llevaba la precoz incrédula.

Pero no siempre tratábanse asuntos tan peliagudos, pues algunas tardes, dejando en paz aquellas materias, Julita se hacía más niña y con curiosidad infantil husmeaba en armarios y cómodas revolviendo los retazos de tela, los vestidos viejos que usaban las hermanas para la recomposición de su tocado.

—¡Uy, qué bonita! ¡Uy, qué repreciosa! —exclamó un día la chica exhumando una sombrilla del papel de seda en que estaba envuelta.—¡Jesús, qué cosa más

linda! ¿La abro?—preguntó á las de Triz, que la miraban sonrientes.—¿La abro, sí ó no?

—Abrela—contestó Narcisa, mientras Clara seguía sonriendo.

Trabajó costó, pero al fin los dedos impacientes de Julita, apretando con fuerza, lograron desplegar las varillas. Pasmo y admiración. Los ojos atónitos de la niña vieron entonces aparecer sobre la negra seda bordadas flores de matices claros que, formando guirnaldas, servían de pedestal á pájaros de variadísimos colores y raza desconocida, cuyas alas temblaban prontas á volar; un fleco de sedas de tonos vivos y mango y contera de labrado marfil completaban utensilio tan maravilloso, que habiendo sido prototipo de elegancia por los años del 70, era en los presentes carnavalesco atavío.

—¡Qué rosa tan bien bordada! ¡Qué azucena! ¿Y este canario? ¿Y este pájaro verde con las patas azules?... Jamás vi

obra tan acabada—recitaba la actriz en el colmo del entusiasmo.

—¿Te gusta?—preguntó Clara.

—¿Que si me gusta? Ni el aire ni la luz me son tan queridos.

—Ya está pasada de moda—siguió la Triz mayor;—hoy no se usan así. Cuando yo era joven se llevaban sombrillas como ésa, llenas de lazos, de madroños, de bordados. En los días de sol parecía el paseo un jardín. No la lucí mucho, dos ó tres veces; apenas la estrené murió mi madre, y desde entonces...

Clara calló. La chispa de juventud que brilló en sus ojos al ver la sombrilla, se había extinguido bajo la evocación de los años tristes; suspiró levemente, y mirando á Narcisa, también entristecida, dijo á Julita:

—En vista que tanto te gusta, te la regalaré más adelante, cuando seas mayor, ó el día en que me des una buena noticia.

—Una buena noticia— repitió la chi-

ca,—una buena noticia... Tome usted, D.ª Clara, guarde usted esto con cuidado, porque me figuro que se va á pasar mucho tiempo en el cajón.

Clara guardó la sombrilla.

Algunas veces reuníase con la niña una amiguita suya llamada Milagros, quien compartía con ella las glorias escénicas en calidad de otra dama joven.

Ambas diableaban en grande, y tomando la escalera por suya, corrían por ella sin temor á alterar el venerable sueño de D.ª Leocadia ó á turbar los arrobos de la monja con el tecleteo de sus nunca cansados pies, que saltando por los escalones de granito resonaban alegremente en la calma soñolienta de la casa. Una vez llegadas al último peldaño, deteníanse un momento respirando anhelosas, pero apenas restablecido el silencio, rompíanlo otra vez bajando con rapidez y estruendo á modo de cabras perseguidas.

Cuando estas trotadas perdían su encanto á fuerza de repetirse, sentábanse

en el portal, charlando muy formales, ó llamando al piso bajo, penetraban en casa de las Trices, sin importarles un ardite el gesto poco hospitalario con que las recibía Régula la lusitana. Al principio Milagros guardaba formas correctas, pero recobrando luego sus facultades, é influída por Julita, perdía toda educación, y entre las dos alborotaban tanto que, agotada la paciencia de las hermanas, mandábanlas al patio, adonde se iban las chicas ofendidísimas, en unión de la butaca inevitable.

Las dueñas del vergel, temerosas de algún atentado contra su propiedad, atisbaban desde la reja de la cocina al abrigo del follaje, pues se había dado caso en el que las imprudentes niñas despojaron de su adorno á los tiestos, para fabricarse con él toda suerte de ramos y guirnaldas. Las de Triz, para evitar se repitiesen abusos parecidos, tomaron la resolución de expiar á las expulsadas, y cuando el corte de flores no pasaba de un límite

razonáble, se limitaban á presenciar disimuladamente los hechos y dichos de las chiquillas, que abandonadas á si mismas, las distraían con su parloteo, haciendo sonreir á las hermanas, que escuchaban la conversación.

Un día, el curso de ésta condujo á las del patio á representar una escena culminante del drama que ensayaban por entonces. Ello empezó porque Julita dijo á Milagros:

—Por más que digas, yo pienso que en la situación de Lorenza no hay más remedio que chillar de firme.

—¡Qué tontería!—repuso la otra.—Ni tú en Lorenza ni yo en el papel de Juana debemos andar dando voces.

—Pero, hija, comprende que yo quiero á Rafael con pasión, que llena de amor me he casado con él, y que tú, mi hermana querida, osas arrebatármelo. Así yo debo gritar al decirte: «Era mi bien, mi bien más precioso y por ti lo pierdo, hija de Caín.»

—Pues si gritas en eso, ¿qué voy á hacer yo cuando conteste aquello de «Tú siempre ante mí, en el cariño de nuestros padres, en los halagos mundanos, en el amor de Rafael, y ¿quieres que yo, yo, la postergada, abandone el único júbilo que alcancé en el mundo, por tí, siempre dichosa, siempre feliz, por ti?... ¡Vana locura!»

Arrebatadas por el entusiasmo artístico, representaban las dos:

—Juana, de hinojos te lo pido.

—Nunca, Lorenza, nunca.

—Apiádate de mi martirio terrible.

—¿Compadeciste tú mis tristezas?

—Recuerda los tiempos felices de nuestra niñez. Jugábamos un día á las mamás, ¿no te acuerdas? Yo era tu madrecita. ¡Cuán presente lo tengo! Jugábamos, y al correr caíste, arañándote la cara. Vinieron á nuestros gritos, nos encontraron llorando, y cuando después de curar tu herida, viéndome gemir, gemir sin consuelo, me preguntaron: «¿Te has hecho daño tú también?, sorbiéndome las

lágrimas, respondí: «No, no me he hecho nada, pero no quiero que Juanita llore, porque es mi hija». Y tal ha sido siempre mi deseo, mi anhelo. Nunca quise que lloraras; no quieras ahora que llore yo.

—¡Recuerdos ridículos y necios! No me conmuevo ante ellos. Rafael es mío y lo guardo sin ansiar ni querer otra cosa en la vida.

—¡Juana! (amenazadora).

—¿Quieres herirme? ¿Tanto me odias?

—Sí, sí, te aborrezco, te od... (llorando). No, no, odiarte no; te quiero, te quiero. ¡Cómo olvidar los años pasados! ¡Ah, Dios mío! ¡Tormento horrible es no poder arrancar de nuestro pecho el cariño hacia una persona que nos hace sufrir!

En aquel momento patético de la obra, Julita extremando la nota sensible dejábase caer en el sillón, sollozando fuertemente, mientras Milagros la contemplaba con aire implacable y feroz.

Tras las enredaderas las espectadoras habían oído palpitantes la escena. ¡Qué

cosas se escriben ahora! ¡Vírgen Santísima! Dos hermanas aborreciéndose, ¡qué disparate! Cuando Lorenza recordó sus años infantiles asomáronse las lágrimas á los ojos azules de las hermanas, y cuando abrumada por la pena cayó en la butaca, el tierno corazón de las viejas latió al unísono, y conmovidas por el infortunio de la heroína, se juntaron estrechamente en apretado y unido abrazo, en tanto que en el patio, acabada la representación, giraban en torbellino rápido las chicas, cantando con sus voces claras:

«Me casó mi madre,
me casó mi madre
chiquita y bonita
¡ay! ¡ay! ¡ay!»

V

Julita obsequió á sus viejas amigas las de García Triz con dos delanteras de anfiteatro para la primera representación de *La dama de las camelias*, y como hacía tiempo infinito que las Trices no habían pisado un teatro, causóles gran regocijo el convite, á la vez que las hundió en un mar de cavilaciones, relativas todas al atavío y aderezo necesarios para presentarse en el coliseo de manera decorosa, y si pudiera ser elegante. Pero con buena voluntad se arregla lo más difícil y las de Triz hallaron entre sus trapos humildísimos algunos que, mejor conservados, sirviéronles de mucho para

reveló aquella noche una atención y esmero meticulosos, y su peinado (la gran presunción de las pobres) se alzaba en maravillosa escalinata de rizos simétricos, que sujetos por horquillas y peinas diversas, servían de sustentáculo á sendas mariposas de nácar morado, cuyas alas rígidas coronaban en inmóvil vuelo las cabezas de las hermanas.

Así adornadas presenciaron el drama, viendo representar á Julita como mujer, no como niña, ante sus ojos llorosos. Las Trices la oyeron en el último acto toser hondamente; sus corazones se prensaron viéndola buscar en el espejo la hermosura huída, escuchando las palabras que dirije á Armando, los consejos últimos, en los que la moribunda pone la pasión de su alma enamorada, y perdona el olvido futuro que prevé; y lloraron á lágrima viva cuando Margarita, alzando su cuerpecillo casi inmaterial, sin edad ni sexo, dejó huir su vida en un suspiro tenue y un beso

postrero, cayendo luego inmóvil, muerta, entre los brazos del amante.

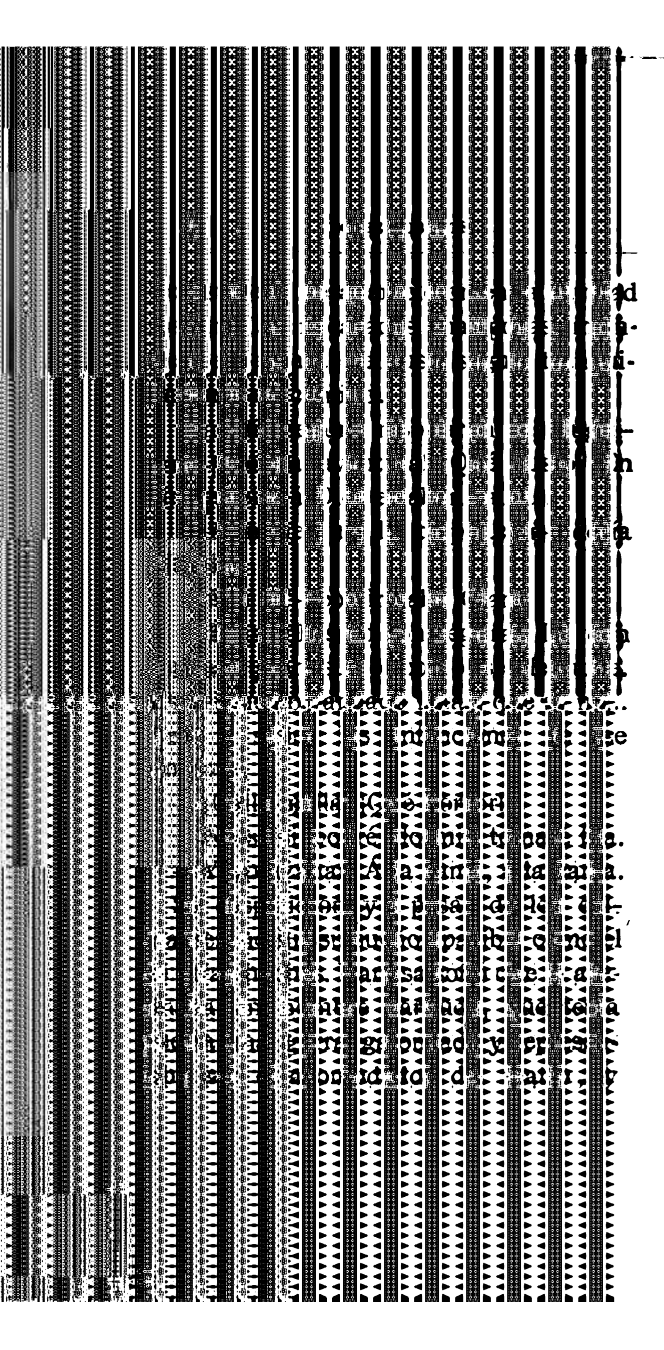
Mientras bravos y palmadas eran recompensa de la maravillosa labor de la actricilla, las Trices gemían de modo desconsolador, y por sus rostros rodaban enormes lágrimas, que, arrastrando en su curso impetuoso partículas de la pintura que se descascarillaba, dejaron, seco el llanto y consoladas las hermanas, huellas materiales de su paso en hondos surcos, que marcaban el cauce por donde corrieron las aguas.

Conmovidas aún, salieron las de Triz á la calle, emprendiendo su regreso. Mezcladas con la multitud que vaciaba el teatro caminaban tranquilas, comentando los incidentes de la función; pero estos comentarios acabaron al dejar el bullicio é internarse en calles solitarias, donde la muda soledad de la noche las amedrentó, pues aquéllas no eran sus calles familiares, alegres, animadas, por donde transitaban los coches y los esca-

parates extendían sobre la acera sábanas de luz. Todo estaba desierto; los almacenes cerrados, y en medio del silencio resonaban sobre las piedras los pasos medrosos de las hermanas. Les entró entonces un miedo horrible; apresuráronse, y creyendo escuchar pisadas sospechosas, acabaron por andar más de prisa, casi corriendo. Presas de aquel pánico pueril, cruzando velozmente callejuelas desiertas y sombrías, llegaron á la del Almendro y considerándose salvadas allí, detuvieron algo su correr, dando tregua á los pulmones, que la pedían con sofocados alientos. Se acercaban á su casa ya tranquilas, cuando ¡oh terror! sonaron pasos; alguien venía. En dos saltos llegaron ante el portal. Por la esquina de la Cava apareció un hombre andando de prisa. ¡Pum, pum! dos aldabonazos.

—Que viene. ¡Pepa, Pepa! Abrir—llamaron.

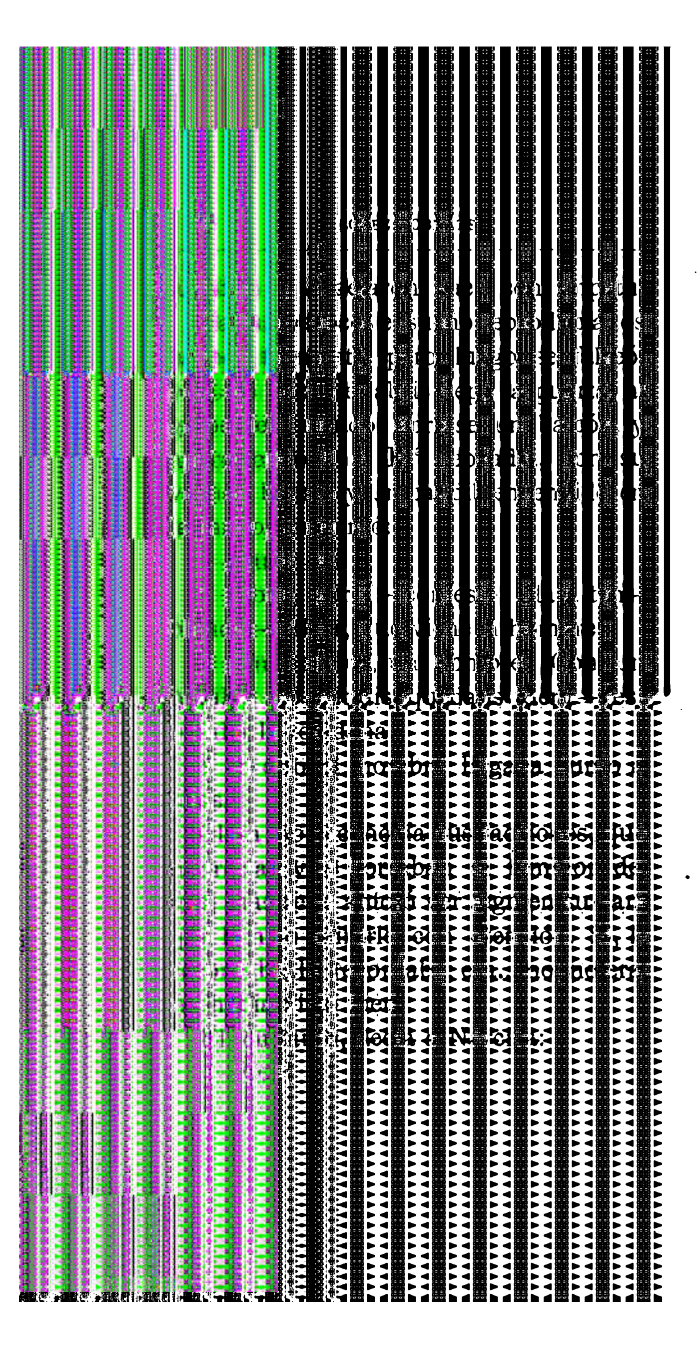
Abrióse al cabo la puerta, y en un vue-



Clara, en horrible pesadilla, encontróse otra vez en la calle.

Como lo habían hecho despiertas, ella y su hermana andaban presurosas huyendo de un peligro que les amenazaba, de un peligro vago y desconocido, pero que temían mucho, prevenidas por la presciencia de los sueños. En su fuga andaban, andaban y conforme desenrrollábase bajo sus pies la interminable faja de la acera sentia Clara crecer su angustía con la marcha, y su corazón, saltando en el pecho, martilleaba en sus oídos el compás de los pasos. Cada vez más amedrentadas, no andaban ya, corrían, pero la calle del Almendro aún estaba lejos. Por fin apareció.

Perdido en la lejanía vió brillar Clara el farol de delante de su casa; respirabamás tranquila, cuando, como á su vuelta del teatro, sonaron los pasos de un hombre. Al acercarse el ruido, volvió el terror más fuerte, y las Trices llegando ante el portal, se colgaron del



Y la Triz menor respondía sin vacilar:

—¡Vamos!—colgándose de su brazo.

—¡Narcisa, no me dejes!—gimió Clara.

—¡Adiós, adiós!—respondieron desde lejos, y Clara quedó sola.

Volvió á golpear la puerta, machacando los puños contra la madera, llamando á D.ª Leocadia, que seguía en el balcón, desde donde su candil iluminaba la calle.

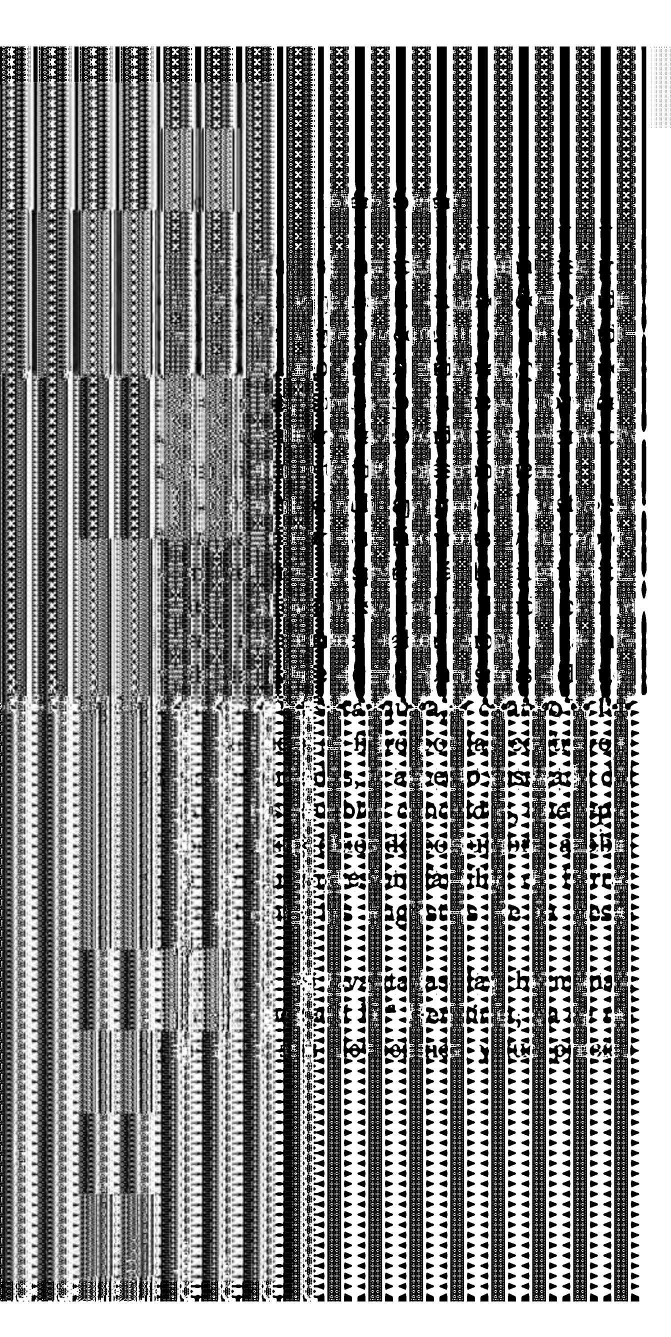
—¡Abrir, abrir!—tornó á gritar Clara.

—¡No se abre! ¡Afuera, afuera!—rugió la centenaria.

—¡Julita, Herminia, abridme!—pidió la de Triz á la niña y á la monja, que aparecieron de pronto junto á la Micho, pero ninguna la vió. Herminia levantaba los ojos al cielo, y Julita leía atentamente una comedia.

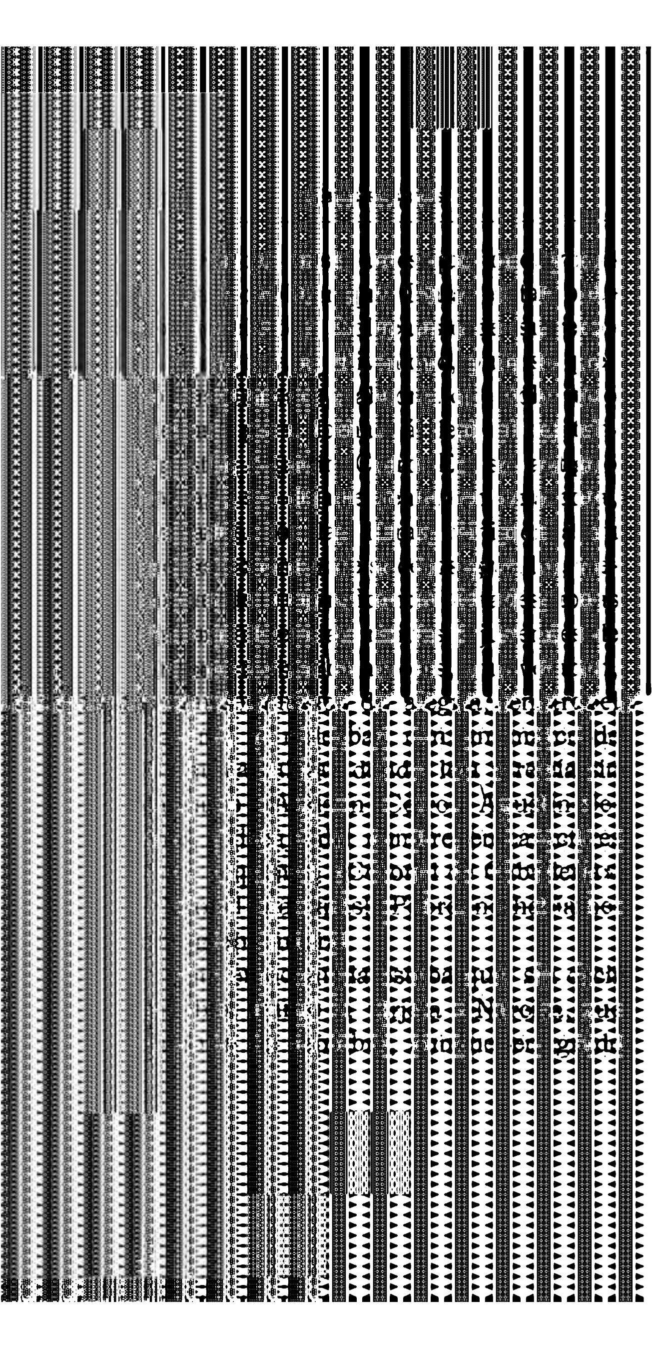
—¡Afuera, afuera!—repitió otra vez Leocadia.—¡Fuera te quedas!—y diciendo esto mató la luz y entróse dentro con las otras.

Clara quedó al pie de la casa, sola en



narrarle todos los particulares de la representación, si bien omitiendo algunos que, por tratarse de oídos tan virginales, podían pasar por escabrosos. Todo lo contable se contó, refiriendo luego las Trices su aventura nocturna, que fué escuchada con el interés horrorizado que el caso requería Hiciéronse mil conjeturas sobre aquel individuo misterioso que pasaba por la calle á horas tan indebidas, asustando á las personas honradas que no se metían con nadie; se citaron casos de robos, asesinatos, raptos y demás desafueros que tuvieron por origen y causa hechos como aquél, y todas quedaron conformes en la gravedad del peligro corrido y dieron gracias á la Providencia por haberlas ayudado en trance tan temeroso.

Y si Clara agradeció al Omnipotente su protección en aquella circunstancia, ¿qué debió hacer cuando, al volver de paseo, Julita le entregó una tarjeta donde leyó la atónita y dichosa señora «Agustín Cerro, Coronel de Caballería?»



menor, pues en ella no despertaba aquel nombre la emoción que en su hermana, quien, recobrando al fin el habla, preguntó á Julita con voz temblona:

—¿Á qué hora vino este caballero?

—En cuantito que salieron ustedes—respondió la chica.—No habrían entrado ustedes en la calle de Toledo cuando llegó. Dijo que sentía mucho no ver á ustedes, y que mañana volvería temprano.

—¡Mañana, mañana! — repetía Clara sin darse cuenta de lo oído.

—Sí, señora; mañana—dijo otra vez la actriz,—mañana.

Clara empezó á andar hacia la puerta de su casa, pareciéndole que le nacían alas en los pies, en los hombros, en todo el cuerpo, que la suspendían y llevaban blandamente por el aire. Al tirar de la campanilla bajó á este mundo y, volviéndose, miró sonriente á la chiquilla y la llamó:

—Ven, entra.

Julita entró, y pasando todas al cuarto donde permanecían durante el día las viejas, Clara fuésea la cómoda, tiró de un cajón y, extrayendo del fondo un paquete, lo entregó á la niña

—Toma, lo prometido es deuda. Me has dado una buena noticia, y como ofrecí, te regalo la sombrilla que tanto te gusta.

La favorecida cogió el presente, besó con estrépito á la donadora y desapareció brincando y sujetando con fuerza el envoltorio donde yacían, envueltas en papel de seda, las flores de la juventud de la Triz mayor.

Hasta la hora de la comida pasó el tiempo Clara dando vueltas en su cerebro á la sorpresa de aquella tarde, sin realizar su dicha, pues cuanto había sucedido desde la última vez que vió á Agustín, lo alejaba de tal suerte de su existencia actual, que la anunciada y próxima visita se le aparecía muy remota, tan distante como cualquier suceso

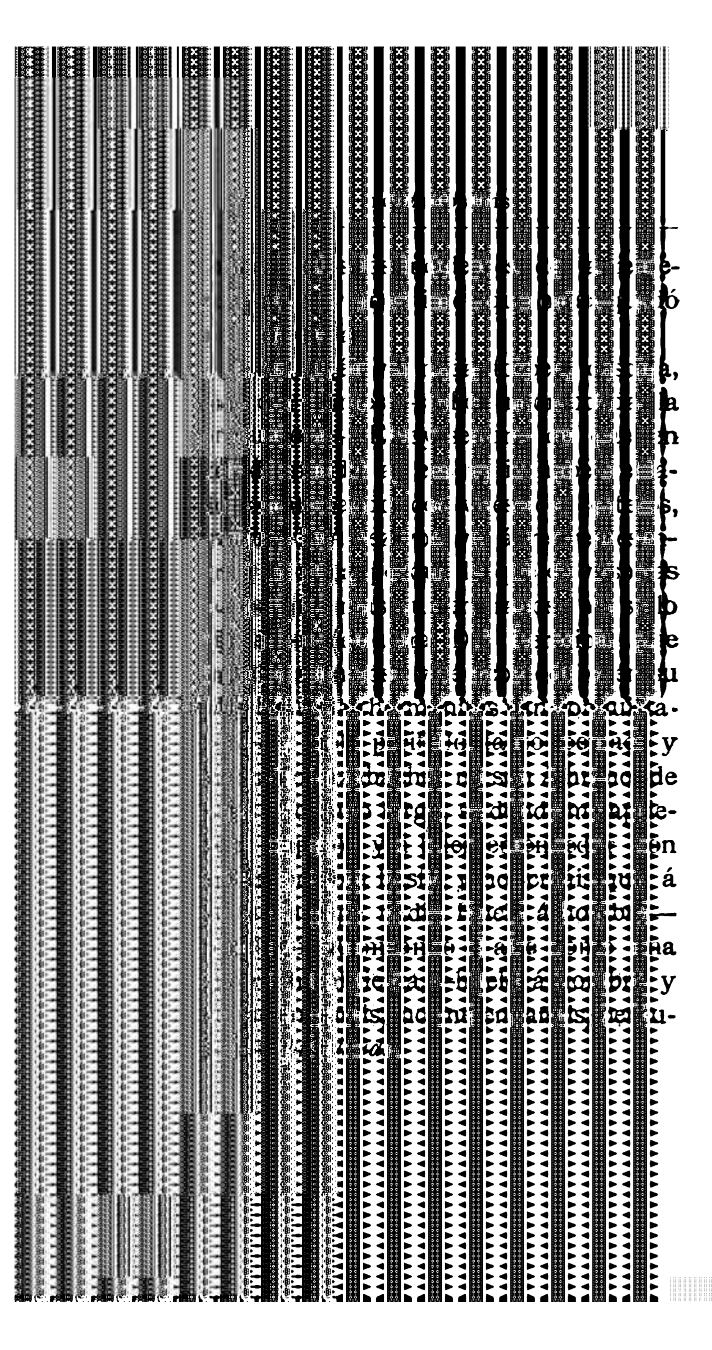
de su época feliz del cual la separase intervalo inmenso de tristeza y abandono. Aquel acontecimiento pertenecía á otra era, á la edad de oro de su juventud lejana, á los tiempos dichoso que huyeron, desapareciendo en la lontananza de los comienzos del camino de su vida, que se desarrolló luego en medio de una extensión desierta, monótona y árida, cuya uniformidad sólo rompían los aniversarios de sus desgracias, señalando el paso de los años cual negros términos.

Estos pensamientos fueron turbados por la entrada de la casera, quien, llegando más pronto que de costumbre, las abrumó á preguntas sobre la función, cócora y mandona.

—¿Y qué más?—interrogaba invariablemente á la conclusión de cada relato.

Las Trices exprimían su memoria para extraer de ella algún pormenor olvidado, que la curiosa devoraba, tornando á preguntar.

Al fin concluyeron de narrar las her-



Después de este último apelativo, de procedencia toledana y significación depresiva, las Trices trataron de apaciguar á la irascible Leocadia con imaginarios detalles del espectáculo, en los cuales Narcisa lució su inventiva, dominándose gracias á ella el conflicto, pues Clara aquella noche no daba pie con bola, suspensas y sugestionadas todas sus facultades por la resurrección del pasado, que surgía en medio del presente triste como una flor en un páramo.

Se recreaba pensando en el antiguo novio, y mentalmente repetía:

—Llegó, vino Agustín Cerro; Agustín está aquí.

Aquel nombre de varón volaba en su mente y parecía pasar cual vapor invisible por las junturas del cráneo difundiéndose por el cuarto en el rastro de olor de hombre apercibido por Leocadia.

VI

Al oir sonar Clara la campanilla anunciando la llegada de Cerro, se comovió en extremo, moviéndose apresurado su corazón como si el alambre tirase también de él. Desde la revuelta oscura del pasillo vió salir á Régula, escuchó el cerrojo corriendo para dejar libre el paso al visitante, oyó palabras confusas, abrir y cerrar puertas, y cuando volvió la criada á participarle que tenía visita, corrió á su alcoba, echó una ojeada al espejillo y entró en el cuarto de Narcisa.

—Ahí está.

—Sí, ya he oído el campanillazo. Anda, vé, no le hagas esperar.

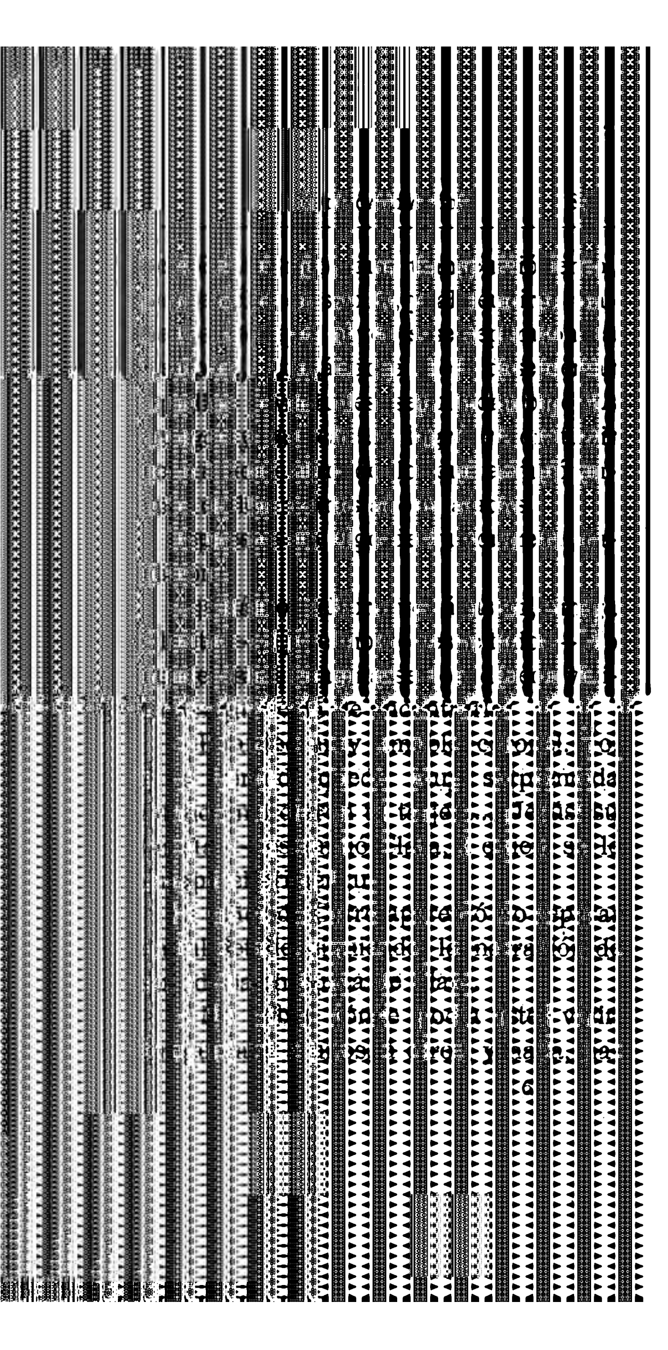
—¿Vas á entrar tú?

—Yo prefiero verle otro día. Hoy tendréis que recordar vuestros tiempos. Díle que si quiere que reanudemos nuestras amistades, que vuelva, pues le veré con el mayor gusto.

—Se lo diré; vaya, me voy. ¡Ay qué pelos estos! Se caen por todos lados (atusándoselos con el peine de Narcisa); vaya, ya los arreglé. Me voy, me voy. Estoy emocionada, no creas, emocionadísima.

La emoción le impidió entrar en seguida en la sala; detúvose un instante en el corredor, y llegando sigilosamente á la puerta, miró por el ojo de la llave para distinguir á Cerro. Nada vió; sólo una sombra pasó por delante de la ventana tapando un momento la luz. ¡Virgen Santisima, él!

Entró por fin. Al ruido, el paseante se volvió, y los dos permanecieron un minuto desconociéndose mutuamente. ¿Era aquella, Clarita? ¿Era aquel, el teniente



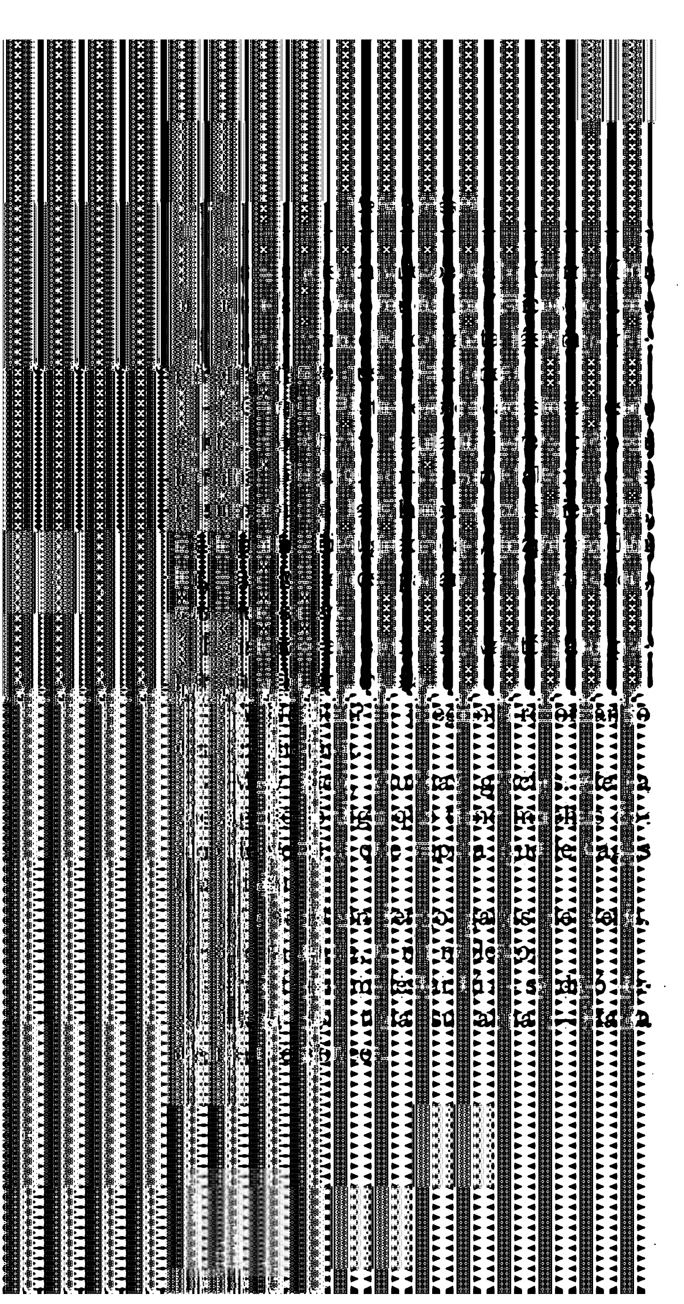
die me daba razón de ti. (El tuteo se imponía.) Por fin, hablando con la de Menéndez, Manolita Pina, ¿no recuerdas? ¿aquella amiga tuya? (Clara afirmaba con la cabeza, recibiendo muda aquel chaparrón de tus.) Me dijo: ¿Las de Triz? no sé de ellas. Desde que murió el padre se hicieron de lo más ariscas. Si viven, andarán por la calle del Sacramento ó sus alrededores, pues nunca han querido salir de allí. Y gracias á eso te he encontrado. Averiguando de portal en portal, llegué á la casa donde viviste; allí la portera me contó que te veía alguna vez, me dió tus señas, y aquí estoy.

Sin dar fe á sus oídos, Clara escuchaba la voz de Agustín, en la que le parecía oir ecos de las alegrías desaparecidas, cadencias de antiguas risas de los días felices, que resurgían en sus recuerdos, brillantes como estrellas y como los astros, lejanos.

Luego, Cerro relataba sus campañas, su existencia azarosa y llena de vicisitu-

des que le dejaba sin deseos de luchas, aspirando tan sólo á un pacífico fin. Había pedido su retiro, y una vez concedido, marcharía á Huesca, á su patria querida, lo mejor de Aragón, que, según él, era lo mejor de España.

Correspondiendo á tales confidencias, Clara contó sus desgracias, su vida tranquila y apartada de viejas pobres, y mientras refería su historia, reflexionaba sobre el cambio portentoso de su antiguo amor. ¿Dónde se fueron los sedosos bigotes? En vez de ellos, cerdas grises se erizaban sobre los labios descoloridos. ¿Eran aquellos globos mortecinos que lucían su blancura amarillenta tras los cristales de unas gafas, los ojos negros, maliciosos y enamorados de Agustinito? No, no eran, como tampoco el cuerpo flácido y algo encorvado del coronel, era el talle joven y airoso del teniente. Observando estas cosas, comprendió Clara lo vieja que debía estar ella también, y pensó: «Si él está así, bonita estaré yo».



—Hasta mañana. Adiós, Clarita.

—Agustín, adiós.

Se fué mientras la Triz, quedándose sentada en la butaca que ocupó durante la conversación con Cerro, repetía mentalmente las palabras de la entrevista. ¡Qué viejo le encontraba! ¡Cómo había cambiado! No guardó ni un solo atractivo de cuantos la cautivaron, y, sin embargo, sentía hacia él una atracción singular, una fuerza que movíala á pensar en aquel hombre, tan distinto del amado cual pudiera serlo un extraño. Cuanto más pensaba en él, más se determinaba aquella inclinación. Notando esto, se alarmó la vieja.

—¿Voy á enamorarme á mis años?—interrogóse.—¿Y de quién? De un hombre que ya no me quiere, que no puede quererme, que me ha visitado movido tan sólo de un sentimiento de caridad. ¡Qué disparate! ¡Qué ridiculez! No se reirá poco la gente si averigua la existencia de pasión tan extemporánea.

Y riendo ella misma de su chifladura, se levantó, creyéndose curada. Pero la sonrisa pasó, y sintió más fuerte aquel deseo, aquel ansia vehemente de ver á Agustín; de verle á menudo, todos los días; de tenerle junto á ella, sin preocuparse de burlas necias; de asirse de su brazo y concluir así, juntos, apoyados el uno en el otro, su vida, viendo unidos morir en paz las días postreros. ¡Oh, desdicha! Estaba enamorada, no cabía dudar, tan enamorada como lo estuvo en su juventud, como lo había estado toda su vida, que pasó recordando aquel amor que creyó muerto y que ahora resucitaba ansioso de cariño, sin ver la ruina del objeto amado, al que el recuerdo rejuvenecía, vistiéndole con todas las seducciones desaparecidas, con todos los encantos perdidos, que conservó fielmente la memoria, como guardamos las galas de tiempos pasados, que parecen encerrar entre sus pliegues algo de las alegrías que contemplaron.

La enamorada no pudo pensar mucho en estas cosas, pues Narcisa entró impaciente en el cuarto.

—¿Qué tal? ¿Qué te ha dicho? ¿Está muy viejo? ¿Qué piensa hacer? Pero, mujer, ¿eres tonta? Responde.

Al diluvio de preguntas contestó Clara como Dios le dió á entender.

—Está bastante atropellado. Ya le verás, porque vendrá mañana á visitarte.

—¿Qué impresión te ha hecho? Estoy segura de que os habéis vuelto á querer.

Por vez primera ocultó Clara algo á su hermana: tan ridícula parecíale su pasión senil.

—Me ha impresionado mucho—respondió,—pero nada más. Al verle me pareció que el tiempo retrocedía, y ví á papá tan bueno, á mamá tan cariñosa; nos vi á nosotras corriendo por los pasillos interminables de la casa de la calle de Don Pedro en busca del duende. ¿Te acuerdas? Todo lo contemplé en un segundo y mientras duró aquella resurrec-

ción, ya ves qué tontería; fuí joven, volví á ser hermosa. Mas pronto caí; caí desde muy alto, desde muy lejos, y me hallé tal y como estoy, vieja y pobre, y le encontré tal como está, viejo y estropeado. En fin, tú le verás.

Y añadió gozosa por hablar de él:

—Á pesar de todo lo que ha envejecido, tiene algo, un no sé qué. Resulta siempre muy simpático.

—Vamos, lo que dije. Tú te has enamorado otra vez, dedujo Narcisa.

—Hija, más terca que tú, ninguna. Ya te he dicho que no. Tan sólo me impresionó su vista. Enamorarse á mi edad sería una sandez, compréndelo. Te pareces á D.ª Leocadia por tu afán de suponer á todo el mundo enamorado.

—Buena se va á poner D.ª Leocadia si sabe algo de estas visitas.

—Ya lo he pensado—dijo Clara;—como Agustín, digo, el Sr. Cerro, nos visitará alguna tarde, es preciso que no se entere nuestra casera, porque si lo

sabe es capaz de armar un escándalo. Gracias á que el coronel vendrá de día, y así, con sólo encargar el secreto á Pepa y á Julita, ni ella ni Herminia, que á esas horas está en la iglesia, sabrán nada.

Y así se hizo, prometiendo la portera y su hija guardar silencio acerca de semejantes visitas, que, de ser conocidas por la Micho, haríanla expulsar de su casa á aquellas inquilinas casquivanas.

En tanto se iba travesía del Almendro abajo el coronel Cerro, meditabundo y casi enfurecido por la burla que el destino le hiciera, viendo rodar deshecha por la cuesta de la callejuela, la ilusión que le trajo á casa de las de Triz.

—¡Qué chasco, Señor, pero qué chasco tan tremendo!—se decía, azotando frenético con el bastón las chinas del empedrado.

Su visita á Clara no fué desinteresada. Le llevó á hacerla los deseos sentidos de reposo, de vida tranquila, de ansia de hogar. Estaba viejo, lleno de achaques,

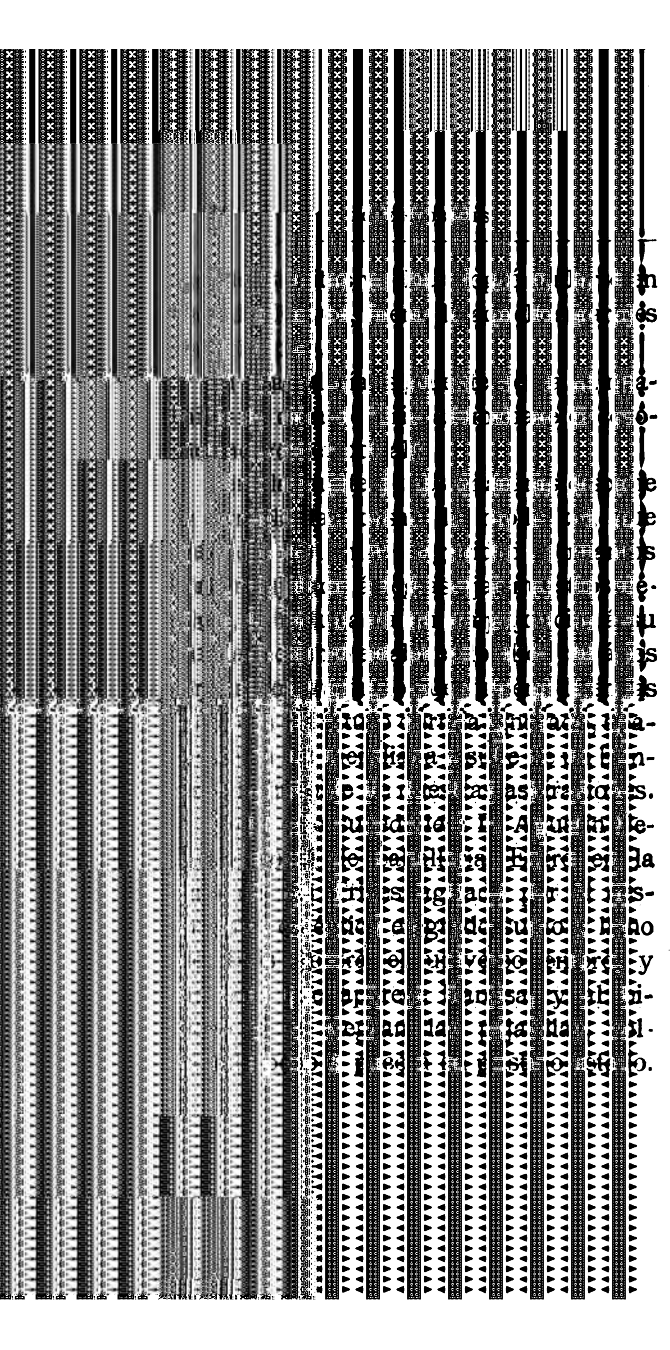
necesitado de una persona que con mimos y halagos le hiciese llevar con paciencia sus alifafes; y estas razones le habían hecho pensar en casarse. Su sentido común le hizo huir de las muchachas, que le darían un cuidado más, y rebuscando entre las mujeres recordadas quién podía ser la favorecida, pensó en Clara. Cuanto recordaba de su antigua novia, le impulsaba á considerarla como el ideal soñado. Cuantas noticias adquirió colmaron sus esperanzas, y, lleno de ellas, presentóse en casa de las de Triz, viéndose *in mente* salir encaminado hacia la Vicaría. Pero no fué así, pues si bien no creyó encontrar á Clara como en sus tiempos mejores, se figuró hallarla mejor conservada y sin haber perdido tan en absoluto sus encantos. La realidad produjole decepción terrible y su vista le hizo callar, pues ante la ruina completa de su sueño, comprendió Cerro que no podía hallar en su alma la cantidad precisa de afecto, no de pa-

sión, necesaria para efectuar el enlace.

Abismado en estos pensamientos tristísimos vagaba por sitios al parecer deshabitados, cuyas casas, cerrando los ojos de sus ventanas, dormitaban en meditación melancólica. Retorcíanse los callejones en vueltas inverosímiles, acabando en plazuelas desiertas, pasando bajo arcos ruinosos, plegándose entre altas murallas, mientras un esquilón invisible sonaba incesantemente y á su tañir las ideas del coronel pasaban cien veces en sucesión monótona y penosa.

—¡Qué chasco, caray, qué chasco!—rumiaba el desilusionado militar.—Debí figurármelo y no visitarla creyendo que la encontraría conservadita y guapa. Yo me tengo la culpa por imbécil, y me juro no volver después de la visita de mañana para saludar á la otra, que también estará buena. Pero ¿dónde estoy? ¡Por vida del demonio! Me he perdido; esto faltaba.

Se había extraviado, en efecto, y sólo



Á este cambio contribuyeron causas diversas. La primera fué que, así como el día anterior entró Cerro lleno de ilusiones y se dolió muy mucho viéndolas huir, en la segunda visita no llevaba ninguna esperanza que perder, y ganó al hallarse con algo mejor de lo supuesto. Conservó tan viva la memoria de Clara, que la desilusión fué espantosa cuando, respondiendo á la imagen de la mujer joven y bella que guardaba su cerebro, apareció aquella vieja. En Narcisa no fijó tanto su atención; la vió menos y de su mente se había borrado el rostro de la Triz menor, quien no tuvo que luchar con el rival recuerdo de su juventud, y así la halló físicamente superior á su hermana, á la cual era idéntica en lo moral, hasta el punto que, confundiéndose sus ideas, sus palabras, los giros de su conversación, era difícil adivinar con los ojos cerrados si hablaba una ú otra.

Aparte de estas razones, ¡cómo resistir á la ingénua charla de Narcisa! ¡Cómo

parece? No me digáis que nones, porque me incomodo.

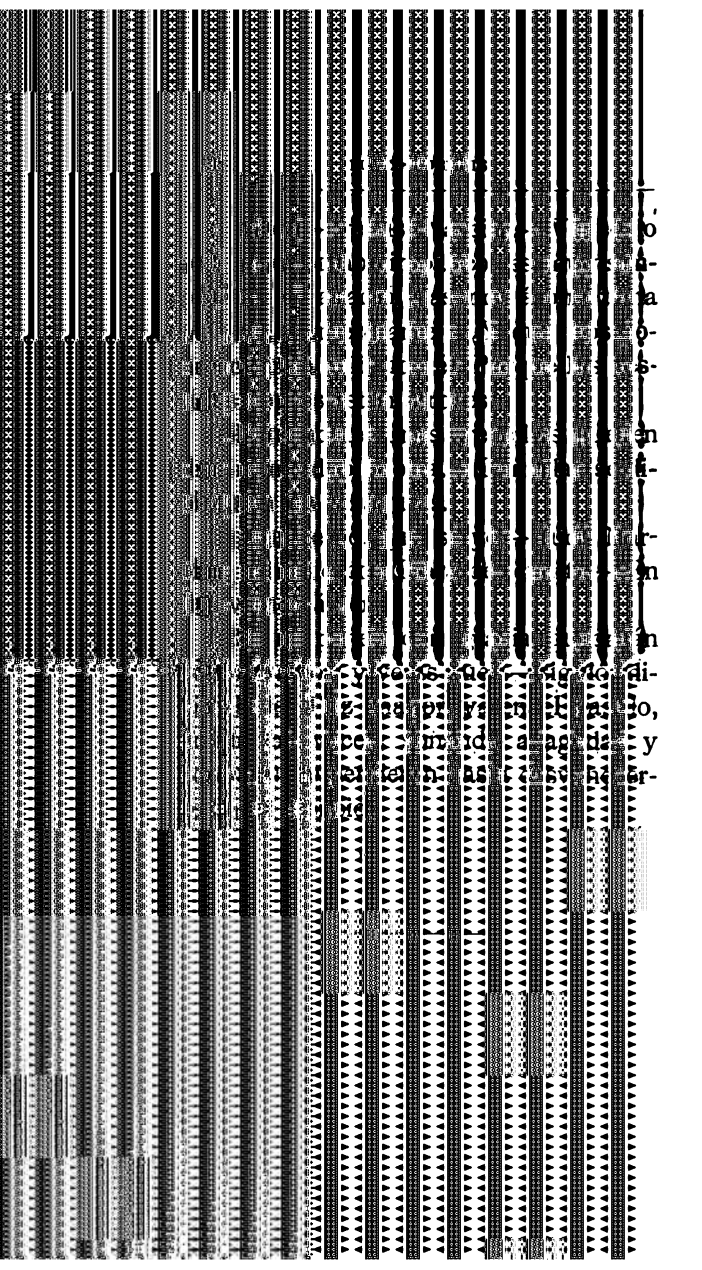
¡Qué habían de contestar negativamente! Prestaron su aquiescencia á plan tan opuesto á sus gustos, dejándose dominar por la voluntad masculina como unas humildes ovejas. ¿Á tomar el sol? Pues á tomar el sol; así lo dijo Narcisa, quien acabó la conversación saludando de modo militar al hombre mientras decía: «Á la orden, mi coronel».

—¿Qué tal? ¿Qué te ha parecido?—preguntó Clara cuando Agustín marchó.—¿Verdad que tiene algo, un atractivo especial?

Narcisa miró á su hermana con cierta inquietud.

—Vamos, dí la verdad. ¿Le quieres? ¿Si ó no?

—Mujer, no seas porra—respondio Clara impacientada.—¡Qué le he de querer! Para amoríos está el tiempo. Te pregunto qué tal te parece, y nada más. Á mí me es muy simpático.



VII

La ilusión del coronel, que rodó hecha trizas el día antes por la pendiente de la travesía del Almendro, juntó sus pedazos, y uniéndolos de modo tan perfecto que el más lince no pudiera hallar marca de lañadura, presentóse intacta, oronda y sonriente á Cerro en el momento que éste pisó la calle, saliendo de casa de las Trices, y ocupó su sitio anterior en la mente del militar, pero adornada y enriquecida con tanta nueva gala, que no la conocería ninguno que en su encarnación anterior la viese.

Aquella visita resarció á Cerro de los desengaños de la primera. ¡Qué diferen-

cia tan notable entre Clara y Narcisa! ¡Cuánto más atractiva que su hermana se presentaba la Triz menor, tan alegre, tan animada, tan chistosa! No hay que darle vueltas, los años no se ocultan, lo cual, aun siendo poca la diferencia de edad, echábase de ver al comparar á Clara con Narcisa, quien estaba más joven, mejor conservada, sin ser su ruina tan absoluta. Esto en cuanto al físico, pues en lo moral, tanto valía la una como la otra, buenísimas las dos.

Se frotaba Agustín las manos lleno de júbilo contemplando su plan en vías de realización, sin que en todo él hubiese más cambio que el de un nombre, cosa verdaderamente insignificante, pues tanto daba que la favorecida se llamase de un modo ó de otro, no estando el militar, como no lo estaba, enamorado. Su pensamiento no imaginó el posible amor de Clara, creyendo que, como él, habría olvidado el antiguo afecto. Ni el teniente Agustinito era el coronel Cerro, ni la de

García Triz la Clarita amada. Aquellos dos murieron: paz á sus cenizas.

En tanto las Trices pelábanse los dedos arreglando y cosiendo los trajes negros, que necesitaban un buen recorrido para resultar presentables; pero su trabajo y su destreza fueron recompensados al contemplar sus atavíos, que aparecían rejuvenecidos y casi nuevos bajo la fuerte luz del sol, que los alumbró en su primer paseo.

Atendiendo el consejo del militar, siguieron la calle del Almendro, llena de chiquillos sucios y anémicas gallinas, pasaron frente á la capilla de los Vargas, cuya crestería aplicaba sobre el cielo claro, los recortes de sus labrados, y cruzando la plaza de los Carros, entraron en la calle de Don Pedro, que dormía siesta soleada y tranquila. Ante el sol que los bañaba, blanqueándolos con su luz, aparecían, en calma señorial y aristocrática, los edificios, y la calle recordaba las vías muertas de las cortes abandonadas, don-

de los palacios antiguos se desmoronan en silenciosa soledad.

Las Trices se entristecieron al transitar por aquellos parajes, testigos de los acontecimientos pasados, y todos, detenidos ante la que fué morada de las hermanas, reconstituyeron escenas, cuyo recuerdo parecía nacer entre las piedras de la casa.

—Yo me asomaba á este balcón— señalaba Clara, indicando uno con el manguito alzado, y volviéndole á bajar rápidamente al descubrir un desgarrón ignorado hasta entonces.—Ahí, detrás de las persianas, para verte llegar cuanto antes.

—¿En ése? ¿Estás segura? No recuerdo bien—decía Cerro, mirando con alguna distracción la fachada.

—Y en aquél me ponía yo, escondida por los visillos para verte pasar,—seguía Narcisa,—de modo que sin saberlo paseabas la calle á las dos. ¡Qué gracioso, un novio para las dos!—y reíase con juveniles carcajadas.

Convinieron los demás que era en efecto muy chistoso el lance, y después de recordar sin fin de incidentes de aquel entonces, se arrancaron á la contemplación, y cruzando las Vistillas, el Viaducto, que se balanceaba columpiado sobre la calle de Segovia, arribaron, descendiendo la cuesta de la Vega, al fin de su excursión, que no era otro aquel día que el Campo del Moro. Pero temieron que fuera tarea demasiado penosa para sus fuerzas bajar y subir toda la rampa, y determinaron rematar el paseo en un jardín pequeño que, rodeado de muros no muy altos, existe á media bajada, como prefacio ó preámbulo del que más abajo esponja las copas de sus pinos. Crecen algunos árboles en aquel sitio, y bancos de mármol, cerca de una fuente adosada á la pared más alta, ofrecen abrigado asiento.

Allí se sentaron los paseantes, aislados por completo del mundo, en medio de un silencio sólo roto por el susurrante caer

de un chorrito de agua, que resbalaba entre los gastados labios del mascaron de piedra de la fuente, y filtrándose por las junturas de la taza, corría en arroyo diminuto hasta desaparecer, sorbido en la tierra. Á su curso nacían temblorosas briznas de hierba, plantas microscópicas de hojas de aspecto infantil y tímido, matitas imperceptibles, que aprovechaban la humedad bienhechora, y ensanchábanse cuanto podían para aspirar los rayos solares, que pasaban entre las ramas escuetas.

A su ejemplo, las Trices disfrutaban del sol, dejándole acariciar los rostros pintados, lucir, reflejándose, en sus ojos azules, calentar las pobres manos viejas, que abandonando el abrigo de los raídos guantes, extendían pasivamente sobre las rodillas los dedos arrugados y amarillentos, recibiendo en todo el cuerpo miserable el beso vivificante del astro, que en calma majestuosa inundaba el mundo en luz y calor.

No cesaban los viejos de hablar, y su conversación, llena de comentarios insignificantes, de detalles familiares, versaba únicamente sobre ellos, como si sólo ellos existiesen en el mundo; y hablando de sus males, de sus manías, de achaques, de remedios, y repitiendo los mismos sucedidos, que interrumpían iguales toses, cortaban idénticas pausas, narraron sus vidas en un parloteo infatigable, que sonaba como el ruido anhelante de una máquina estropeada, donde los tornillos rechinan, las ruedas no encajan y lo que fué movimiento rítmico y enérgico se cambia en tartajoso chirriar.

Pero á pesar de la insustancialidad de los conceptos y la pobreza de las ideas, sn conversación unióles en lazos nuevos, haciendo desaparecer la invisible muralla que separa á los que no se han visto en mucho tiempo.

Tal fué su primer paseo.

El siguiente les llevó á la plaza de la Armería, donde en la extensión de are-

na que encierran los arcos pasaban animados grupos de soldados, criadas, chiquillos y nodrizas, dando á aquel lugar aspecto de una decoración de teatro. En medio de ellos, palomas grises y blancas picoteaban confiadamente la tierra ó subían en rápido vuelo, desapareciendo entre la masa pétrea del palacio que guarece sus nidos.

También allí charlaron los viejos, pero su conversación pareció galvanizarse ante el gentío, que vivía una vida adolescente y gozaba del sol sin cuidados, expresando su júbilo con los niños que corren, las mujeres que ríen y las aves que arrullan.

Aquel día empezaron á comprender el espectáculo de los demás, é interesándose en él, desearon correr en carrera inmotivada, sintiendo el aire que azota las sienes y enmaraña el pelo, quisieron reir aturdidamente, por el solo placer de sentir el cuerpo agitado en ondas jubilosas, y gozaron y rieron, y sólo los respetos hu-

manos y ¡ay! sus piernas enfermas, les impidieron las locas correrías.

Para resarcirse de su forzosa quietud compraron algunas golosinas á los vendedores ambulantes, y royendo las castañas pilongas y desmenuzando los duros garbanzos tostados, olvidaron sus achaques, sus enfermedades, que se les aparecían hundidos en el jardinito lejano, donde la máscara seguiría dejando escapar en su soledad la hebra de agua, que en débil murmurio alimentaba la existencia anodina de las plantas.

Aquellos excesos juveniles olvidáronlos también en su paseo á las Vistillas. Desde la lengua de tierra que avanza rodeada de pendientes rapidísimas hasta acabar en puntiagudo cabo, abarcaron los paseantes el horizonte más bello de Madrid.

Ante ellos extendíanse los árboles del Campo del Moro, que unidos con los de la Casa de Campo y Moncloa, ondulaban suavemente, hasta juntarse con

la mancha de verdor oscuro de los pinos y encinas del Pardo, que parecía llegar hasta los pies de la cordillera azul, cuya arista de plata se perfilaba sobre el cielo límpido. Una transparencia maravillosa, permitía á la vista volar hasta el límite extremo del horizonte y abrazar todos los detalles del panorama, teñido de dos colores dominantes, el gris finísimo de las ramas y la tierra secas y el matiz de zafiro del espacio diáfano, por donde el sol bajaba poco á poco, ocultando piadoso en áureo polvo, los yermos de San Isidro, que desaparecían en una niebla de luz, agujereada por la copa verde de algún ciprés de los cementerios abundantes por tal sitio.

Sentados en un sillar medio hundido en tierra, los peripatéticos contemplaron el paisaje.

Desde allí veían caer, como en un pozo transparente, las palomas del Alcázar que, desprendiéndose de la enorme altitud, perdíanse en bandadas volan-

deras sobre la Casa de Campo. El río dejaba entrever su caudal invernizo entre los troncos desnudos, señalando su cauce con ligera estela de bruma que flotaba indecisa; algunos techos surgían entre el arbolado y los cristales de la estación se incendiaban heridos por el sol. En aquel sitio se oían distintamente sonidos que afluyen desde otros lejanos, el cencerreo de los carros, las campanas de los tranvías, y dominando estos rumores, y los confusos de voces y pasos, que subían de la calle de Segovia, se escuchaban las cornetas, cuyo claro son venía desde las altura de la Montaña á repercutir en las Vistillas.

Innumerables gentes poblaban el promontorio, considerado por los vecinos de las casas próximas como una dependencia de ellas, y en virtud de tal razonamiento, las comadres cosían sus trapos, poniendo piezas al pantalón del marido ó zurciendo la falda de los domingos, otras amamantaban tiernos infantes, parecidos

á larvas de insectos, presos en apretados pañales que los sostenían inmóviles y rígidos, dejando solo con movimiento la cabeza, inexpresiva y roja; una vendedora de escobas extendió al sol su mercancía para que se orease, y las blancas ramillas descortezadas ocupaban gran espacio, dando motivo á disputas sin fin; una cacharrera exponía también su surtido de ollas, cazuelas y barreños, cuyo tostado barro brillaba, y además de estas comerciantes establecidas, por decirlo así, vagaban entre los grupos, haciendo sonar el aire con sus voces, la mujer de las puntillas, botones y calcetines, la castañera «calentitas» y varias naranjeras, con sus cestos repletos de doradas bolas. Todos trabajaban mientras tomaban el sol, y como mandamiento escrito de su ley de labor y miseria, en la fachada de una de las casas cercanas leíase un letrero, que rezaba en grandes caracteres: «Se alquilan habitaciones por diez pesetas mensuales». Los que se distraían y

abandonando la tarea dejaban vagar un momento sus ojos por el cielo, encontraban pronto aquel recordatorio de pobreza, y las manos cosían más de prisa y las voces pregonaban con redoblado ardor, para lograr reunir aquella cantidad, precio del techo y de las cuatro paredes frías y desnudas que mal resguardaban su mísera vida.

Aquél fué su paseo predilecto. Rodeados de trabajadores y pobres, sentíanse en su esfera, y lejos de las melancolías del jardín, lejos también de la agitación pueril y sin causa de la plaza de la Armería, se reflejó la madurez de la existencia en sus conversaciones, que fueron cada vez más graves. De ellas fué poco á poco descartada Clara, quien muchas veces miraba silenciosa y sola la extensión inmensa, y otras respondía á la charla infatigable de Julita, quien les acompañaba algunas tardes.

El afecto entre Narcisa y Cerro crecía, sin que ninguno, por un acuerdo tá-

cito, dijera palabra á la enamorada. La conciencia de la Triz menor, tranquilizábase pensando en las negativas con que Clara respondió siempre á las preguntas sobre el cariño que pudo conservar á Agustín; pero un sentimiento de vergüenza inexplicable, y tal vez un temor ignorado de ella misma, impedíale confesar cuanto el coronel la decía.

Clara no sospechaba nada. Cuando pasó la impresión de la primera visita, recobró algo su anterior tranquilidad de alma. Seguía enamorada del militar; pero viéndole indiferentemente afectuoso, su amor no se exteriorizó más, sino que, hundiéndose en su corazón, lo penetró, sin manifestar su poder, ni aun á la misma Clara, que desconocía la fuerza terrible de su pasión.

Una tarde de comienzos de Abril, fueron otra vez á las Vistillas las de Triz, Julita y el coronel. Este, á quien divertía mucho la chica, compró pasteles en un horno de bollos del barrio, y Julita, por-

tadora del grasiento paquete, relamíase anticipadamente al pensar en la suculenta merienda que le esperaba.

Sentados en sus piedras acostumbradas, empezó el piscolabis, mordiendo cada uno sus correspondientes pasteles, que fueron comidos, desapareciendo como por ensalmo entre los dientes de la niña, mientras más despacio eran masticados por los viejos.

Acabada la colación, Narcisa y Agustín se levantaron, marchando juntos á mirar el horizonte, y Clara quedó con Julita, que aún devoraba un último hojaldre.

La vieja, contemplaba tristona el verdor naciente de la primavera, que apuntaba en las ramas. El aire acariciaba más tibio, palpitando en ráfagas, cayendo luego en desmayados soplos. Había más júbilo en el espacio, y viéndose llegar tras aquel día, otros como él, serenos, templados, el letrero de la casa dulcificaba su severidad, pues en verano no importa

dormir sobre la tibia tierra, mientras pasean en la noche las estrellas innumerables. Pero Clara, apenada en medio de la alegría general, se sentía inquieta ante aquel rejuvenecer del mundo, que hasta ella no llegaba.

Una bocanada de aire más frío, le hizo levantar la cabeza y mirar intranquila un nubarrón obscuro que volaba velozmente, cubriendo el cielo. Apagóse el sol, el paisaje quedó sin vida, empezaron á caer gotas.

—Agustín, Narcisa, que llueve—gritó á los otros, que ya volvían apresurados.

—¡Qué gracia!—dijo Narcisa al llegar.—Nos coge sin paraguas.

—Vamos, vamos de prisa—ordenó Cerro,—si no, nos pondremos perdidos.

Pero por aprisa que fueron, la nube les alcanzó, y obligados por la lluvia fortísima, se guarecieron en un portal. Miraban desde allí rebotar con estruendo, los granizos sobre el empedrado. El

agua que caía mezclada con ellos en gruesos goterones, se estrellaba contra las losas, saltando deshecha en partículas, á la vez que de los canales, de los aleros, se desprendían masas líquidas que formaban dos cascadas paralelas todo el largo de la calle, desierta bajo aquel diluvio.

Clara y Julita se refugiaron en el fondo del portal, mientras Narcisa y Cerro quedábanse algo más fuera, siguiendo su conversación, que debía interesarles mucho, á juzgar por los gestos animados con que subrayaban las palabras. Miróles Clara algo sorprendida de aquella vehemencia, y una sospecha aún indeterminada atravesó su corazón en punzada dolorosísima. Contempló el grupo más atenta, y como si así se aclarase aquella duda, surgieron entonces detalles, pormenores, palabras, que en un segundo iluminaron á la infeliz.

Instintivamente se llevó las manos al pecho y adelantó un paso, pero la mirada curiosa de Julita la detuvo.

—¿Nos vamos?—preguntó la chica.—Ahora llueve menos.

En efecto, el furor de la borrasca pasaba y las gotas caían más menudas y espaciadas.

—Sí, vámonos.

Se lo dijeron á los otros; salieron todos. El cielo, cubierto con una capa gris, anunciaba la lluvia cercana otra vez, dejando caer de cuando en cuando alguna gota. El aire corría fresco y húmedo, balanceando las plantas mojadas de los balcones, que se inclinaban sobre el transeunte al derramar el agua que las doblaba. Los charcos brillaban con el reflejo de las luces del gas, y las gentes pasaban presurosas, temiendo un nuevo chaparrón.

Detrás de Cerro y Narcisa, llevando á Julita de la mano, caminaba Clara, llena de dolorosa duda, de sospechas peores que la realidad. Todo cuanto hacía la pareja, traía una nueva piedra al alcázar de su desgracia; los gestos, la entonación

de las no bien oídas palabras, hasta los pasos acordados de Narcisa y Agustín, todo esclarecía su ignorancia, y maldiciendo de su ceguera, aún quería conservar una última ilusión, esperando que aquella tortura fuese imaginaria, fuese una alucinación recelosa de su espíritu.

En silencio llegaron á la casa. Allí despidióse Cerro, y dejando á Julita con su madre, penetraron las Trices en e lcuarto bajo.

Clara se disponía á entrar en su alcoba, cuando Narcisa la sujetó de una manga, y en medio de la penumbra del pasillo, oscurecido por la tempestad que volvía impidiéndoles verse, dijo:

—Quiero hablarte de un asunto muy serio que nos interesa á las dos.

En aquel momento retumbó un trueno, confundido por Clara con el latir de su corazón, y casi sin fuerzas, oyendo caer otra vez más fuertemente la lluvia, contestó:

—¿Qué es, dí?

—Pues— siguió Narcisa, dudosa,—te diré. Agustín me hace el amor y hoy me ha propuesto casarse conmigo. Yo he aceptado; pero si te parece mal la boda, no hay nada de lo dicho. A mí me es simpático, congeniamos, de edad tal para cual. Claro que si tú le quisieras aún, no habría que pensar en ello; pero como me has dicho cien veces que no le quieres ya, que le encuentras feo y viejo, le he hecho caso sin miedo de que pudieras hallar ningún inconveniente. Tú, por supuesto, vendrás á vivir con nosotros. ¿Qué te parece? Te habrá sorprendido esto, de fijo.

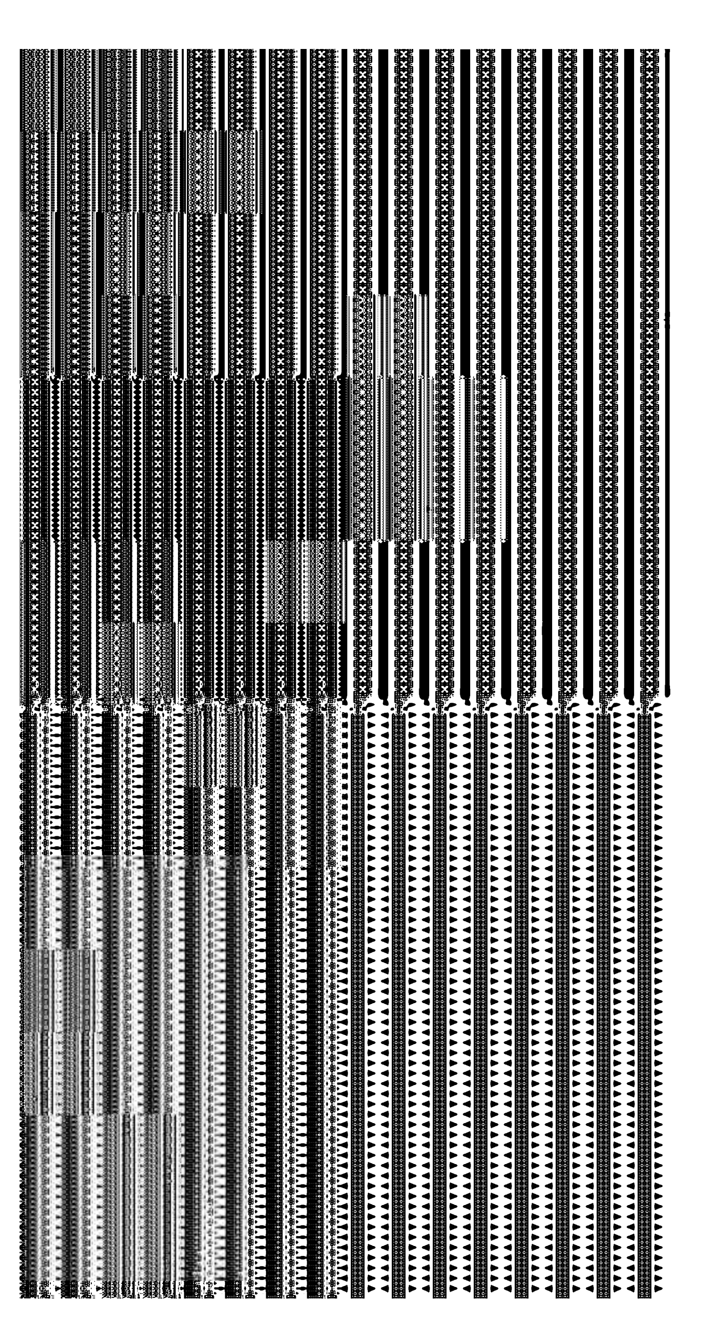
En la sombra, apoyándose en la pared, Clara sentía redoblar dentro del cráneo los truenos fragorosos sin poder coordinar sus ideas, ni responder palabra.

Que no le quería, que no le quería... lo habia dicho, era cierto, pero no era verdad: le amaba, le adoraba con toda su alma, y ¿cómo confesar ahora su amor? Era inútil ya, era crueldad innecesaria

que infligía á Narcisa, y á una nueva pregunta, respondió con voz muerta, de donde la voluntad arrancó toda pasión:

—Cásate, sí, cásate. Yo no le... Él es bueno y seréis felices. Cásate, cásate.

Repitiendo aquellas palabras que eran la muerte de su amor, tanteó en lo oscuro con mano trémula, abrió la puerta de su alcoba y allí dejó caer su cabeza, aún cubierta con la mantilla, sobre las almohadas y lloró desesperadamente, sofocando sus gritos de dolor, humedeciendo la tela como en la noche del sueño. Y mientras los sollozos ahogados sacudían su cuerpo informe, la inconsolable escuchaba rodar más lejano el trueno, y la lluvia caer infatigable, con murmullo triste y perenne.



VIII

El señor de Cerro, portándose como caballero galante y generoso, entregó á Narcisa regular cantidad para la renovación de su escaso guardarropa.

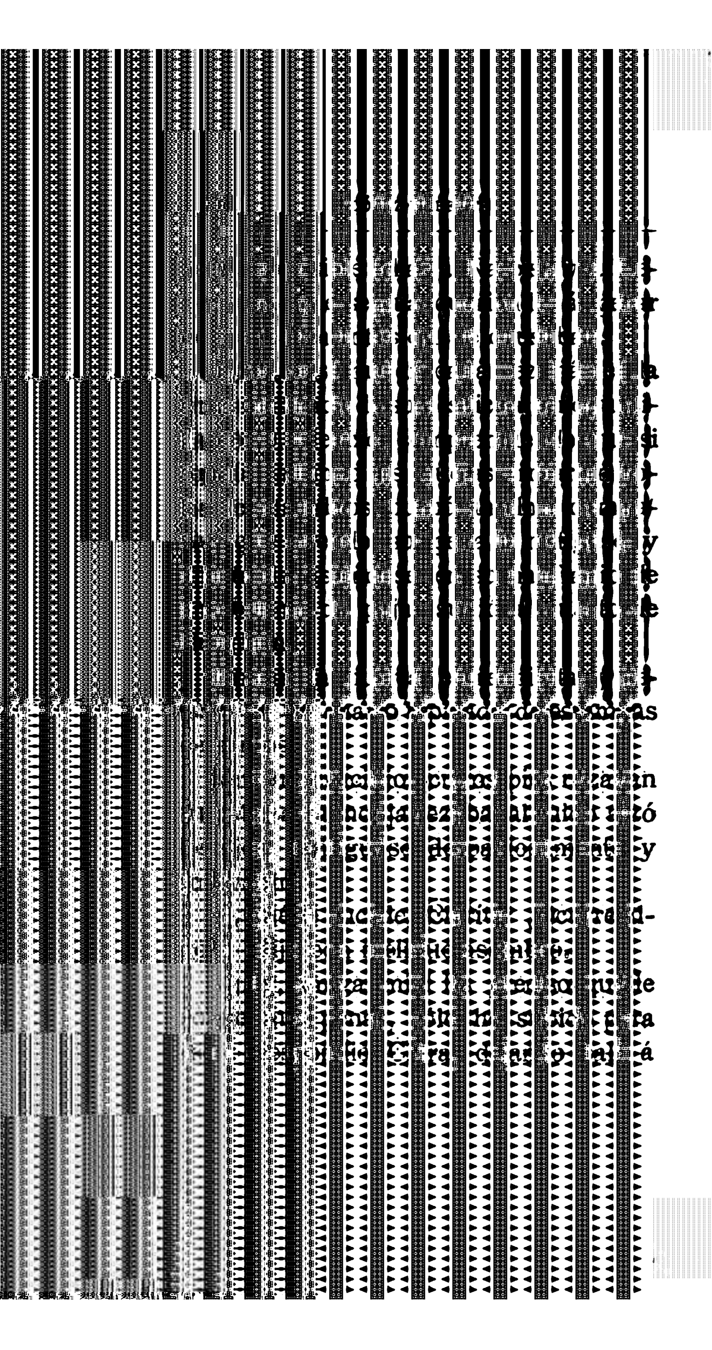
Volvieron otra vez las Trices á la Carrera, á disfrutar del encantador espectáculo de las tiendas, representando el papel de compradoras, envidiadas por las demás mujeres, que miran con ojos llenos de deseo á las viejas, que entran y salen de almacén en almacén, adquiriendo aquellas galas por tanto tiempo deseadas, y que ahora venían á su poder de manera casi milagrosa. Narcisa no se daba cuenta exacta de cuanto le suce-

día, antojándosele ser aquellas compras desvaríos de fiebre, visiones de sueño, que acabarían dejándola de nuevo en la vida real, triste y miserable. Clara alegrábase en el momento de la adquisición, cuando la frivolidad triunfante alejaba la pena; pero pronto, volvía á caer con más fuerza sobre su alma el dolor de su abandono, que tenia que llorar en silencio, pues era imposible decir nada de aquellos pesares suyos á Narcisa, su causa inconsciente.

Clara se preguntaba si su hermana había adivinado los trances acerbos en que veíase la Triz mayor. Queriéndola como la quería, debió presumir seguramente que amaba á Agustín; pero ni una mirada, ni una palabra, hacían creer que, sospechaba algo; y si no adivinó, si no presumió, era porque nunca la quiso, porque mintió siempre que hablaba de su cariño; y si no servía para evitar una lágrima sola, perdiérase en buena hora afecto tan inútil. Si el caso hubiera

sido el contrario, Clara hubiera adivinado, hubiera tenido la divina intuición del amor verdadero, y antes que consentir fuese desdichada Narcisa, seríalo ella callando y enterrando su pasión, como lo hacía ahora. Jamás la quiso, puesto que se casaba con Agustín, y se casaba porque nunca, nunca la había querido, y estas razones pasaban y repasaban cien veces por su mente, en desesperada procesión.

Su angustia crecía, y los verdugos añadían un tormento más á su martirio, narrando sus planes de vida, sus proyectos, á los cuales asociábanla siempre. Pero Clara se negó á abandonar Madrid, diciendo que ya estaba vieja para cambiar de residencia, y se defendía contra los ruegos, pensando en los alfilerazos y las heridas infinitas de la intimidad que aumentarían su pena. Prefería sufrir sola el dolor conocido, como sola lo sufría, sin que en su excitación tuviese el consuelo del odio, pues



borbotones sus palabras. — Necesito alguien que me escuche, que me aconseje, que me atienda.

—¡Jesús, Jesús! ¿Usted con penas? Vaya, siéntese aquí, y cuente esas desgracias.

—Sepa usted, Herminia, que Narcisa se casa...

—¡Virgen de la Paloma!

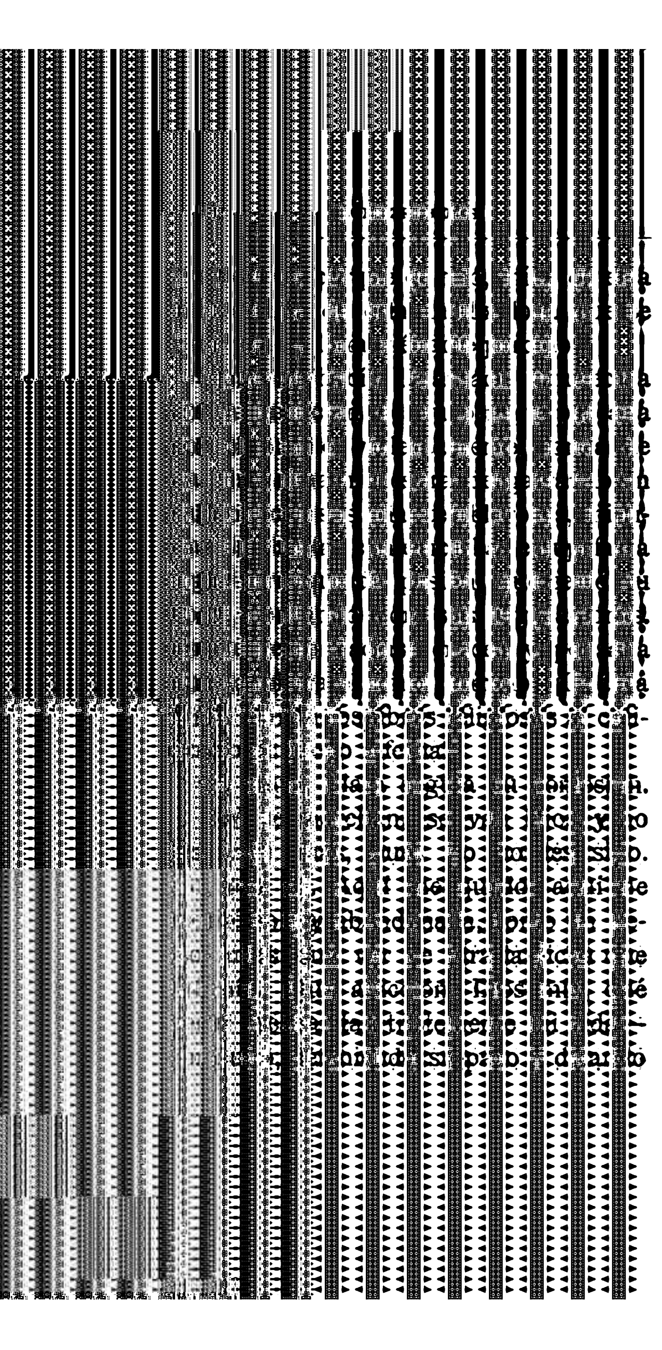
—Comprendo que se asombre usted. Su novio es el mío.

—¡Santísimo Patriarca!

—Es decir, ya no es el mío; pero lo fué cuando yo era joven. Y como le amé entonces, le amo ahora. Miento, le amo más, incomparablemente más, le adoro, no se asuste usted, le adoro.

—¡¡Madre del Amor Hermoso!!

— ¡Le adoro, le quiero como no he querido á nadie en este mundo, y mi hermana, ¿entiende usted, señora? mi hermana — decía manoteando cerca de Herminia, aterrorizada por tal vehemencia—me lo quita, me lo arrebata, me lo roba, sí,



caer unidas las manos, que apretaban el pañuelo.

—Serénese usted, amiga Clarita—dijo Herminia, extrayendo de su cerebro algunos consuelos insulsos.—Piense en Dios, acuérdese de la pasión de Cristo y sufra con resignación.

—¡Resignación! ¿No la tengo? ¿No callo mi desdicha? Sólo usted la conoce. Ni Narcisa, ni él sabrán nunca nada. Pero sufro, sufro. ¡Ay, amiga mía! Consuéleme usted; se lo pido por su madre; dígame usted algo que adormezca mi pena, que la haga menos cruel.

—No se qué decirla—repuso turbada la otra;—yo no entiendo de esas cosas. ¡Pobre de mí! ¡Qué sé de amores ni de celos! Rece, Clarita; no puedo consolarla de otro modo; rece, y hallará alivio. Ruegue mucho, y acepte tranquila su pesar como un regalo de Nuestro Señor.

Clara miró á la monja.

—¿Sólo me dice usted eso, que rece, que rece?...

alguien? Cascaja, habla—ordenó la centenaria, irguiendo en el sillón su blanca figura.- Cuenta sin miedo; desde mi desventura, todas me son familiares—acabó plagiando á Dido.

—Doña Leocadia, comprenda usted mi pesar. Narcisa se casa.

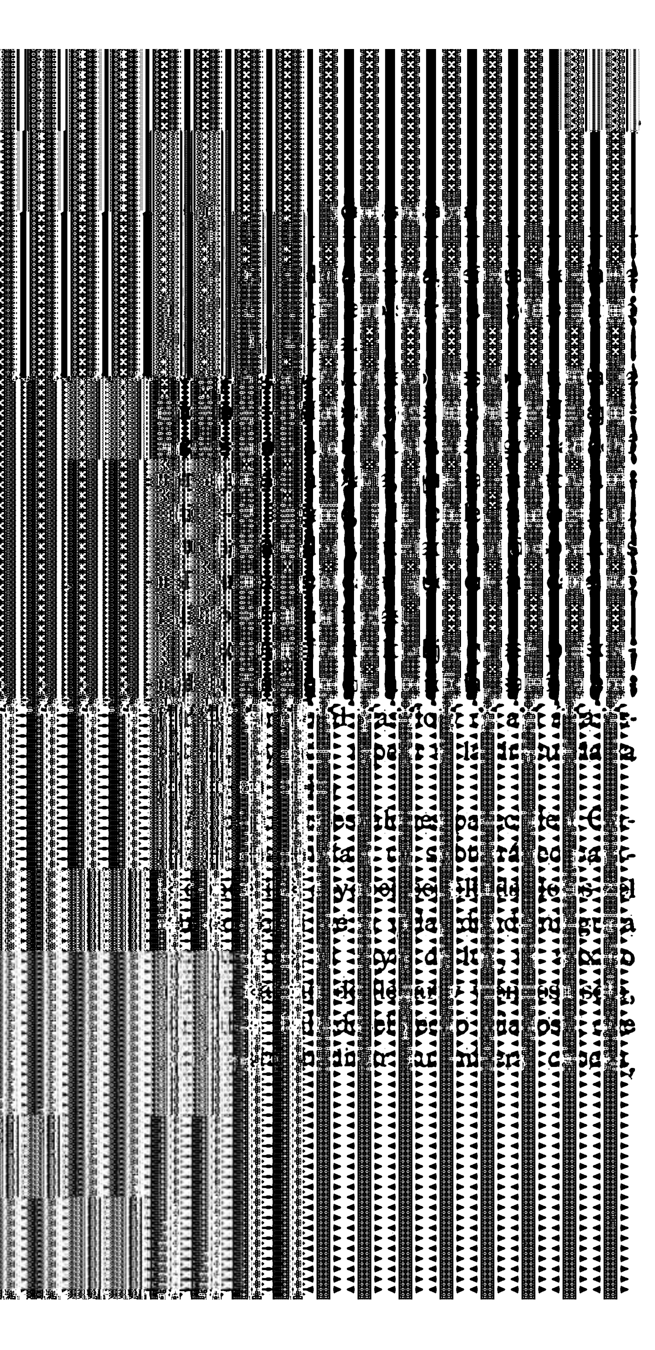
De un salto, inverosímil en persona de su edad, se levantó la Micho; su túnica flotó en el espacio, á la vez que decía con voz vibrante:

—¿Que se casa tu hermana? Me explico tu furor, tu ira. Pero no llores más. Yo he de vengarte. ¡Ah, perra! ¡Ah, infame! ¡Casarse! ¿Y con quién se casa?

Clara, llorando más fuertemente detrás del pañuelo, contestó á la indignada vieja:

—Con el que fué mi novio, con el coronel Cerro, á quien tanto quise, á quien aún hoy quiero.

—Pero tú... ¡Oh!... ¿Pero... tú... también le quieres? — preguntó Leocadia silabeando las palabras, reteniendo su furia.



comprendió que todo había concluído, y que era preciso que en su aislamiento sortease aquella tormenta que la sorprendió cercana al puerto, que cumpliese hasta el fin la tarea impuesta, callando su dolor.

Y hasta el fin la cumplió. Sufrió sonriente, escuchando los amorosos coloquios, sufrió al ser consultada como árbitro en rencillas cariñosas, sufrió al repartir con Narcisa los muebles, aquellos muebles tan apretados y juntos en las habitaciones estrechas, cual unidas habían sido las existencias de sus dueñas. Algunos se llevó la novia, y empaquetados, abandonaron la casa que tanto tiempo ocuparon. Con otros se quedó Clara, tal vez demasiados para el cuarto que alquiló en el barrio de Salamanca, pues tras su algarada con la Micho, ésta les había significado su expulsión para el día mismo del término del alquiler, que cumplía á mediados de Mayo. Después de efectuada la boda, las hermanas sal-

drían de la calle del Almendro para no volver, y luego de despedir en la estación á los recién casados, iría Clara á su nuevo domicilio, al piso tercero, con realidades de quinto, de aquella casa que parecía haber caído del cielo, perdida en el extremo de una calle, rodeada de solares por todos lados.

Hasta el más mínimo alivio nególe la suerte. Lejos del sitio donde vivió tantos años, dejaba en él sus costumbres, sus amigas, todo el calor de su nido. Allí quedaba Julita con su charla, su alegría, sus graciosos disparates; allí las demás figuras de su vida más ó menos atrayentes y amadas, pero tan necesarias en ella; allí el retiro fragante del patio, ya cubierto de flores, los cánticos infantiles de las monjas. Arrastrando el paso inseguro podría llegar hasta allí alguna tarde, pero ¡cuántas, cuántas no pasaría contemplando el horizonte inmenso cubrirse con el velo melancólico de las sombras, que poco á poco lo llenarían todo,

dejándole tan negro y triste como iba á ser su vida, mientras al través de la oscuridad se contestan los lejanos ladridos de los perros!

....

Agustín y Narcisa se casaron á principios de Mayo, apadrinados por Clara y un compañero del novio. La ceremonia fué breve, uniéndoles el cura una tarde en la iglesia desierta.

Clara rezó mucho, y callando siempre, ocultó su desesperación con careta de alegría. Volvieron á la calle del Almendro para disponerse á partir.

La casa desamueblada había perdido su aspecto grato de tranquila estrechez, abríanse bostezando las puertas, y llena de polvo, de papeles rotos, de paja de los embalajes, despedía con semblante adusto, á sus antiguas ocupadoras.

Vistiéronse de viaje los recién casados, y mientras salían baúles y maletas, recorrió Clara aquellos cuartos donde tan feliz vivió y que, oscurecidos por el cre-

púsculo, envueltos en triste misterio, se hundían en la penumbra callada de los parajes deshabitados. La triste iba de uno en otro, acariciando con la vista los rincones todos, donde parecían esconderse entre las sombras los recuerdos de los días dichosos de antaño. «Adiós, adiós», repetía mentalmente, «me voy, adiós». Y como respuesta á su despedida, caían lentas gotas de la fuente mal cerrada, pareciendo llorar en lo oscuro la marcha de Clara. «Adiós», decía, mirando la ventana tras la que escuchó representar á Julita, «adiós»; pero aquella tarde pasaban en medio de las hojas de la enredadera, flechas de luz y risas de niña y ahora las ramas retorcidas se agolpaban en masa negra, y sólo escuchaba aquel invisible sollozo del agua que caía tristemente. En las tinieblas, cada vez más densas, la casa vivía y recordaba; manos invisibles surgían, retardando el pesaroso paso de Clara, y un susurro imperceptible decíale al oído: «Adiós, adiós. Somos nosotras,

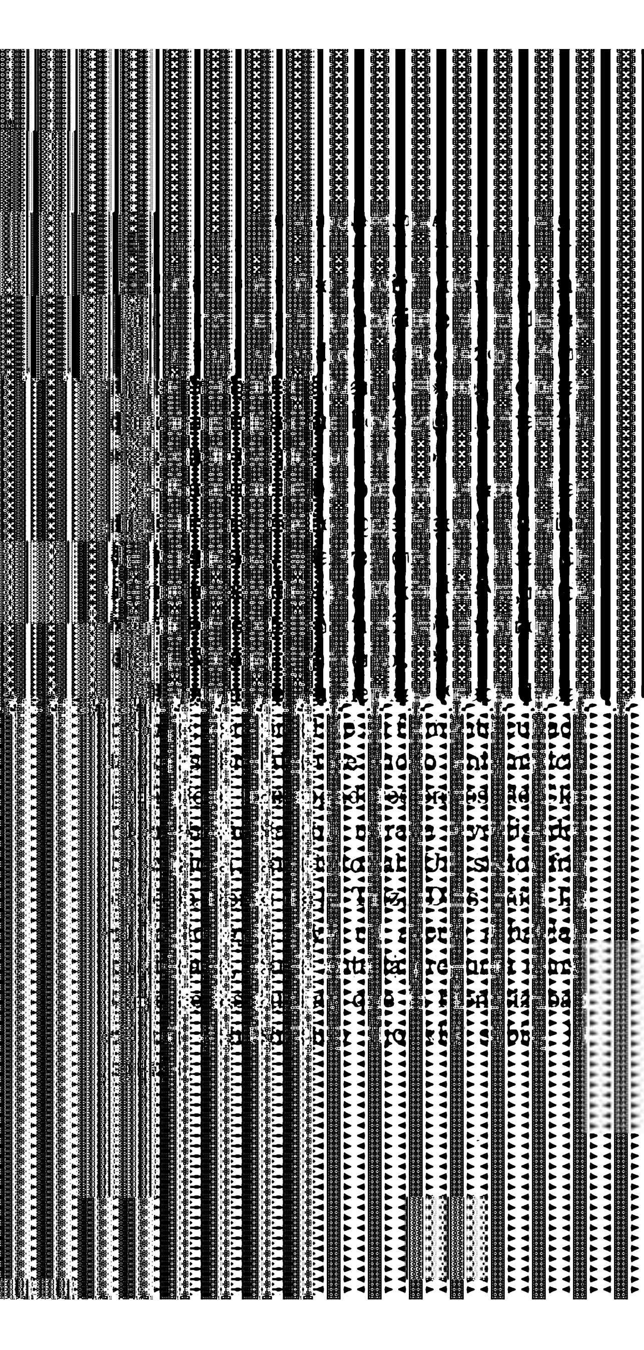
nerlos cerrados, me vengo del ultraje. Oye, paloma, escucha, preciosa—añadió con terrible ironía, dirigiéndose á Narcisa.—Atiende, que voy á contarte algunos detalles que ignoras de tus amores. Verás cómo te ríes al conocerlos.

Clara comprendió que la Micho disponíase á publicar su desgracia, y viendo deshecho en un instante todo el trabajo doloroso de tanto tiempo de silencio, dejó caer las llaves al suelo y empujó hacia la calle á Narcisa y á Cerro, diciendo con voz trémula de pánico:

—Vamos, vámonos, que está loca. No la escuchéis, no hagáis caso.

—Óyeme, Narcisita—seguía gritando la vieja, frenética al ver huir su venganza.—Atiende á lo que digo—vociferaba cada vez con más furia, mientras arrastrada por Clara, Narcisa entraba en el coche y Agustín se disponía á salir del portal.—¿Sabes quién está enamorada de tu marido? Tu hermana.

Escuchando esto Clara, que quedaba



El barullo y algazara de la estación libróla un momento de aquel suplicio. La gente corría entrando en los coches, empujándose en prisas tumultuosas; el tren iba á partir.

—Adiós, adiós, Clara. ¿Vendrás á vernos, eh? ¿Vendrás?—preguntaba la de Cerro llorando.

Clara, resuelta á no ir nunca, afirmaba con la cabeza y á la vez que abrazaba á su hermana, sintiendo correr por sus mejillas las lágrimas de Narcisa, deseábale con toda su alma que fuese feliz, que fuese dichosa.

—Adiós, adiós, hasta pronto.

Narcisa subió al carruaje.

—Adiós, hermana—dijo Agustín, apretando las manos de Clara entre las suyas.—Adiós.

Y más bajo añadió:

—Nunca olvidaré.

—Sube, sube, que se va el tren—repuso la infeliz, sin saber lo que decía, ahogada por la emoción.—Sube; adiós, adiós.

Al oir tan absurdo itinerario, el automedonte miróla extrañado; mas nada dijo, y arreó los caballos.

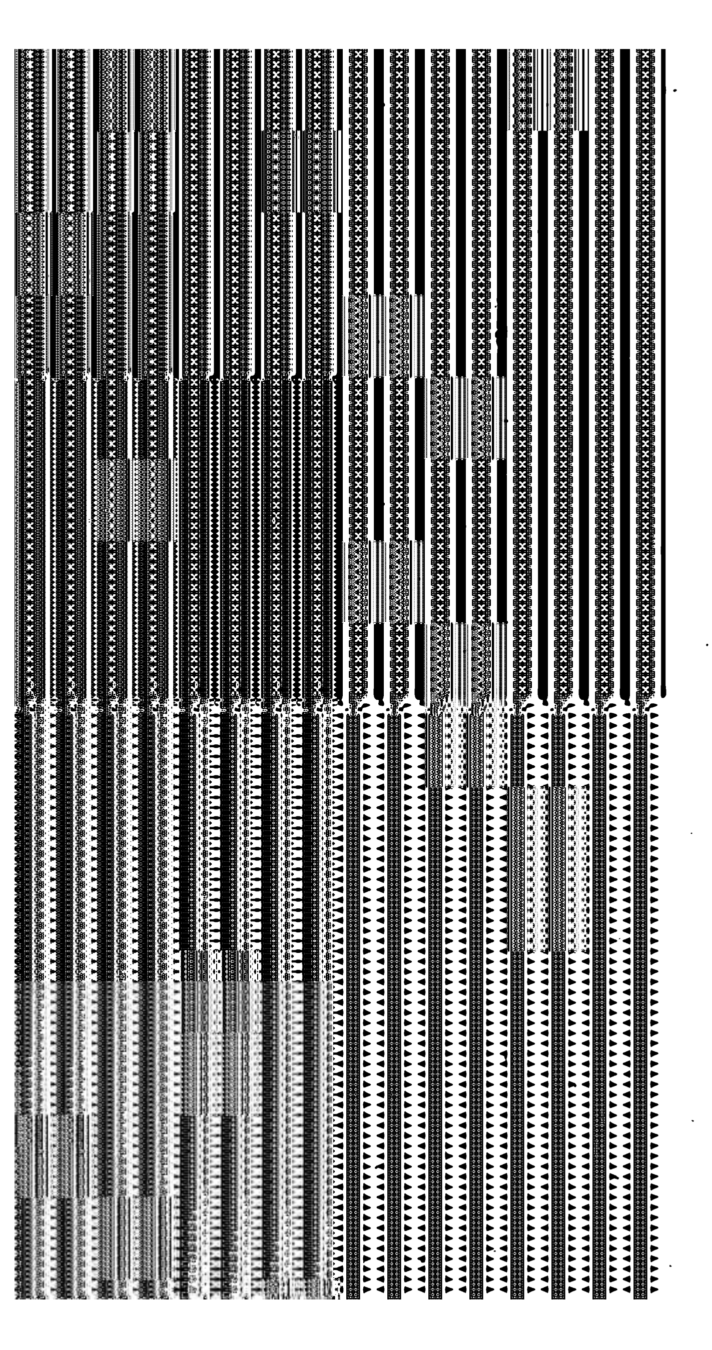
Hundida en un ángulo, Clara se interrogaba, en vano sobre la significación de las palabras de Agustín: «Nunca olvidaré, nunca». ¿Sabía, sospechaba su amor? ¿Cómo conocer aquel enigma que velozmente se alejaba y que, aun cercano, jamás podría ni debería descifrar? «Nunca olvidaré, nunca.» Ultima duda que llenaría sus últimos años. ¿Comprendió su pasión, oyó á Leocadia? «Nunca olvidaré.» Ella también, siempre recordaría.

El carruaje se acercaba á la calle del Almendro. Clara vió pasar rápidos los sitios familiares: las posadas, las tiendas, el solar; tras ellos llegó la casa de la Micho. Inclinándose fuera del coche, vió desfilar saltando, las rejas que lucían blancos papeles; vió el portal desierto, donde el sillón de Julita dibujaba sus formas delgadas bajo el re-

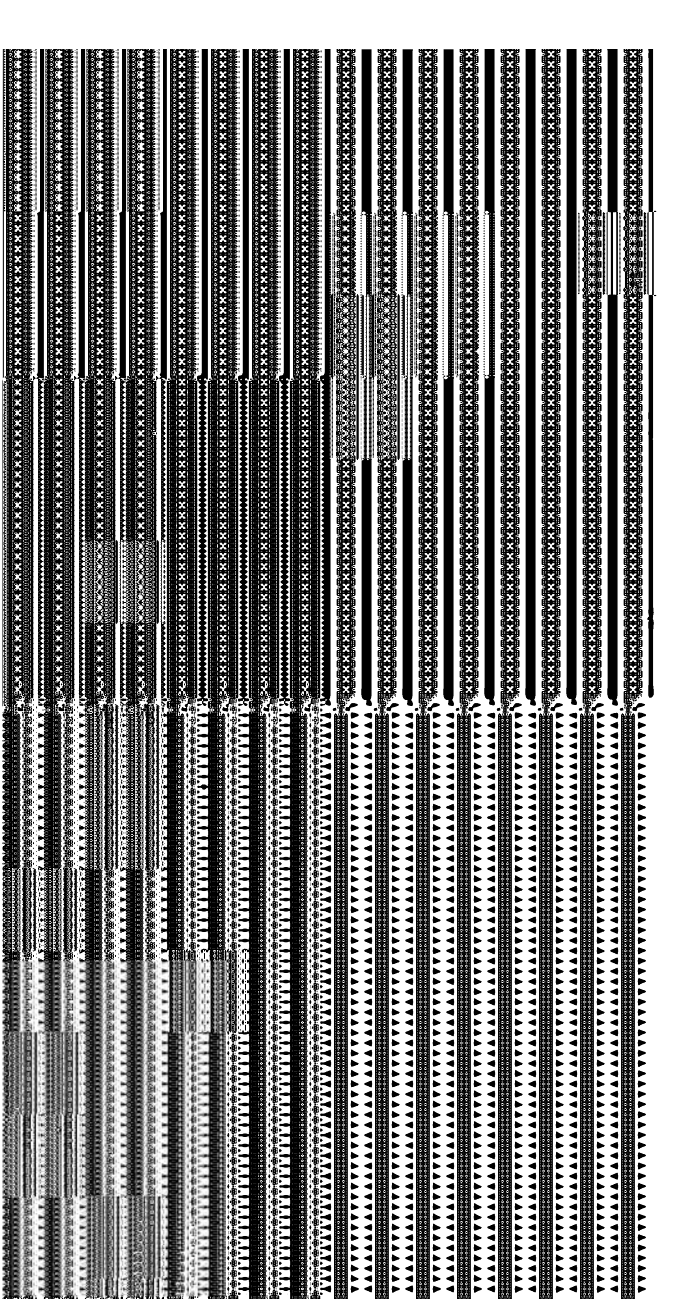
flejo mortecino del farol, que se balanceaba al soplo del viento; luego todo pasó, todo quedóse atrás, sepultado en la sombra.

Entonces la Triz abandonada, se dejó caer sobre los almohadones, y cerrando los párpados, entre los que resbalaban las lágrimas, llevóse á su destierro la visión última del perdido paraíso, recreándose, llena de dolor, en el recuerdo de aquellas ventanas, en las que blanqueaban las cédulas, cual pálidos espectros de las alegrías muertas, asomados para verla pasar, y viendo brillar, como única claridad de su vida el farol, donde, incierta y vacilante, temblaba, pronta á extinguirse, la moribunda luz.

La Granja Julio-Agosto. Madrid Diciembre 1901.



LA CANTORA.



LA CANTORA

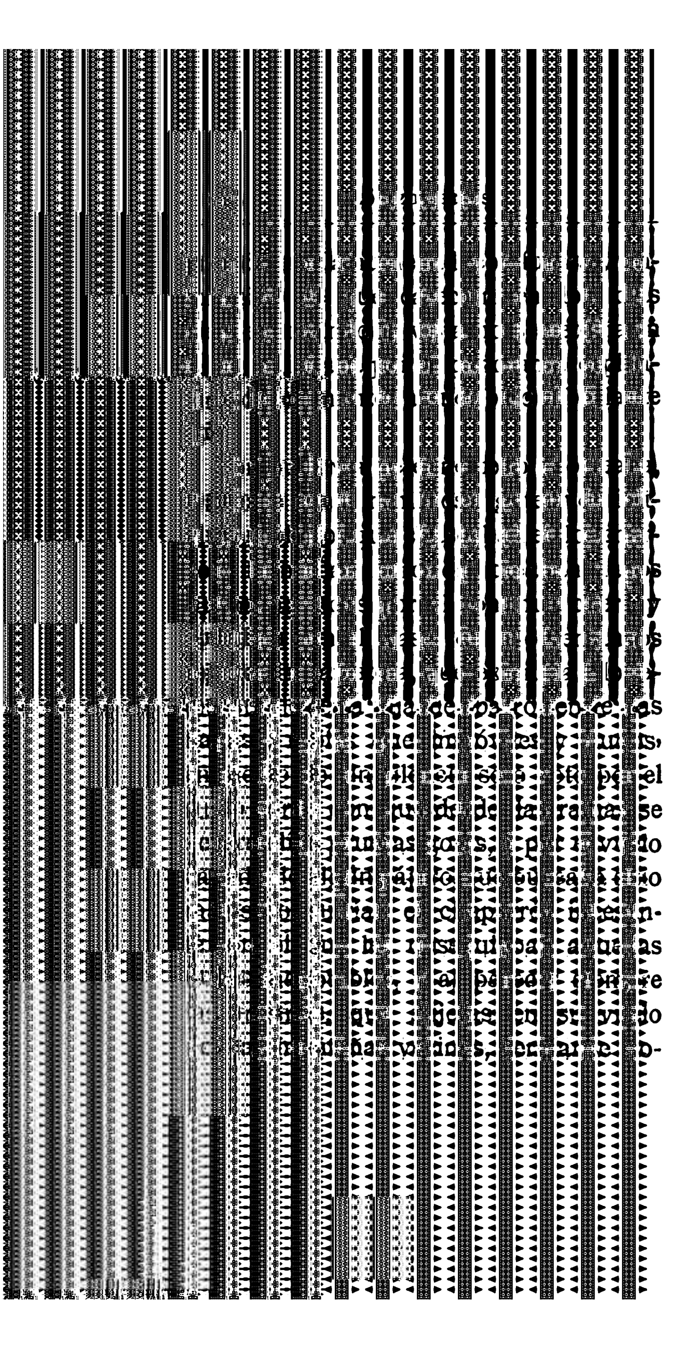
A José de Cubas.

I

Lluvia.

Llovía sin cesar. Desde el cielo gris bajaban hilos de agua, tenues, finísimos, apenas visibles, borrando las lejanías del paisaje con su velo, al través del que aparecían aquellas, esbozadas en líneas vagas, inciertas, como irreales apariencias de sueño.

La luz concentrada sobre los objetos próximos, hacía resaltar la mata de helechos reluciente de agua ó la piedra enne-



bre el valle desde más de tres semanas.

El convento se envolvía también en paz profunda, pues aquel tiempo infernal impedía á las monjas trabajar en el huerto, donde todo estaba abandonado, y las tablas de verduras, los arriates de flores otoñales, la parra y los espaldares, aprovechando la huelga forzosa de las podaderas, volvían al estado primitivo.

En medio de una plazoleta, bajo un cenador cubierto de amarillentas hojas de mustias campanillas, se alzaba una estatua de la Virgen. Las gotas resbalaban por su frente, humedecían sus ojos doloridos, y cayendo por los pliegues pétreos del manto, después de besar el pie desnudo apoyado en la serpiente, formaban en la base del pedestal una laguna, que retrataba borrosamente la escultura en un reflejo sin cesar deshecho por la caída del agua.

En aquel sitio refugiáronse algunos pájaros, que permaneciendo callados y quietos largo rato, sacudían de cuando

la tierra, á los montes lejanos y á las hierbas próximas, y viendo que nadie contemplaba sus hechos, remangóse gallardamente los hábitos, y desplegando un útil paraguas rojo, acometió la empresa de cruzar el espacio que la separaba del término de su viaje, señalado por un rosal que cubría la tapia frontera del convento.

Evitando charcos y saltando regueros arribó á su destino, y dejando el paraguas á un lado, comenzó á cortar las rosas amarillas, que balanceándose como incensarios de oro, caían pesadamente, salpicadas por los puntos brillantes de las gotas, que rodando sobre los tersos pétalos columpiábanse un instante á su borde y caían empujadas por otras.

El arbusto se llenaba de corolas entreabiertas que guardaban aún la forma de los capullos verdosos; éstos brotaban por miriadas, asomando sus cabecitas tiernas por todos lados, y llegadas al apogeo del florecimiento, á la plenitud de

do en la sombra tropezó con un bulto que expresó su disgusto diciendo:

—¡Jesús nos valga Madre Manuela de la Cruz! Bien podía usted subir con más cuidado.

—¡Ay, madre Práxedes de las Seráficas Llagas! Si me ha visto usted, ¿por qué no me lo ha dicho? Viniendo del huerto no se ve gota en esta escalera.

—Del huerto, del huerto—gruñó la que descendía;—se necesita estar tentada del malo para ir al huerto con esta lluvia.

—Gustos hay para todo, madre Práxedes. Es claro, las que gozan durmiendo en el coro, no pueden comprender que otras se diviertan cogiendo flores.

La de las Llagas protestó de aquella insinuación con palabras coléricas y confusas, que se perdieron escalera abajo en cascajoso rumor, en tanto que la monja de las rosas llegaba al coro.

Como testigos del presunto sueño de la gruñona, las verdes cortinas de la ventana tamizaban la luz, que convertida

á su través en claridad escasa de acuáticos matices, envolvía á los objetos en penumbra submarina. La madre Manuela fuése á la ventana, y agarrando los cordones tiró con fuerza; riss, riss, corrió la tela, y el coro se alumbró con el reflejo sereno y triste del cielo lluvioso. Dirigióse entonces la religiosa á un altar donde una Virgen igual á la del huerto se alzaba entre ramos y velas; arregló las rosas en jarrones y búcaros, disponiéndolas artísticamente, mirándolas y recreándose en ellas, y acabado el adorno del altar, después de contemplarlo una vez más muy complacida, se arrodilló cerca de la reja.

Rezaba, cubriendo la cara con sus manos finas y marmóreas que, confundiéndose con el nítido rostrillo, formaban máscara blanca é impenetrable. El cuerpo, doblado hacia adelante, henchía el hábito con sus curvas llenas y firmes, dibujadas bajo el oscuro paño. Así oró largo rato, aislándose del mundo, perdién-

dose en un espacio vago y lejano adonde la llevaba el martilleo susurrante de la oración, aquellas sílabas que, volviendo á sus labios apenas pronunciadas, nacían en su cerebro, se evaporaban, y tornando otra vez, hundíanla en un adormecimiento doloroso y extático.

Un reloj, que adosado al muro dividía el tiempo con las regulares oscilaciones de su péndulo, sonó lentamente una hora. Al sonido del timbre, la prosternada se levantó, santiguóse y, resbalando silenciosa sobre el pavimento, se acercó al órgano, que á un lado del coro alineaba su tubería metálica. Junto á él permaneció de pie un momento, y al acariciar el marfil de las teclas con los dedos, uno de ellos apoyó con más fuerza, y una nota brotó dulce, insinuante, subiendo de eco en eco hasta las bóvedas calladas. Á su llamamiento respondió la madre; sentóse y empezó á tocar.

El sonido tímido salía suavemente por los tubos sin romper el silencio de la

iglesia; mas luego, las voces se envalentonaron, y sin llegar al grado extremo de la sonoridad, ascendieron más alegres, riendo con la voz infantil del registro agudo en escalas argentinas, que coronadas por el restallido alegre de un trino de cristal, resonaban como el juego bullicioso de los ángeles pintados en la cúpula.

Cuando más abstraída estaba la ejecutante, oyéronse en la escalera ruidos de pasos, y precedidos y autorizados por una novicia, entraron en el coro los chiquillos á quienes la madre Manuela de la Cruz, en su calidad de cantora y organista, debía ensayar una salve para la novena del Rosario.

Dispuso en derredor del órgano á los coristas, y empezó el ensayo, sufriendo la naturaleza musical de la madre, horrible martirio al oir aquellas voces agrestes y gargantas rudas, que tornaban en discordantes las más armoniosas notas. Escuchando tal algarabía, la cantora se ex-

citaba; pero conteniéndose, derrochaba los tesoros de su paciencia, que al fin fué recompensada al escuchar un conjunto que resultó casi aceptable. Mas este consuelo le fué negado al final de la salve, donde se escalonaban las voces en sabia y complicada fuga, sosteniéndose unas á otras á modo de castillo de naipes. Aquello era demasiado difícil para los chicos quienes, reconociéndose incapaces de semejante proeza, se descuidaban, cantando de desastrosa manera, á pesar de los consejos de la monja, que, esforzándose en enseñarles algo de lo mucho ignorado, les decía:

—Por nuestra Madre bendita del Rosario, no cantéis todos á un tiempo. Callad. Paquito, oye, fíjate, por Dios. A ti te toca empezar cuando Marichu canta «¡oh piadosa, oh dulce!», pero te esperas á que diga «¡oh dulce!», para cantar «siempre Virgen María», y mientras tú, Pedrín, y vosotros, seguís con el «salve, salve». ¿Me habéis entendido?

Las cabezas rapadas afirmaban, pero los ojos azorados las desmentían con gran razón, pues ni Pedrín ni sus compañeros sostuvieron la nota, y Marichu, por andar de prisa, se comió el «oh dulce», siendo esto causa de que Paquito enmudeciera al no oir la palabra convenida.

Tales cosas afligieron mucho á la cantora quien, ansiando un consuelo, les mandó callar, y dijo:

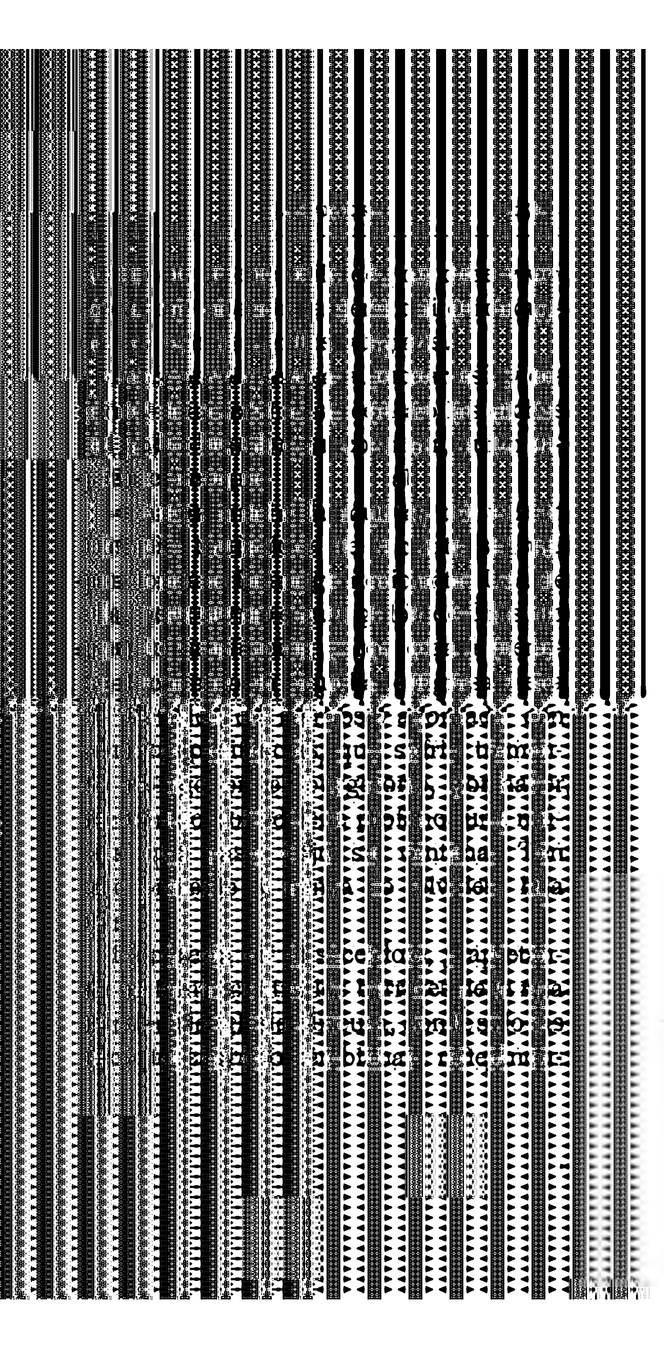
—Á ver, Gabrielillo, ven aquí, junto al órgano, para que ensayemos el solo.

Del grupo de niños se destacó el aludido, un chicarrón de trece años, alto, fornido, en el que solamente la voz atiplada y la candidez de los ojos revelaban la infancia que concluía.

El muchacho cantó, y calmando los nervios de la madre, la voz ascendió pura, clara, con cadencias penetrantes de flauta, concluyendo en gorjeos vibrantes de ruiseñor en celo, llenando con la divina armonía los ámbitos, de donde luego caía desmayada y quejumbrosa, como el canto

De su arrobo sacóle un ruido de gritos y risas que viniendo de la carretera picó su curiosidad; para satisfacerla acercó un banco á la ventana y por la cruz estrecha de la celosía, vió á los chiquillos saltando por cima de Gabriel, que inclinado y apoyando sus manos en las rodillas, soportaba el paso rápido de los otros, que brincaban sobre él y caían al lado opuesto, salpicándose de agua y lodo. La curiosa corrió bruscamente la cortina con gesto de donde había huido la placidez anterior. Su amor á la música era tal, que rodeaba con aureola de respeto religioso, con un nimbo de santidad, cuanto con el arte divino tenía relación, y viendo á Gabriel jugar como un pilluelo, creyó profanada la imagen del cantor que conservaba en la memoria, tan distinta de aquella silueta embarrada y traviesa.

—Ese chico no debía salir de aquí—pensaba.—Su solo oficio en el mundo ha de ser cantar á Dios. Y en esta calma



se en el oro del altar churrigueresco. «Con deleite profano, con deleite profano», repetía mentalmente, y pensaba que la música era la sola alegría, la única claridad de su sepultada vida, triste y desierta como la iglesia, cuyas sombras negreaban á sus pies. «No, no podré nunca apagar esta llama, dejar en tinieblas mi corazón.»

Pensando en esto, sus ojos verdes y profundos se entristecieron, mientras la boca, carnosa y roja, plegábase melancólicamente. Manuela de la Cruz era hermosa. Su cara se ovalaba de modo perfecto en el cerco blanco del rostrillo, que rodeábala cuidadoso, dando á su semblante la expresión dulce y sin vida de algunas antiguas estatuas yacentes, donde el cabello, alegría y animación del rostro todo, desaparece entre los pliegues de la piedra. El encanto oculto por la toca era el misterio de su belleza, que, cual las rosas del jardín, se desplegaba en soberbia madurez. Pero, al igual de

las flores, que dispersaban sus pétalos de oro en un suspiro del aire, en ella una hora de vida, de pasión, haría desaparecer y abismarse su hermosura en la muerte de la vejez.

II

Sol.

El viento, al despertar un día del letargo en que yaciera tanto tiempo, sopló con furia, ahuyentando las nubes. Sin ningún reparo, las empujó, atropelló y amontonó en informes bolas, que, saltándose las unas á las otras, corrían locamente hasta salvar las crestas de los montes, donde dejaban, prendidos, trozos de su vestidura desgarrada. Con unos cuantos soplos potentes despejóse el cielo, en el cual, como vestigios de la batalla, quedaron trémulas banderolas blancas, que bogaban cual plumas en el agua, y en el espacio puro, limpio, lavado por

la lluvia, palpitó en rayos de oro el sol.

Ante él todo vivió. Las flores y los árboles, dejando resbalar la última gota de sus hojas, se alzaron para elevar al astro un homenaje de gratitud, y mientras los pájaros, recobrada la voz, charlaban y gritaban, la brisa rápida corrió entre los musgos y los helechos, y oreando la tierra, secó su paseo á los insectos, que en turba infinita animaron la vegetación menuda de los misteriosos bosques donde viven.

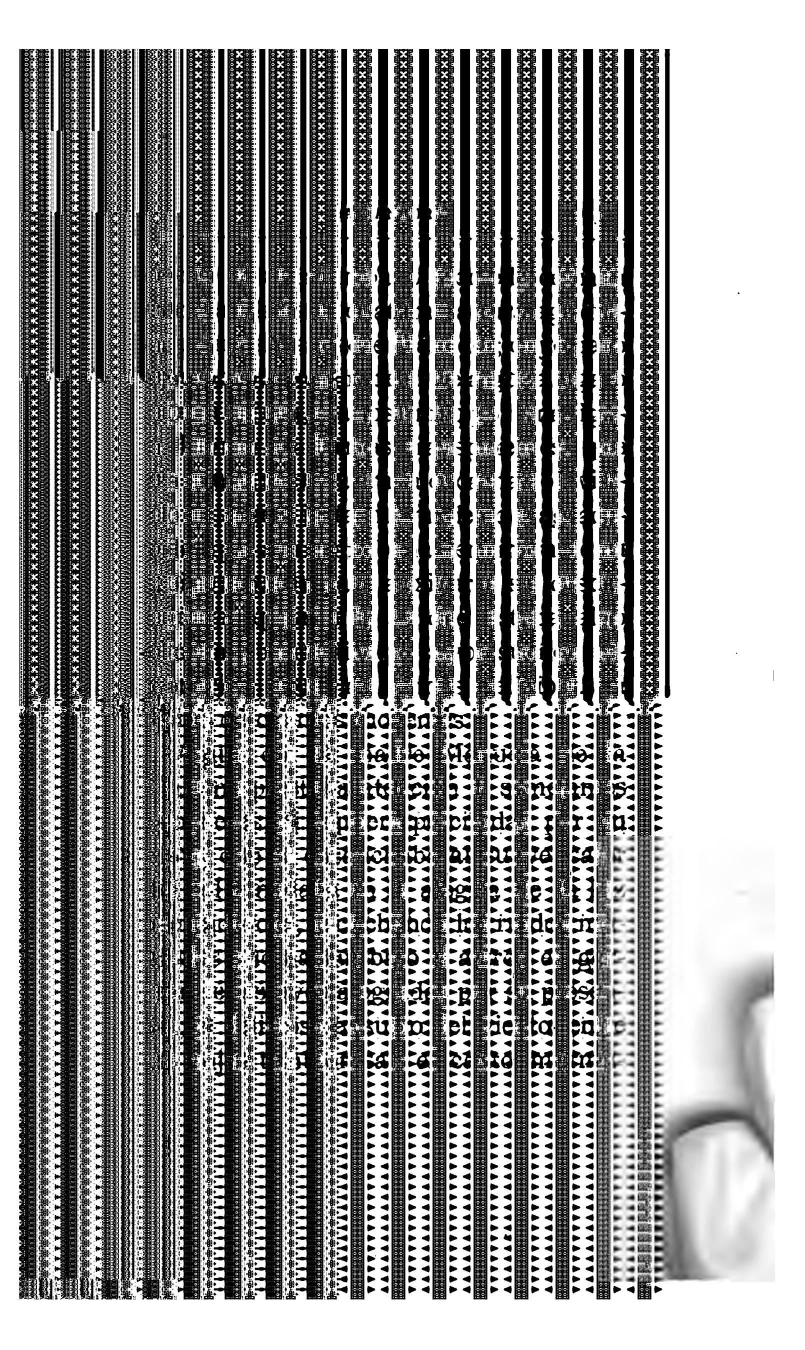
En el huerto de las monjas la caricia del sol secó los charcos, afirmando el suelo, y bajo ella, las verduras y las plantas irguiéronse, abandonando el triste aspecto de los días lluviosos al recibir la visita de todas las madres, que salieron ansiosas de aire y de luz. Por los senderos paseaban las religiosas, unas solitarias, leyendo ó mirando pensativas el rápido andar de las nubes; otras, en grupos de tres ó cuatro, reían como niñas de tonterías mil; alguna, aficionada á las

flores, levantaba las caídas ó tronchadas y se admiraba con las nuevas; en un ángulo, varias novicias giraban en blanca rueda al canto de sus voces, y junto al cenador, en un banco rústico, las madres graves, las monjas más viejas, discutían algún asunto conventual ó discreteaban sobre puntos sutiles de mística.

Allí sentaba sus reales la madre Práxedes de las Seráficas Llagas, señora apreciadísima y respetada por la comunidad, no sólo por sus años de claustro, que eran muchos, sino por la reputación de venerable y santa que sus éxtasis, visiones y deliquios, le proporcionaban. Había llegado la madre Práxedes, al grado de perfección que, para manifestarse á los mortales, exigen los espíritus ultraterrenos, quienes la favorecían con innúmeras apariciones, variadísimas todas dentro de la especialidad de la monja de las Llagas, que, siendo especialista en santos ignorados, y abandonando por vulgares, á los más universalmente conocidos,

sólo se comunicaba con aquellos confesores de obscura muerte, con aquellas vírgenes discretas, que esconden su historia en algún olvidado rincón del Martirologio. Jamás se le oyó hablar de los Padres de la Iglesia, de los Apóstoles, de los grandes mártires, que con su martirio ó sus virtudes eminentes llenan las páginas del Santoral, pues siempre que narraba tales entrevistas, surgía de sus labios el nombre extraño de algún elegido ignoto de quien retrataba el rostro, los atributos y la vestimenta con minuciosidad tanta y tan á lo vivo, que el que la escuchaba, ignorante hasta entonces de la existencia de semejante bienaventurado, lo conocía, al acabar la conversación, en sus detalles más pequeños; siendo, por tanto, muy de sentir, no prestase la madre su auxilio para alguna iconografía de santos desconocidos.

Aparte de éstas, sostenía la vidente conversaciones largas y tiradas con almas anónimas que le revelaban mil se-



rante de las aguas que en fresco concierto caían y jugaban en la sombra de las cañadas; toda la armonía de la Naturaleza, que sonaba vibrante en su corazón, y la hacía sentirse feliz, llena de júbilo, deseosa de ser planta para gozar mejor de la beatitud presente, ansiando volar como una de aquellas palomas inmaculadas, que penetraban en las alturas infinitas del azul espacio y caían rápidamente, embriagadas por el sol, para remontarse y hundirse de nuevo, blancas perlas de aquel mar ilimitado.

Una inquietud vaga, la sombra de una sombra manchaba la tarde alegre, desasosegando algo á la madre, quien no podía precisar su molestia.

El anuncio de que Gabrielillo la esperaba para el ensayo del solo, disipó la nube, comprendiendo entonces la cantora que aquel anhelo indeterminado, aquella aspiración indecisa, se realizaban escuchando el canto del chico, en medio

de la claridad refulgente, coronando así día tan feliz.

Ligera y gozosa subió al coro.

El sol, reflejándose en las paredes de blanco estuco y en los altares dorados, extendía sobre el pavimento una sábana uniforme de luz que subiendo por las columnas en inundación reverberante, no dejaba un solo rincón en la sombra ni un detalle en lo obscuro, semejando arder la iglesia toda en llama única y tranquila, sin reflejos, ni vibraciones y que sin vestirla de colores ni intensidades varias, entraba en paz por las ventanas y claraboyas; y á su calor, las guirnaldas de flores y frutas hacíanse ligeras, pesando menos en las manos de los ángeles mofletudos que las sostenían sonrientes; las urnas coronadas de fuego, que adornaban las cornisas, se encendían en vagoroso arder, y bañados en el constante fluir, los pilares salomónicos, cargados de labradas uvas y pomposas hojas, retorcían en el altar mayor sus espirales am-

plias, dorándose en el esplendor monocromo que ocupaba el claro recinto en calma.

Entre la luz pasó la monja, arrodillándose rápidamente frente al sagrario. Sentóse al órgano y empezó el ensayo.

Como en los anteriores, la voz de Gabriel resonó pura y cristalina, pero el cantante, influído sin duda por la alegría del sol, cantaba con mayor expresión, apasionándose en el canto, que vibraba más sonoro. La madre, arrullada por los sonidos que penetraban en su alma, experimentaba delicioso desmayo. Á él entregábase, olvidada de todo, haciendo vibrar bajo sus dedos, trémulos de emoción artística, las teclas de marfil, cuando de pronto la divina voz tembló, turbóse y quebró la nota que, como ave muerta, cayó, acabando en un grito ronco.

Manuela volvió en sí y alzó los ojos.

—¿Qué te sucede, Gabrielillo?

El adolescente calló. Sus pupilas bri-

llaban. Su rostro se incendiaba en sangre.

—¿Qué te pasa, Gabriel?—volvió á preguntar asustada la madre.

Gabriel, sin responder, acercóse rápidamente, y sujetando entre sus manos fuertes la cabeza de la monja, sin darle tiempo á defenderse, besó con frenesí los ojos verdes, las mejillas, los labios frescos y sanos.

Forcejeó la cantora para separar al enemigo, quien aún la sostuvo presa un instante más, besándole otra vez en la boca.

—¡Suelta, infame, hereje! —dijo al fin la música arrancándose de las garras del hombre. — ¡Suelta, perro!

Libre al cabo Manuela de la Cruz, púsose en sitio más seguro. El sol iluminaba de lleno su rostro coloreado por la vergüenza, que animaban los ojos centellantes de santa indignación. Su boca profanada se estremecía, y arrancados toca y rostrillo en la contienda, dejaron escapar, con las ondas luminosas del ca-

bello rubio crecido á su sombra, el misterio de su belleza, completada por aquel mar dorado que en revuelta maraña caía por la espalda, y en rizos ligeros mirábase en los ojos verdes.

Gabriel la contemplaba extático. La expresión de su mirada amedrentó á la mujer, quien gritóle:

—¡Vete, no vuelvas nunca aquí, sacrílego, que osaste poner tu mano en la esposa del Señor!

El culpable seguía mirándola. Más segura, continuó la ofendida:

—Haz penitencia durante tu vida toda para borrar este pecado horrible. ¡Vete! Vete en paz, pero vete pronto, no manches más este sitio con tu presencia.

Otra vez miróla el cantor, y sin moverse un paso, sólo dijo:

—Bien, señora, me voy.

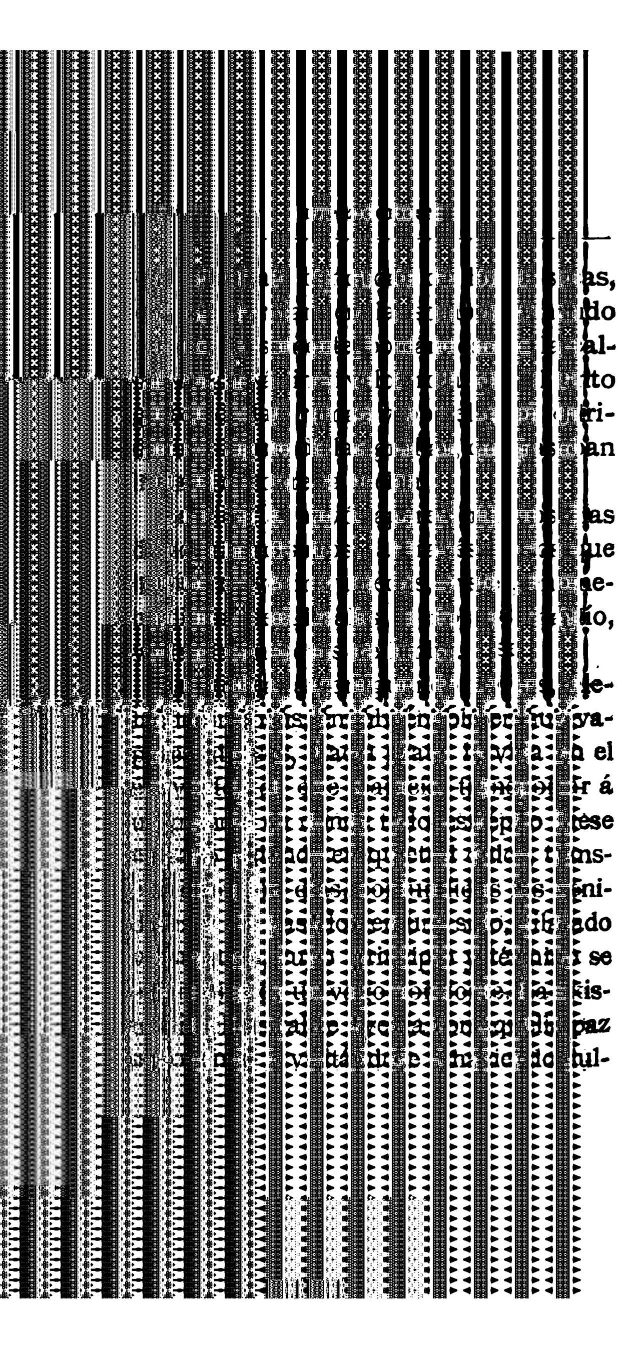
Aquella inmovilidad alarmó á la monja, que llena de ira gritó:

—¡Sal, sal en seguida! Si por un instante más sigues aquí, llamo, grito, ven-

sóse amarga en su boca; las venas del cuello y las sienes palpitaban presurosas; los labios se entreabrían bajo la nariz estremecida, y nublándose sus ojos, cayó en un desvanecimiento suave y blando, halagada por manos que acariciaban su cuerpo, por labios intangibles, que como inmateriales mariposas rozaban su cara besada. Se vió perdida, y para dominar la tentación, corrió junto á la verja, y martirizando su frente contra el hierro, púsose á rezar apresuradamente, huyendo de los impuros pensamientos que en su derredor volaban.

Rezaba, rezaba sin dar paz á la boca; y mientras el cuerpo humillábase en el ruego bajo los pliegues espesos del hábito, la luz solar besaba la espléndida cabellera donde de las hebras de oro que se mezclaban con sus rayos de fuego, hacía brotar infinitos destellos, diseminándolos por el ambiemte cual fulgurante irradiación del sol.

[illegible]



confesor al pensar en el peligro corrido por su oveja predilecta, quien afligidísima narróle el trance terrible vertiendo un mar de llanto, apurada y trémula, pues á pesar de su arrepentimiento el Malo seguía tentándola.

En el coro, en su celda, en el claustro, en el refectorio, por todos sitios y en todo instante, sentía pasar sobre su cara el cálido roce de la ardiente boca de Gabriel que sus poros conservaron, y ni oraciones, ni ayunos, ni penitencias aliviaban aquella tentación. Para evitarla en absoluto, intentó flagelarse, mas tuvo que desistir de tal empeño, pues corriendo en ráfagas de fuego, cruzándole con estelas ardorosas, los labios del sacrílego parecían revolotear en torno del cuerpo desnudo, multiplicándose en besos infinitos.

Como seres fantásticos que saltasen y desapareciesen en la niebla, huyeron de Manuela de la Cruz la alegría, la resignación, el místico deseo del cielo, dejando

su alma vacía de sentimientos consoladores, ocupada solamente por tristes ideas, que la acongojaban en extremo, arrebatándole sus fuerzas en aquel suplicio constante.

Un día no pudo ya subir al coro, y quedóse encerrada en su celda, donde las paredes desnudas parecían exhalar efluvios tentadores que, envolviéndola en una red incandescente, formaban una atmósfera abrasada que la rodeaba, y donde pasaban cual relámpagos los labios de Gabriel, que, ávidos, insaciables, se adherían á sus manos, á sus ojos, mientras en sus oídos resonaba la voz enloquecedora del cantor. Huía del Enemigo, dando vueltas por el cuarto, tapándose los oídos. Rezaba mentalmente, para sustraerse á la pecaminosa obsesión; pero todo era en vano: la boca invisible la devoraba, acariciándola, la armonía sonaba incesante en su cráneo, interrumpiendo el rezo, del que repetía las palabras sin adelantar en la oración, detenida siempre

en sus comienzos. Entonces lloraba la cantora, y evaporadas por la fiebre constante, desaparecían las lágrimas al borde de los ojos enrojecidos, sin dar consuelo á su alma, pues allí, en torbellino de llamas, ardía la tentación del recuerdo. Recordar le era vedado. Sólo el momento presente debía existir para ella, que, sin volver la vista atrás y perseguida por la memoria de los días de sol, huía hacia una inmensidad desierta y obscura.

El Malo, postrándola aún más, le impidió levantarse, y desde el lecho duro miraba Manuela de la Cruz la niebla espesa apretando contra el cristal la muralla de su densidad, creando fantasmas indeterminados que, confundiéndose con el vapor, acercaban sus caras indecisas á la ventana y, esbozando un gesto vago, fundíanse otra vez en la nube. Esta, en otros momentos, se unía, y dibujando los labios inmensos de una boca gigantesca, los aplicaba al vidrio, traspasándole con besos de humo, llenando la celda con

un enjambre de palpitantes caricias. Luego, deshecho el encanto, aglomerábase en informes vedijas, y la monja respiraba más tranquila al verse libre de las visiones; pero poco á poco, atravesando la niebla, al principio confusos, luego más claros, llegaban sonidos armoniosos que, aumentando en sonoridad, penetraban al fin con estrépito en el cuarto, cantando apasionadamente, ocupándole todo con sus cánticos de aves enamoradas.

La infeliz música deliraba, increpando á los imaginarios habitantes de la niebla llena de furor. Otras veces los llamaba, reprochándoles su ausencia, pidiéndoles tiernamente que volviesen, y cuando los creía próximos tornaba otra vez á insultarlos, á gritar desesperada, juntando su cuerpo contra el muro, cual si intentase atravesarlo.

Un día calmóse algo y, creyéndola dormida, salieron despaciosamente las religiosas que la cuidaban.

La madre Manuela de la Cruz reposó

tranquila largo rato, hasta que el viento movió los cuarterones de la ventana y, abriendo al ruido los ojos, contempló al través de la niebla, menos densa, la luna, rodeada de fantástica luz.

La claridad del astro quebrábase en el móvil vapor que en ondas argentinas se columpiaba en el espacio, y entre los remolinos de ópalo formados por las nubes, creyó ver la monja graciosas figuras de plateados reflejos, que, confundiéndose en el vaivén, surgían luego en número incalculable, apoyando sus cabezas pálidas y encantadoras sobre los aglomerados vellones, sonriendo bajo los besos lunares, cabrilleando como lucientes insectos, hasta hormiguear á lo lejos en confuso horizonte. Los espectros, suspendidos en el aire, permanecieron inmóviles un segundo y luego, en insensible avance, se acercaron á la ventana.

Precisóse la visión según adelantaba, y vió la enferma afirmarse los contornos, delinearse las figuras, que á cada instan-

te se apretaban más entre sí, atrayéndose las bocas, disminuyendo poco á poco la distancia que las desunía.

La monja veía acercarse las cabezas inmateriales, mientras la nube se aproximaba, y trémula, aterrorizada, se incorporó en el lecho, quiso huir, saltó á tierra.

El vapor chocó contra el vidrio, y á la vez que su chasquido leve se confundía con el de los mil labios que se unieron, ocultóse la luna y la visión se hundió en la obscuridad; y en medio de ella, la madre Manuela de la Cruz, al sentir su cuerpo abrasado por los besos diabólicos que se arremolinaban en torno suyo, cerró los ojos, y batiendo el aire con sus manos se desplomó muerta.

La niebla lloró sobre el cristal.

....

Algunos días después de la muerte de la cantora, la madre Práxedes de las Seráficas Llagas acudió despavorida á la celda de la abadesa. Ésta, que leía con

atención suma un libro teológico, abandonó su lectura preguntándole:

—¿Qué le sucede, madre Práxedes? ¿Qué le pasa?

—¡Ay, madre! Mi patrona la bendita Virgen Práxedes me valga! He visto á la madre Manuela de la Cruz.

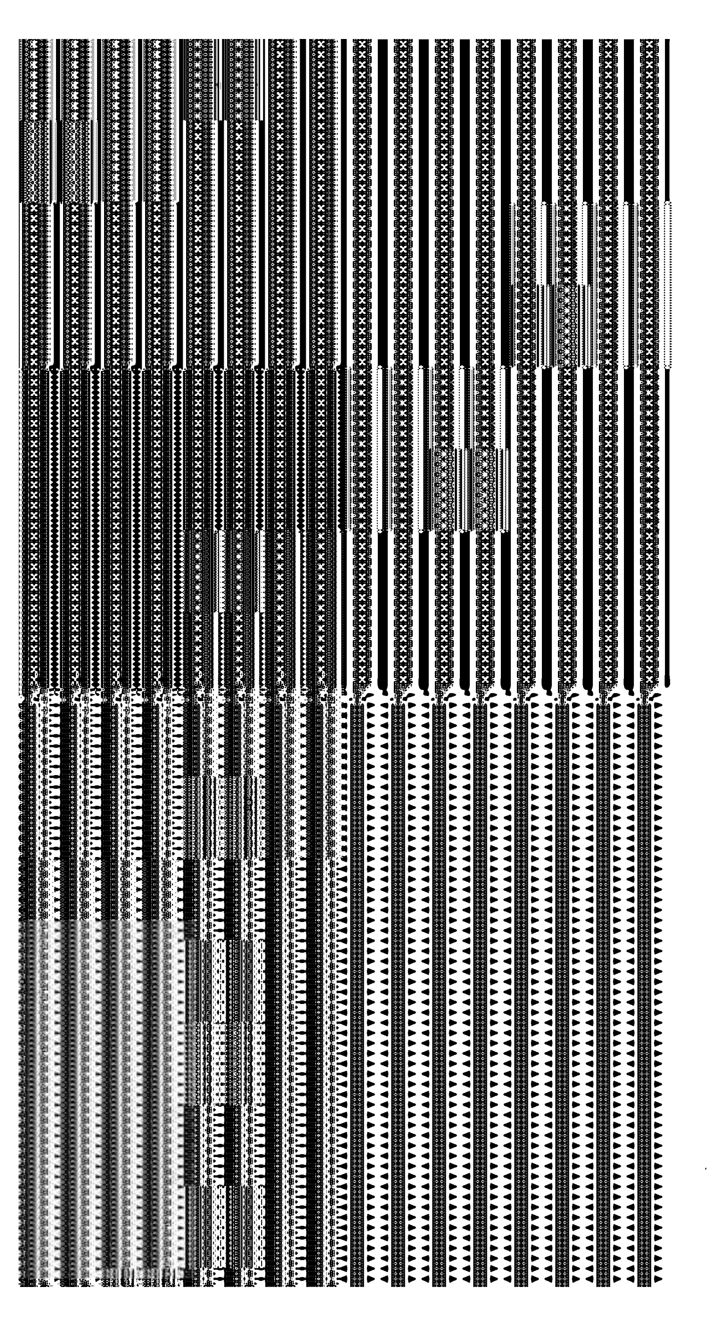
—Déjese de visiones, hermana. Deje en paz á los muertos.

—Se me ha aparecido, madre; le digo que la he visto al salir del coro. Cerraba yo la puerta, y allí, en lo obscuro, como queriendo entrar, estaba en el aire la madre Manuela de la Cruz vestida con un hábito ardiente, en el que sólo la toca faltaba. De su cabeza en torrentes de llama descendía el cabello. Me santigüé medio muerta, preguntándole qué quería. Y entonces, ¡ay, madre! me espeluzno al recordarlo; entonces, con una voz llena de tristeza, de pena infinita contestó: —¡Rezad por mí, hermanas; rezad por la redención de mi alma, que en tormento horrible arde en el purgatorio!—¿En el

purgatorio?—me atreví á preguntar.—¿Por qué te han castigado?—Porque amé mucho la música—respondió, disolviéndose en el espacio el fantasma de la cantora.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de las monjas, y mirándose la una á la otra, se persignaron medrosamente con la cruz de sus rosarios.

Octubre 1901.



La familia de Hita.

LA FAMILIA DE HITA

Á Antonio Pla.

I

—No veo gota—dijo Leandra, dejando sobre la mesa su labor.—Si no enciendes el quinqué, esta docena quedará sin acabar.

Oyendo á su hija, levantóse Felicitas y marchó á la cocina en busca de la lámpara, en tanto que Leandra, desperezándose, apoyó su hermoso busto en el respaldo de la butaca, y cruzando las manos miró á la calle, de la cual poco divisaba desde la altura de aquel piso tercero.

Moría el día con pálidos reflejos azu-

lados. Una nube, detenida en medio del cielo apacible, sonrosábase con un invisible rayo del sol poniente; las ramas del jardín frontero, cargadas de hojas, aparecían negras en la escasa claridad, y el silencio del anochecer envolvía en quietud campestre aquel trozo de naturaleza encerrado en el marco urbano de la calle de San Blas, callada y tranquila, donde sólo se escuchaba el ensordecido rodar de los coches que pasaban por la de Atocha, dominado de vez en vez por el timbre claro del tranvía.

Aquel panorama familiar aburrió á Leandra y le hizo volver la vista adentro, pero nada pudo ver, pues la habitación ahuyentaba con sombras crecientes la claridad moribunda, velándose con ellas en misteriosa obscuridad, donde los muebles desaparecían y las paredes grises se alejaban en la penumbra.

La luz que traía Felicitas, iluminando el cuarto, le hizo aparecer como creado de pronto, con sus muros cubiertos de

papel roto, ensuciado á trechos por el roce de las cabezas, su redonda mesa de nogal cubierta con un hule viejo y cortado, su aparador que no parecía guardar comestible alguno, sus sillas cojas y desvencijadas, y sus bodegones, aquellos cromos donde cangrejos, perdices, uvas hermosas y rojas granadas contemplaban irónicamente los medios limones exprimidos y arrugados y los mendrugos que vagaban por las tablillas del aparador.

En medio de semejantes indicios de estrechez rayana en pobreza, sólo un objeto colocado sobre la mesa detenía agradablemente la mirada. Era un cestillo insignificante donde las sedas del bordado enrollaban sus hebras sutiles y lucientes en cartoncillos, y cubriéndolos de matices claros, limpios, de apacibles tonalidades ó de alegres colores, azules delicadísimos, rojos vivos, blancos brillantes, amarillos incendiarios, formaban una gama irisada de tonos francos y jubilo-

sos; en ellos se recreaba Leandra mirándolos con fijeza.

—¡Ay, hija, qué guapa estás—exclamó la madre, admirando extática el rostro hermoso que reposaba majestuosamente en la contemplación,—pero qué reguapa! Pareces una reina de pintura.

En efecto, si Semíramis, Berenice, Cleopatra, ó cualquier otra heroína de la antigüedad, se hubiera dedicado en sus ocios á mirar ovillos de seda, no presentaría aspecto más imponente. La nariz recta y pura, la boca desdeñosa, de dibujo perfecto, la barbilla redondeada, la frente joven y blanca, coronada de castaños rizos, y los ojos, que bajo las líneas armoniosas de las cejas, lucían enormes, profundos, obscurísimos, mirando centelleantes, resucitaban todos, una de aquellas reinas, emperatrices, semidiosas, cuyo recuerdo flota sobre el mar del pasado. Pero algo la distinguía de tan terribles mujeres. En todas sus facciones veíase impreso un sello de languidez, de

abandono, algo indeciso que, no armonizando con las firmes líneas del semblante, indicaba que, así como aquellas fabulosas hembras eran indómitas, altivas, implacables, y no reconocían yugo ni dominio, ella, por el contrario, más blanda, más dúctil, cedería, entregándose pasivamente á su destino.

Á la luz del petróleo siguieron bordando. Sobre la mesa se veían innumerables banderitas cuyos pliegues ondeantes simulábanse con los recortes del cartón; allí las había españolas, extranjeras, algunas de tristes y desapacibles entonaciones; banderines de señales, puntiagudos como lenguas, á las que suplen con sus cambios de sitio y altura, todo destinado á adornar las gorras de marino que tanto usan los niños. Un almacén de la plaza Mayor pagaba el trabajo de ambas mujeres á razón de seis reales docena, y con el producto de las tres diarias que fabricaban madre é hija, vivía la familia de Hita, compuesta de los papás, de

Leandra y de su hermano Alejandro.

Alguna vez D. Eusebio de Hita, el fantasmón y calamidad mayor que los siglos vieron, traía á su casa cantidades ganadas en industrias misteriosas; pero estos extraordinarios eran los menos, y fuera de ellos, aquel apreciable sujeto y los suyos comían, pagaban la casa, vestíanse, iban al café y sufragaban otros gastos con el producto de la labor de las mujeres, y así vivían, si vida era aquella existencia de privaciones, de angustias, donde el agujero de una bota constituía una desgracia, y perder un pañuelo, un cataclismo.

Leandra, pensando en estas miserias, bordaba con desaliento, pues conocía su hermosura, y se sentía hambrienta de comodidades, de lujo, sin que jamás pudiese saciar su apetito, ni siquiera contentarle con poco.

Miraba á su madre trabajando sobre el bordado, trabajando de prisa, siempre afanosa, sin reposar un momento, lle-

nando con su esfuerzo constante los minutos, las horas, la vida entera. Contemplábala curiosamente, como pudiera examinar á una extraña, sin apiadarse de los ojos enrojecidos por el cansancio, sin desear ver alegres aquellas facciones usadas, borradas por el diario desgaste del trabajo, sin querer besar los dedos amarillentos, punteados de negros pinchazos que se embotaban en la callosidad de la yema.

Al contrario, viéndola se afirmaba más en su resolución de no ser como ella era, esclava de su marido, de sus hijos. Nunca se resignaría Leandra á trabajar siempre, á ver pasar su vida en sucesión de días iguales, todos tristes, que no traerían jamás un suceso agradable, limitados allá á lo lejos por la vejez precoz, por el descanso final de una muerte deseada.

—La quiero, sí, la quiero—pensaba—como se quiere á las madres; pero de eso á ser como ella es, hay gran distancia, porque yo no he nacido para es-

tar cose que coserás años y años. Eso no.

Y hablando á Felicitas, le dijo:

—Mamá, es tarde; vamos á entregar, pues si llegamos cuando esté cerrada la tienda y no nos pagan, habrá que oir á papá.

—Ahora acabo—repuso la madre, pasando la seda sobre el cartón, que se cubría rápidamente.—Ya está—añadió dejando caer la bandera sobre la mesa.—Vamos.

—Sí, vamos, vamos, para que alcancemos la vuelta del paseo y una vea algo que la entretenga—acabó Leandra, levantándose y entrando en su alcoba, separada del comedor por una puerta vidriera.

De allí salió á poco para colocarse la mantilla ante el espejillo que pendía de uno de los muros.

Al alzarse mostró las líneas correctísimas y amplias del soberbio cuerpo que se dibujaba bajo el traje oscuro, y al andar reveló la deformidad, la única mácula de su belleza: era coja.

No cojeaba marcadamente, ni su cojera destruía la armonía de sus movimientos; sólo prestaba á sus pasos una morbidez especial, un titubear indeciso apenas marcado que daba á todo su ser el indefinible encanto de una fuerza que va á subyugarse, de una energía que desfallece, pronta á ser vencida; y aquel anhelo de entregarse que el rostro preludiaba, seguíalo el cuerpo, pareciendo iniciar en su movimiento la caída anunciada por los ojos inquietantes.

Salieron, pasando de su calle, por la de San Pedro, á la de Atocha. Felicitas silenciosa y abstraída, sin reparar ni ver nada en su alrededor, Leandra disimulando el paso claudicante, luciendo las negras llamas de sus pupilas, atisbando con la inquietud de una fiera que caza alguna ocasión que podría pasar á su alcance; pero en la terrible cuesta sólo transitaban obreros, estudiantes, empleadillos de las estaciones vecinas, que dirigían miradas de codicia á la coja; mas el

aire majestuoso, la indiferencia con que se contestaba á su admiración deteníales la lengua, y envuelta en mudos deseos, pasaba Semíramis, altiva y desdeñosa, considerando tales homenajes indignos de ella, necesitada de lujo, de joyas, de vestidos elegantes que ninguno de aquéllos podría darle.

Ya en la plaza Mayor, entraron en el almacén, donde se amontonaban cientos de gorras, y después de recoger el precio de la labor, emprendieron su regreso.

Aquel momento era el más feliz del día para Leandra. Las horas próximas de descanso la separaban del trabajo futuro que aparecía alejado, al través de aquellos momentos deliciosos que empezaban al salir de la tienda y seguían cuando al pasar por las calles frecuentadas se recreaba Semíramis contemplando envidiosa, las mujeres que volvían del paseo, reclinadas en los coches que en furiosa carrera asaltaban Madrid, dejando tras ellos

vacías las obscuridades misteriosas del Retiro.

Leandra andaba lentamente, arrastrando su paso por aquellos parajes encantadores, de los que se alejaba con sentimiento de desterrado cuando abandonándolos, volvía á su casa por el Prado, desierto á tales horas. Felicitas la acompañaba, sin reparar en nada, indiferente á la opulencia ajena, como lo era para su propia miseria, siempre preocupada por el trabajo futuro; y absorta siempre en la contemplación amorosa de su marido y sus hijos, ídolos de su corazón amante, ídolos crueles que llenaban su espíritu de constante zozobra, se dejaba llevar por Leandra, quien de vez en cuando recibía consuelo en sus miserias, al oirse piropear por algún gallardo mancebo ó por algún señor bien conservado, que acompañaban el requiebro con miradas insolentes que á la coja le parecían del mejor gusto.

Aquella noche la Providencia fué pró-

por el Prado, donde se disimuló en la sombra de las acacias, desapareciendo, surgiendo luego á la luz de los faroles. Siempre detrás, cruzó ante la Platería de Martínez y, siguiendo á Semíramis, entró en la calle de la Alameda, á pesar del miedo experimentado por la perseguida al pensar que el seguidor no continuaría por sitios tan excéntricos. Doblaron todos la esquina de la calle de San Blas, y cuando Leandra subía los primeros peldaños de la escalera le vió pasar frente á la puerta y decirla adiós con un gesto algo achulado, que á los ojos de la favorecida trocóse en ademán distinguidísimo.

Loca de júbilo subió los escalones y tiró de la campanilla con ademán de triunfo.

Mientras esperaban ella y su madre oyeron acalorado ruido de voces dentro.

—Vaya, tenemos discusión — gruñó Leandra.—¡Cuánta tontería estarán diciendo papá y Alejandro!

Decía esto cuando abrió la puerta un

hombre joven, quien al mismo tiempo gritó hacia dentro, siguiendo la conversación:

—Digas lo que quieras, creer que la única solución política es Sagasta no pasa de ser una exageración tuya. Ponte en el justo medio, papá, en el justo medio. ¡Ah! ¡Ponerse en un término prudencial, qué falta nos está haciendo á los españoles!

Mientras decía esto, entraban las mujeres, y la puerta, cerrándose, acompañó con su ruido la contestación de aquellas palabras razonables, que sonó en las siguientes frases:

—Pues yo sostengo (y yo no soy un cualquiera) que la única, la sola solución es D. Práxedes. Nadie como él para zanjar dificultades, resolver problemas, guiar con mano firme el carro del Estado. Nada, nada, me ratifico en lo dicho: ó Sagasta ó la intervención extranjera.

Alejandro siguió discutiendo con don

Eusebio. Ambos eran pedantes, vulgarísimos, llenos de afectación insoportable, discutidores eternos de asuntos que no habían de zanjar, en los que no iban á intervenir.

El padre se dejaba llevar de su facundia, y mentía y disparataba de una manera deliciosa; más tal vez el entusiasmo con que narraba sus embustes le hacía menos antipático que su hijo, en el que la descabellada inventiva, la mentirosa locuacidad de Eusebio existían, pero desfiguradas con una máscara de sentido común, de apreciación justa que añadía una odiosidad más á su carácter. Físicamente eran parecidísimos, de tipo levantino, algo berberisco, ojos intranquilos, nariz aguileña, barba negra en los dos. D. Eusebio se pintaba.

Se sentaron para comer y abandonando la conversación el terreno político, versó sobre una piececita que había estrenado la noche antes en un teatro por horas, un amigo de Alejandro.

—¿Fué un éxito?—preguntó Hita.—Le dará mucho?

—Phs, éxito... te diré. Tanto como éxito grande, no. Ahora, dar, sí, le dará bastante, pues como las tiples y las coristas salen muy frescas, irá gente á verla. Es á propósito para la cuarta, un buen aperitivo.

Hablaban crudamente, sin preocuparse de la presencia de Leandra que atendía callada. Sus ojos brillaron cuando Alejandro, dirigiéndose á ella, añadió:

—Por cierto, ¿sabes quién representa allí muy ligera de ropa? La Rita, tu antigua compañera de colegio. Está muy guapa, con las grandes formas y llena de alhajas. Llevaba unos pendientes de primera, unas orlas magníficas de brillantes que dicen le ha regalado un viejo que está loco por ella.

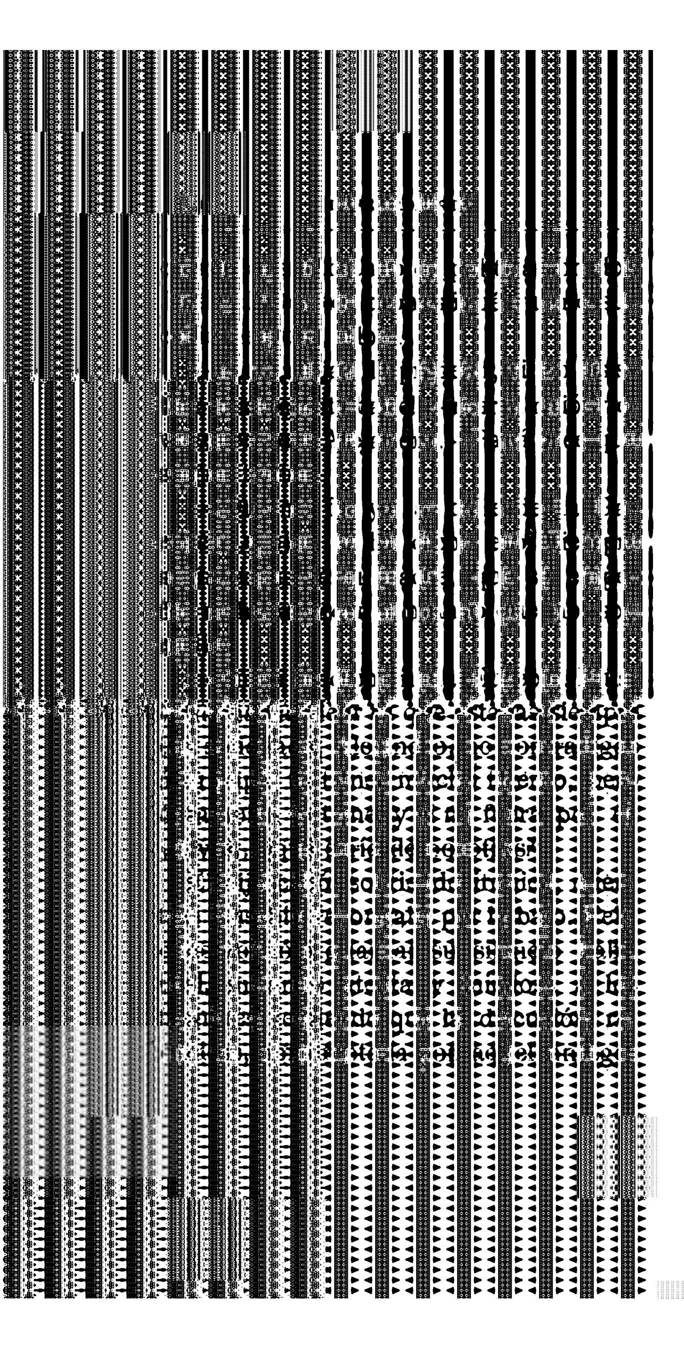
—Ha tenido suerte—contestó tranquilamente Semíramis.—¡Dichosa la que tiene quien le regale!

—Bah, ¿qué regalos son esos?—inte-

rrumpió desdeñoso Eusebio.—¡Vaya un lujo, unos pendientes de diamantes! En mis tiempos, cuando una mujer era guapa, tenía las joyas á espuertas y no se bajaba á coger del suelo una onza de oro.

—No exageres, papá; algo menos sería.

—¡Qué había de ser!... Mira, sin ir más lejos, ahí enfrente donde está ahora el colegio, instaló D. José á su querida, la Garucci, una bailarina italiana que paseaba en un coche magnífico, luciendo cada día un traje, y que daba fiestas espléndidas. ¡Vaya una hembra! Aún la veo, rubia, con unas carnes blanquísimas, tan elegante, con aquellos vestidos donde entraban varas y varas de raso y terciopelo. Una noche de primavera, dió en ese jardín que vemos tan abandonado un sarao á estilo de su país, de Venecia. Todo se iluminó con farolitos y por entre los árboles pasaban mujeres hermosísimas, mezcladas con los hombres más ilustres de entonces. Yo estaba. Por cierto re-



nismo que se manifestaba á la menor ocasión y constituía la llaga secreta de su alma, é impidiéndola vivir feliz, debilitaba sus fuerzas, hundiéndola en un abismo de tristeza.

Leandra no atendió á la disputa; apoyando la cabeza sobre sus manos miraba un punto en el espacio, mientras en medio del silencio embarazoso su madre quitaba la mesa, y uno tras otro salían padre é hijo del cuarto, seguidos de Felicitas que los acompañó respectivamente hasta la puerta.

Al volver al comedor trató de hablar con Leandra, que respondía con secas palabras, y fatigada por el trabajo durmióse en una silla, á la vez que la coja repasaba los acontecimientos de la tarde.

Su perseguidor no le era desconocido. Una noche que fueron al teatro le vió con otros amigos suyos, ocupando el palco de un Círculo; también la había mirado mucho aquella vez, y ella, cu-

riosa, preguntó su nombre á un periodista, amigo de D. Eusebio.

Pero por más que esforzaba la memoria, no podía atrapar el tal nombre que revoloteaba burlonamente, desperdigando sus letras, que se combinaban y deshacían cual cristales de calidoscopio. En cambio recordaba bien otros detalles que le contaron, y sabía que aquel hombre era rico, muy rico, huérfano, amigo de zambras y jaleos, muy gastador; pero ¿cómo se llamaba? El nombre empezaba... ¿con qué letra empezaba? ¿con... con G... con G...? No, con J; eso, eso, con J. Un nombre vulgar, común. ¿Cuál sería? Julio... Jesús... Jorge .. No, Jorge no... ¡Ah! por fin: Juan, Juanito; y tras el patronímico vino el apellido, como llamado por él. Juanito, Juanito Mardura. Aquellas palabras sonaban á dinero, y repitiéndolas apoyaba su frente en los cristales, mirando la calle obscura, donde temblaban las llamas del gas, y contemplaba la masa negra de las acacias del jardín de la Garuchi.

Era, á no dudar, la bailarina, que vagaba aún por los sitios donde amó y triunfó. ¡Ser como ella, ser como ella fué, como fueron tantas otras, admirada, consentida, obsequiada! ¡Contemplar á sus pies los hombres todos, en éxtasis ante su belleza, qué dicha, qué triunfo! Y viéndose así, rodeada de lujo, cubierta de joyas, disfrutando de cuanto el mundo puede dar, desvanecióse su calenturienta cabeza, y temiendo caer se sujetó á la cortina, que corrió, sonando sus anillas.

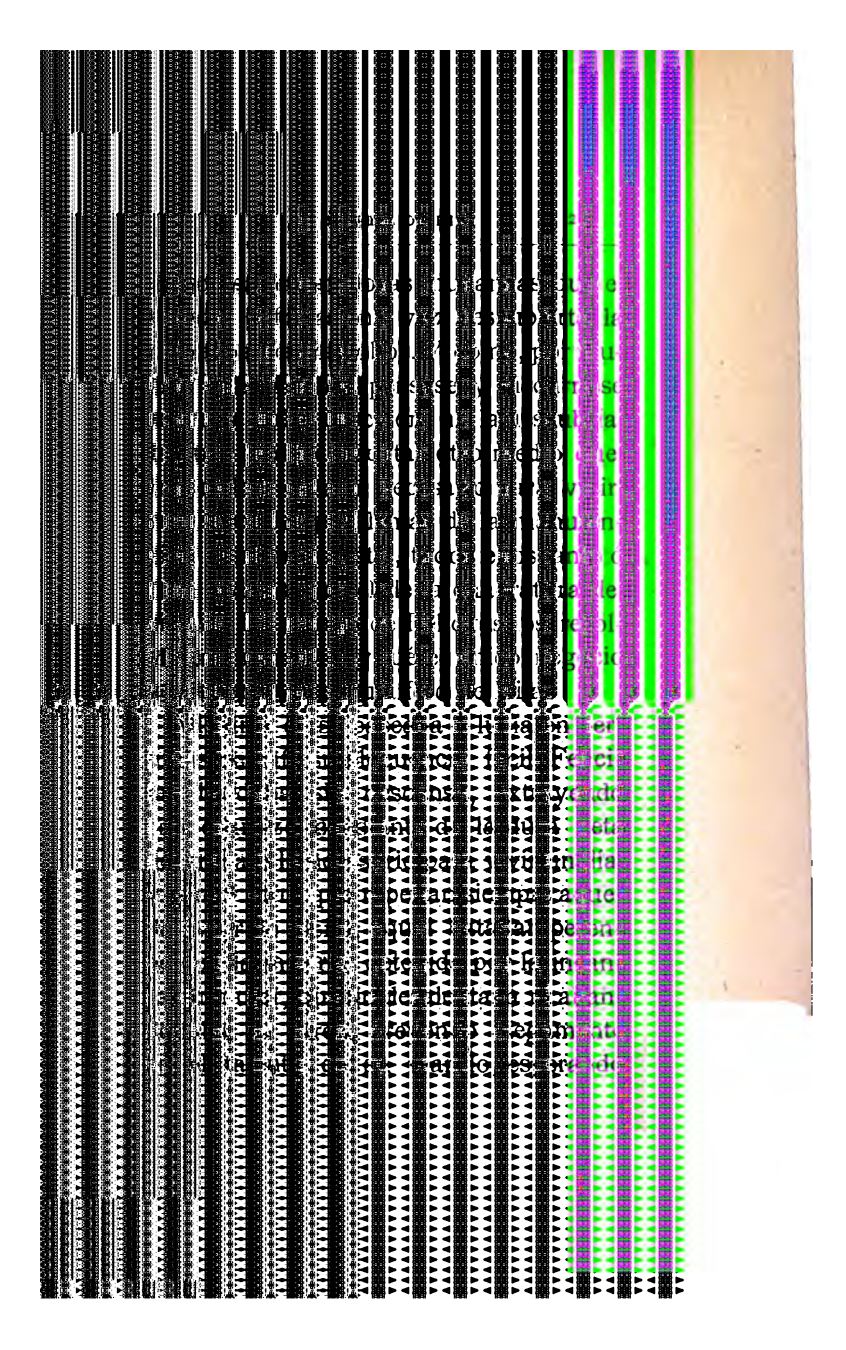
Al ruido despertó Felicitas.

—¡Jesús, qué tarde! Vamos á acostarnos!

Se despidieron, y mientras la madre estrechaba cariñosa á Leandra, ésta la besó maquinalmente, sin darse al pronto cuenta de cómo se encontraba en aquel cuarto, donde el tufo del petróleo y el vaho de la comida formaban una atmósfera espesa en la que caían, como mariposas muertas, sus ilusiones del momento anterior.

Los pocos cuartos de su herencia desaparecieron como sal en agua, absorbidos por las estrafalarias empresas, por los descabellados negocios que se cocían en el meollo de D. Eusebio. Para nada que, siendo productivo, se sujetase á las leyes generales de la actividad servía aquel señor, y así jamás pudo desempeñar empleo alguno, por insignificante y modesto que fuese, ni acertó á barajar con concierto asunto medianamente racional. Pero, en cambio, ¡qué actividad pasmosa! ¡Qué potente energía! ¡Qué bríos! ¡Qué gallarda elocuencia desplegaba, tratando de la navegación aérea, del movimiento continuo, de tantas otras utopías que prestaban el amplio campo de las posibilidades á las correrías locas de su imaginación!

Felicitas lo admiraba extática cual oiría á un oráculo, y por su mente no cruzó jamás la idea de que más provechoso y más digno era ganar una peseta copiando escritos, que entusiasmarse pensan-



con fe judaica el triunfo de aquel genio ignorado, en quien no veía el vacío absoluto, oculto tras las rimbombantes palabras.

Con intervalo de pocos años, fué madre de Alejandro y de Leandra, y desde entonces la idólatra adoró dos ídolos más, á quienes cuidó con paciencia infinita, y mimó en cuanto pudo, disculpando sus travesuras. Con tal sistema, los chicos hacían lo que les venía en gana, comprendiendo con la precoz adivinación de la infancia su absoluto dominio.

Cuando crecieron fué peor aún, pues si de niños quisiéronla egoistamente, ya mayores, habituáronse á verla doblegarse siempre ante sus caprichos, y la despreciaron, concluyendo por ver en ella á un ser inferior, algo parecido á los muebles de la casa, las sillas ó la mesa que ocupaban su sitio en los cuartos, pero de los que se servían sin atender á su voluntad, ni siquiera sospechar que pudiesen tenerla. Mas así como ni por un mo-

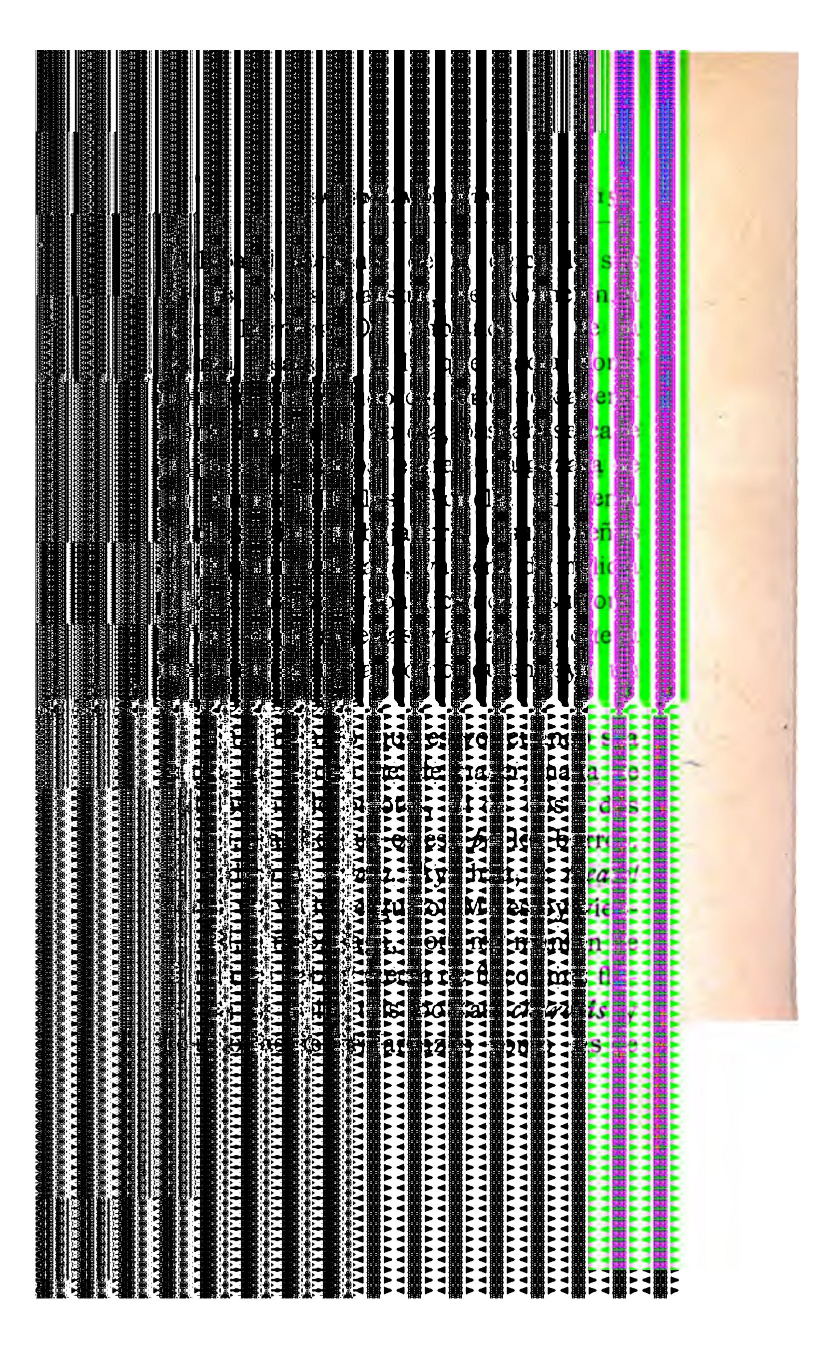
mento vió el egoísmo haragán de Eusebio, tampoco adivinó Felicitas el desamor de sus hijos, pues su alma castellana, hidalga y recta, les juzgaba buenos, nobles, pagando su cariño con creces, y este pensamiento la sostenía contenta en su miseria.

Con semejantes padres, se educaron pésimamente los hijos. Alejandro asistió al Instituto y comenzó dos ó tres carreras, que, quedándose siempre en crisálida, y dejando en su espíritu el fermento de ideas mal comprendidas, amargaban el optimismo visionario heredado de su papá, y le impulsaban á aquel deseo de aparecer como persona equilibrada y de juicios sensatos y razonables.

Leandra tuvo menos suerte que su hermano, pues sólo asistió á una escuela del barrio, donde mal aprendió á leer y escribir pícaramente; esto y el bordado que su madre le enseñó, formaron toda su educación. En el colegio no fué un fénix de aplicación, ni tampoco asombró

por su holgazanería. Deseaba saber, pero su esfuerzo esterilizábase ante un presentimiento que le hacía cerrar el libro, para pensar soñadoramente en un porvenir brillante y vago que se realizaría, sin que la chica supiese á punto fijo cómo, ni de qué manera.

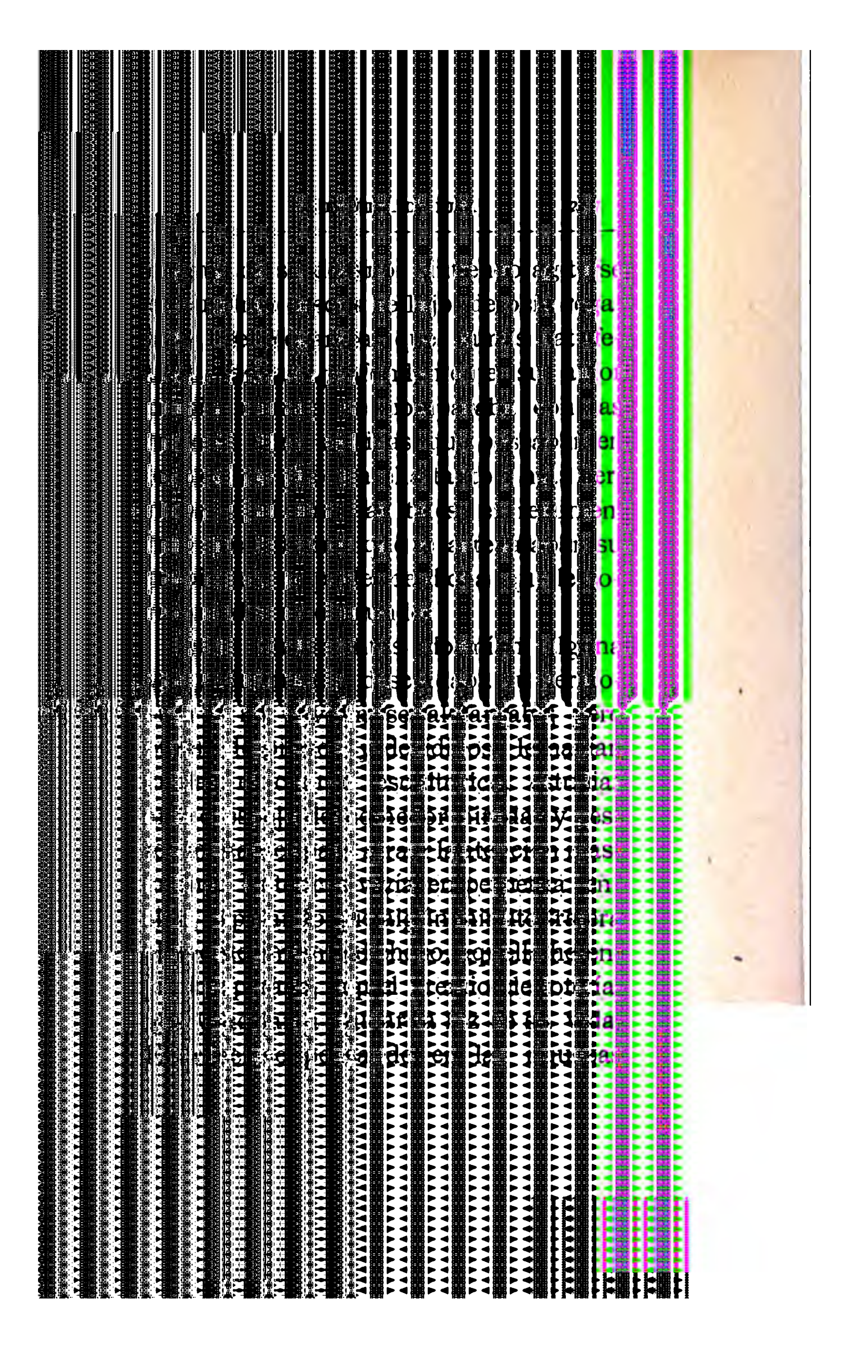
Dos niñas amigas suyas, personificaban aquellos deseos contrarios. Cuando Asunción privaba, Leandra era aplicada, formal, á semejanza de la mujercita con quien se la veía á todos instantes, que aspiraba á ser profesora y ganarse la vida de modo independiente y digno. Las lunas de holganza insolente, de perpetuo vagar por las calles, viendo escaparates, metiéndose en todo, coincidían con la aparición de Rita, la otra amiga que no quería aprender nada y cuyo solo anhelo era copiar fielmente con sus modales desgarrados, sus patillas y moño complicadísimo á las chulonas más descocadas del barrio; y poniendo en solfa á los vecinos, á Madrid y al universo entero, se



D.ª Presenta la prestamista. *Na*, que salir yo y el disloque, *too* uno. Ya verás, ya verás qué ojos pone D.ª Sabiendo cuando me vea hecha una reina y ella tenag que pasarse el día diciendo, b, a, ba, b, e, be. ¡Tendrá más envidia!...

Y cual si la suerte quisiera demostrar por una vez sola que no es ciega, las dos realizaron el porvenir deseado. D.ª Sabiendo, fué la maestra D.ª Asunción en una escuela municipal, y Rita, si no poseyó precisamente los pendientes de la usurera, se adornó con otros parecidos, amén de muchas más preseas y lujosos y abundantes trajes, fruto todo ello de su trabajo artístico en un teatrillo por horas.

Leandra no tuvo la fuerza de voluntad de la primera, y faltóle la ocasión de la segunda. Siguió viviendo con su madre, ayudándola algo, y en tanto que cosía ó bordaba pensó muchas veces en sus antiguas compañeras, ambas felices viendo realizados sus sueños, mientras ella esperaba aún la palabra que descifaría el



próximas, hacía planes, combinaba tocados, y luego, viendo que la fortuna no llegaba, que la estrechez miserable de su vida seguía, desesperábase y encerrando su furia en un mutismo rabioso, sólo la exteriorizaba por el desdén absoluto con que trataba á Felicitas y por el desprecio no disimulado hacia Alejandro y su padre. Paseaba su frenesí chasqueado por las habitaciones, recreándose en su pobreza, en el aspecto frío de la salita, amueblada míseramente, en la que nunca penetraba nadie, recorriendo el estrecho pasillo, cerrando de golpe la puerta del cuarto de su hermano, donde se amontonaban en desorden ropas y periódicos, tropezando en las pilas de folletos y memorias que obstruían su paso en la alcoba del matrimonio, hasta que por fin, cansada, apoyaba su hermoso busto en el marco de la ventana de la cocina, y allí permanecía largo rato mirando sin ver la pared frontera, descascarillada y leprosa.

Otras veces asomábase al balcón, y contemplando ensimismada los árboles descuidados del jardín de enfrente, resucitaba su imaginación la pecadora que paseó bajo su sombra, y de ellos pasaba la vista al espesor forestal del Retiro, cuyas cimas redondeadas y verdes, cerraban el horizonte. De allí venían, en las tardes tranquilas de primavera, alientos campestres de hierba fresca, de flores nuevas, y respirando sus efluvios, la ambiciosa escuchaba un ruido lejano, el rodar de los coches que en el paseo daban vueltas, conteniendo mujeres felices que lucían sus atavíos y que, suavemente mecidas por los muelles, reclinadas en blandos almohadones, miraban sonriendo deslizarse su vida con la misma placidez dichosa con que sobre la tierra blanda, rodaban los carruajes, bajo un cielo siempre azul y unos árboles siempre floridos.

Aquellas melancolías y murrias, la acometían con más fiereza después de algún

obsequio de Hita, quien si por casualidad había alucinado á algún infeliz con sus elucubraciones, gastaba lo adquirido con el mayor de los rumbos. La era feliz anunciábase con la aparición de Eusebio, seguido de un dependiente de ultramarinos que cargaba con un cesto repleto de vituallas, cuyo contenido, expuesto sobre la mesa del comedor, hacía la boca agua.

Como los talentos culinarios de Felicitas no emularon nunca los de Apicio, la mayor parte de las adquisiciones consistían en conservas, y allí se veía de cuanto Dios crió y el hombre encierra en botes de cinc. Carnes saladas, pescados con diversas salsas, aceitunas, pimientos, legumbres varias, formaban torres y murallas con sus receptáculos pintarrajeados, mientras el cristal de los tarros, prestaba á las frutas, colores y reflejos artificiales. Durante varios días la familia alimentábase únicamente con conservas, volviendo luego al prosaico

cocido y al caldo insulso, que no sabían á nada al paladar, habituado á los picantes.

Si la ganancia era de las gordas, y el incauto dejó bastante en manos de Eusebio, se coronaba la fiesta comiendo fuera, y acabando la velada en el teatro, y así recorrió Leandra los cafés y fondas más nombrados, y conoció los coliseos de segundo orden. En ellos veía Semíramis, en las funciones de última hora, los palcos llenos de hembras alegres, vestidas extravagantemente, que, reunidas en grupos de dos ó três, contestaban con descaro á los gestos que les hacían los hombres, que acudían allí, más que por la función, por ellas. La coja envidiábalas con toda el alma, pues las contemplaba como la realización viviente de su ideal de vida, que consistía en levantarse tarde, no trabajar, vestirse con lujo, poseer coche y concluir el día sentada en un palco de aquéllos, en espera de quien ha de pagar los gastos de la jornada.

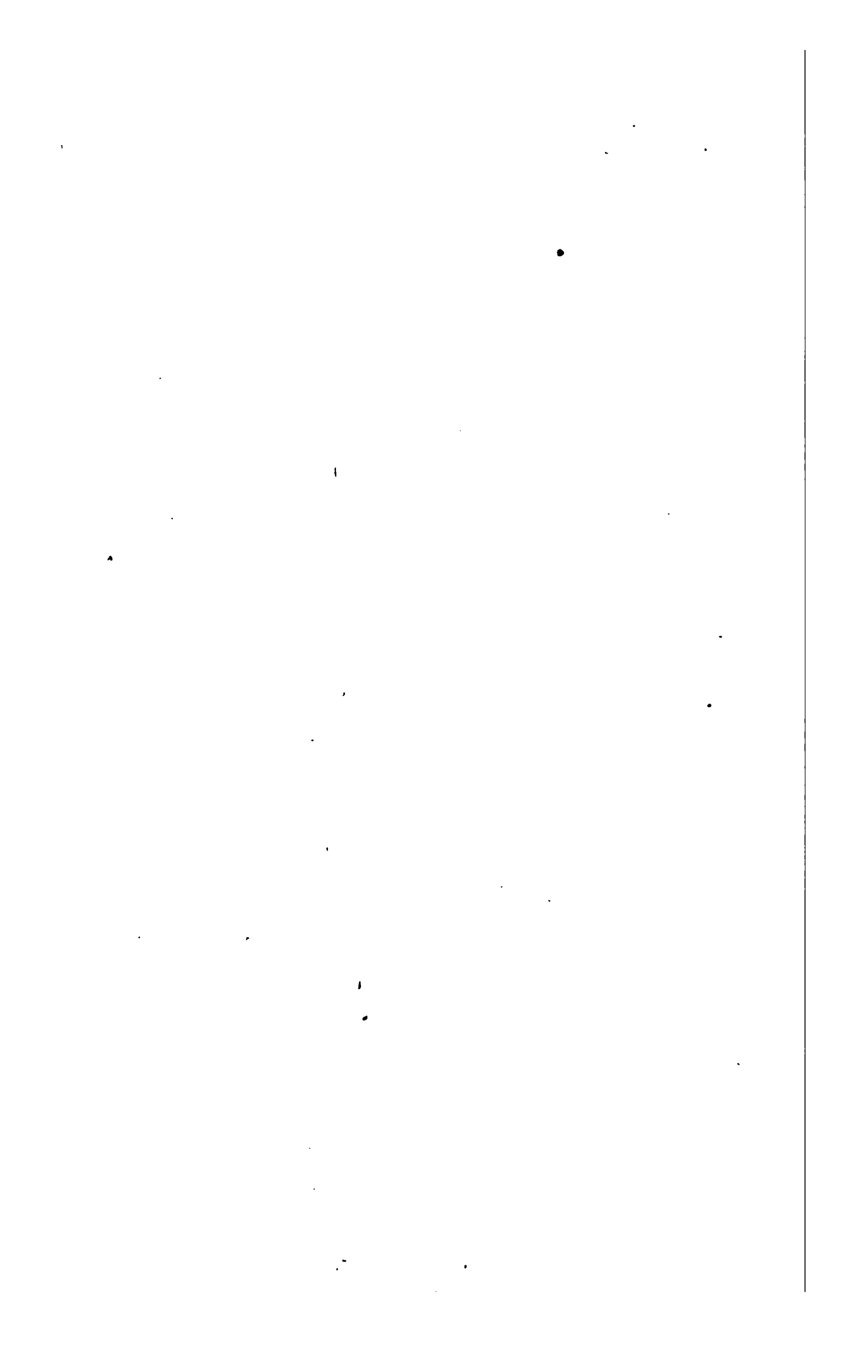
Algunos hombres la miraban, pero los ojos iban siempre á las de arriba, y ella se quedaba en su butaca, perdida entre los demás espectadores, sin marco para su hermosura. Entre los que con más insistencia le dirigían los gemelos, estaba Juanito Mardura, quien siempre lucía su pechera blanca y sus botones de piedras en la delantera de un proscenio, desde donde, bromeando con sus amigos, fascinaba á Leandra con alguna mirada, que era pagada con media docena de otras no menos incendiarias.

Pero ni por esto ni por las vespertinas persecuciones, que se repitieron varias veces, pasaba el asunto de los preliminares.

Semíramis irritábase ante aquella contrariedad, y cuanta noticia adquiría sobre el joven, aumentaba sus deseos de hablarle. Poco á poco se fué encaprichando, y concluyó por confesaıse que Mardura era el único hombre capaz de interesarla. No estaba enamorada, pues

no era mujer susceptible de eso; pero veía al muchacho con el entusiasmo con que, de sentirlo, mirarían un piano ó un violín al músico que puede hacer brotar de ellos, las armonías ignoradas que encierran.

¡Cómo luciría ella con un hombre como aquel! ¿Quién podría ponérsele delante? ¡Si él se atreviera! Mas, á pesar de los seguimientos crepusculares y de las ojeadas ardientes, el hombre no se decidía, no acababa de resolverse, siendo así que ella estaba ya resuelta.



II

Al café de La Unión, desde antiguo establecido en la calle de Atocha, acudía Hita diariamente, reuniéndose allí con una piña de amigos en las últimas horas de la tarde y primeras de la noche. Al desembocar de la calle de San Pedro, los ojos del utopista se posaban con delectación en los vidrios iluminados del modesto establecimiento, y atraído por ellos, cruzaba entre tranvías y coches, como nave que, guiada por las luces del faro, entra en puerto, evitando escollos y sirtes.

Subía alegremente, con viveza juvenil, los escalones que alzan el café de la ca-

lle; con impaciencia regocijada empujaba la puerta, y mientras tras él caía el batiente, haciendo retemblar los cristales, y bailar los periódicos y revistas que colgaban de su marco, encaminábase el feliz Eusebio al diván de la izquierda, donde en el rincón más apartado reuníanse los seis ó siete individuos que componían la tertulia.

De ella era el alma, la autoridad suprema el señor de Hita; de su labio brotaban máximas que á sus oyentes se les aparecían marcadas con el sello de la más excelsa sabiduría; sus conocimientos universales, ya fuesen políticos, ya sociológicos, científicos ó literarios, eran acatados por todos los contertulios, y nadie, ni aun el mozo Casiano, que alardeaba de socialista, se permitía contradecir á Eusebio, alzar el gallo en presencia del pontífice del café de La Unión.

Sin preocuparse mucho por las estrecheces de su casa, sentía Eusebio, cuando en ella estaba, un indefinible malestar,

algo que le impelía salir á la calle, deseando no tener ante su vista el espectáculo del trabajo de Felicitas, y aquel vago remordimiento, junto con la perpetua ansia de ser admirado sin contradicciones, eran sin duda las causas de su puntual asistencia á la reunión. Allí sentía halagado su amor propio, no satisfecho por el perpetuo y admirativo silencio de su mujer, escarnecido algunas veces por las burlas de Alejandro; allí satisfacía el instinto dominador que hace á todo hombre buscar teatro á su ambición, y en campo tan mísero y ante auditorio tan vulgar, exponía sus ideas, sus planes, con tanta fe y tal deseo de convencer, cual si se hallase ante un senado eminentísimo.

Los oyentes le pagaban á menudo el gasto, y aquella dulce vida de cafés gratis y triunfos oratorios, le hacía sentir una benevolencia grande, dispensar amplío perdón al local no muy limpio, á las mesas jamás lavadas, á los parroquianos

ramplones que interrumpían su facundia con salidas de tono; benevolencia que alcanzaba al camarero, quien atacado del virus del socialismo, alguna vez le espetó discursos aterradores en estilo apocalíptico.

¡Oh, qué dichosa existencia! ¡Cuánta paz en aquel rinconcito abrigado, lejos de la corriente de aire de la puerta! ¡Con qué júbilo egoísta piensa Eusebio en los infelices que transitan por la calle embarrada, mojándose con la llovizna fina, mientras él, arrellanado en el diván caliente, se recrea contemplando la taza de fuerte porcelana, donde el café y la leche se mezclan en proporciones sabias, y la media tostada, cubierta de manteca derretida, que dora el pan, renegrido por el fuego!

¡Oh, qué feliz holganza! ¡Qué plácida beatitud! Llegan unos y otros tertulianos; cada cual trae su noticia, notición á veces, que se acoge con entusiasmo, se discute acaloradamente y se comenta de

mil modos, y mientras, la humareda del tabaco sube en espirales continuas, tropieza en el bajo techo, desciende otra vez, envolviendo á los contertulios en una nube, cual si fuesen héroes homéricos; y de su seno surgen las palabras del gran Hita que, semejante á Jehová, dicta leyes al mundo, invisible entre el vapor, y así sigue la tertulia hasta que, llegada la funesta hora de su terminación, abandonan los parroquianos la mesa, sobre la cual flota, como testimonio de su estancia, el humo de los cigarros en densa masa grisácea, que surcan vetas azuladas, y que poco á poco se aclara, se columpia movida por el aire que entra, y concluye por desaparecer, disuelta en el espacio, sin dejar rastro de que fué.

El café, á más de ser para Eusebio centro de reunión, era también gabinete de lectura, pues el vendedor de revistas y semanarios de la entrada, permitía muy gustoso que hojease su surtido varón tan ilustre, quien gozaba mucho,

viéndose retratado en todo inventor insigne y creyendo verídicas las fabulosas maravillas y estupendos descubrimientos que amontonaban en aquellas páginas prodigio sobre prodigio. Su imaginación empapábase en tan entretenidas historias, y juzgaba como manifestaciones insuperables y supremas de la literatura científica, las migajas de saber que semanalmente aparecen para solaz de chiquillos y pasmo de soñadores.

Encantado con sus lecturas, no hablaba el hombre de otra cosa en la tertulia, y cada vez más entusiasta, concluyó por charlar científicamente en su casa, donde al principio fué todo bien, entreteniéndose Felicitas y sus hijos al escuchar los pormenores de la vida en Marte, descritos con galana minuciosidad, ó quedando extáticos y boquiabiertos ante el proyecto de un túnel bajo el Atlántico. Felicitas creía todo aquello invención de su esposo, y no cesaba de admirar su fuerza creadora; Leandra, oyendo tales cosas,

las refería siempre á su pensamiento dominante de riqueza y ocio; así, por el túnel submarino se encaminaba á pedir su mano un millonario, y la existencia marciana era una serie de felicidades, y Alejandro, sí bien regocijábase como utopista al escuchar las paternales narraciones, se irritaba escuchándolas, y envidiando á su padre, trataba de sujetarle con el freno del sentido común.

Esto del freno se lo dijo una noche en que el hablador trató del movimiento continuo, y molestóle con ello horriblemente, pues aquella tarde en el café había expuesto su teoría sobre semejante problema de modo tan claro, que todos, absolutamente todos sus oyentes, hasta el socialista Casiano, habían reconocido la bondad del sistema empleado. Sintióse enfurecer, pero se contuvo, y contestó con la afabilidad de quien guarda un argumento decisivo:

—Mucho te agradezco, querido Alejandro, lo que dices sobre mi desenfre-

nada imaginación; pero consuélate de tal desenfreno sabiendo, si es que lo ignoras, que con tu padre comparte estas ideas el sabio alemán que las expone.

—Por Dios, papá — repuso riendo el otro, —no tomes en serio esos sabios que inventan por veinte céntimos las revistas. Á tus años debes tener más ciencia práctica — acabó con la más perra intención, pues nada incomodaba tanto á Eusebio como que le llamaran viejo.

Así, gritó furioso:

—¡Á mis años lo que se tiene, son hijos más respetuosos que tú, mequetrefe! ¡más que mequetrefe! ¿Qué crees, que por haber empezado tres carreras, sin acabar ninguna, sabes más que el resto de tu familia?

—Si comencé tres carreras, sin terminarlas, ¿es mía la culpa? Es tuya, sólo tuya, haragán, inútil, que no enrojeces al verte mantenido por el trabajo de tu mujer.

Oyendo esto, Eusebio se levantó.

—¿Yo mantenido? ¿Yo inútil? Pero desgraciado, ¿no ves que trabajo, que lucho, que lucharé siempre, sin poder alzar mi vuelo, sujeto, preso en la tierra por el peso de esta recochina familia? ¡Ojalá no os tuviera! ¡Ojalá no hubieseis nacido jamás! Bien me lo decía Narváez: «No se case usted nunca, Hita; los hombres como usted deben permanecer solteros».

La cita histórica aumentó la hilaridad de Alejandro.

—Ni á ti te dijo nada Narváez, ni tú eres más que un perdis.

—¡Hijo—gritó Felicitas,—calla, calla, que me estás matando! Serénate, no os alteréis. Por Dios os lo pido—gemía la infeliz, sacada de su estupor habitual.

—Que soy un perdis, ¿eh? Verás, verás—balbuceaba en tanto Hita, ronco de cólera, agarrando la botella del agua para arrojarla á su antagonista que, frente á él, mirábale con ojos frenéticos, apretando sus dedos sobre el mango de un cuchi-

llo y que con voz trémula de furor dijo:

—No tires la botella, porque si lo haces, como hay Dios sucede aquí una desgracia.

—¡Amenazarme á mí!—rugió Hita, detenido sin embargo, por la actitud resuelta de Alejandro.—¡Amenazarme, te atreves!...

—Atrévete tú y veremos.

Entonces sucedió un hecho extraordinario, portentoso, casi, casi sobrenatural. Felicitas, que viendo seguir la disputa había hundido su cara entre las manos, se levantó, alzóse de un salto, de tal modo cambiada por la energía impresa en su semblante, que enmudecieron los hombres y la miraron como si la contemplasen por vez primera.

—Ni tú te atreves, ni tú —dijo serenamente, con voz llena de autoridad.—Suelta el cuchillo, deja esa botella.

La obedecieron atónitos, estupefactos, viendo lucir en sus ojos una claridad maravillosa que iluminaba su semblante

dolorido, sus facciones insignificantes y borradas.

—Oídme—continuó;—vosotros sois el mundo todo para mí, en la tierra entera sólo vosotros existís para este corazón, que lo formáis vosotros, que se llena con vuestro cariño, que anhela por vosotros, que por vosotros goza. Y no creáis, no os quiero separadamente, dando á cada uno un trozo de mi amor, á ti como marido, á ti como hijo, no; os quiero juntos, formando un afecto solo, por el que daría cien veces la vida; y cuando os veo disputar me pregunto, ¿cómo pueden reñir dos pedazos del mismo corazón? Ya sé que me queréis, que me queréis mucho, y que oyendo lo que os digo no me haréis sufrir con estas rencillas, que tanto mal me hacen.

Su rostro perdía poco á poco el resplandor que le iluminó, volviendo á caer sobre él la habitual expresión de resignado sufrimiento.

Con menos energía, temblándole la

Sentíase volver á la vida, y deseosa de evitarles el más ligero trabajo, se movía por el cuarto, quitando la mesa, arreglando todo en el aparador, atisbando sus gestos para adivinar el deseo. Se hubiera arrojado á sus pies, hubiérales servido de alfombra, extendiendo sobre el suelo su cuerpo infeliz, si se quejasen del frío del ladrillo.

Fuéronse uno tras otro los contrincantes, quedándose solas Leandra y su madre.

Durante la disputa, Semíramis permaneció ensimismada, pues su pensamiento estaba lejos, muy lejos de aquel ambiente, del cual le separaba una carta que Mardura, al fin decidido, habíale entregado aquella tarde.

¡Y qué carta! Cuanto primor literario ha producido el genio humano, era vulgar y ramplón al lado de aquella epístola, que la coja se aprendió de memoria, y donde decía el galán en letra no muy clara: «Señorita, una mujer tan guapa

como usted, debe vestirse con rasos, tener coche y dar dentera á las demás. Si no le soy antipático, ate usted un trapo blanco al balcón, y ya me las arreglaré yo con la portera para subir y ver de cerca, ojos tan retrecheros. Soy de usted su servidor y amigo que le besa los pies, Juan Mardura».

Los piropos escritos leíalos Leandra llena de orgullo; las ofertas soñadas le parecía que empezaban á realizarse, y veía sobre el papel el carruaje, los vestidos; y aquel final, donde el conquistador, sin saber cómo concluir, terminaba de manera tan vulgarmente fina, se le antojaba acabado modelo de distinción. «Su servidor» un chico con tanto dinero; «besa los pies», ¡qué rendido! Pensando en tales cosas no podía fijarse en trifulcas de poco más ó menos, y mientras su padre y Alejandro estaban á punto de venir á las manos, pensamientos más excelsos la separaban de aquel medio tan vulgar y pobre. ¿Colga-

ría el trapo blanco? ¿No lo colgaría?

En estas dudas pasó la comida, y después de ella siguieron, hasta que, alzando el visillo, vió bajo el farol de enfrente á Mardura, en espera de la señal. Unas mujeronas que llenaban sus cántaros en la fuente que se adosa en la pared del jardín, mirábanle intrigadas; él, de cuando en cuando, alzaba la vista á los balcones.

¿Se decidía, sí ó no? Sí, se decidía; y viendo á su madre dormida, descansando sus penas, entró en la alcoba, sacó una toalla, abrió el balcón sigilosamente, y sin atar la tela, agitándola en el aire, llamó á su fortuna. Los ojos de la deidad miraron, y, saludando á la atrevida con la mano, Mardura entró en el portal.

Semíramis cerró, pasó como una gata silenciosa por el cuarto, espiando el sueño de Felicitas, y situóse en el pasillo junto á la puerta de la escalera. Á poco tosieron persuasivamente al otro lado, y abriendo

Leandra, vió ante sí á Juanito Mardura, envuelto en los reflejos chispeantes de las piedras que brillaban en su alfiler, anillos y gemelos.

IV

Y aquellas alhajas, relumbrando fantásticamente ante los ojos de la coja, adornaron con sus reflejos los conceptos pobres y tímidos del seductor, quien á la verdad, no parecía muy ducho en lances como aquél.

—Muchas gracias, señorita; agradezco en extremo su bondad — fué lo primero que habló, de modo entrecortado.

Leandra respondió:

—Le creo á usted persona formal, por eso le he hecho seña de que suba; — y diciendo esto, pensaba: «¡Vaya un alfiler! Pues ¿y las sortijas? Parece algo tonto, mejor. ¡Suerte tuviste, Leandra!»

En tanto, el mozo, rehaciéndose, se animaba, floreando á la coja, diciéndole cosas atrevidas en son de broma, y echándolas de gracioso, esmaltaba su oratoria con chistes del repertorio chico, que aprendió frecuentando asiduamente los teatros por horas.

Semíramis respondía con otros, que él celebraba con sofocadas risas, y la confianza, creciendo entre ambos, animábale á él, que intentó alguna vez usar de sus manos, y hacía que ella, mientras defendíase de los asaltos, lo examinára atentamente, y viera que, con su bigote negro y espeso, su tez morena, donde resaltaban los ojos oscuros y grandes, sus anchas espaldas, alta estatura y músculos recios que se adivinaban bajo la telilla del traje de entretiempo, Mardura resultaba más guapo de cerca que de lejos.

Ni una palabra de amor cruzóse entre ambos en aquella primera entrevista, ni en las siguientes. Leandra veía tan sólo

en aquel hombre la realización de sus deseos ambiciosos, y su pensamiento, atento á ellos, le presentaba á Juanito como un escalón para subir, como medio de abandonar su vida de estrecheces trabajosas; y Mardura, complicado en aquel trance, más que por deseo, por amor propio, contemplaba á Semíramis lleno de vanidad, gozando anticipadamente al pensar en la sorpresa de sus compañeros de correrías cuando, la noche en que Leandra apareciera en un teatro, hermosa, elegantísima, preguntaran el nombre de aquella real moza desconocida. Nadie lo sabría, y la curiosidad subiría de punto, hasta que algún amigo de Juanito, á quien éste confiara su secreto, descorriese el velo del anónimo, diciendo á los preguntones:

—¿Quién? ¿Esa del palco? Es la Leandra, la querida de Mardura.

—¿De Mardura?—respondería estupefacto, algún Tenorio de fama.—¡Imposible! Ese chico no lee más que los clásicos.

Pues sí, de Mardura, de Mardura sólo sería la gloria de haber descubierto una nueva estrella, y así como Fulano *lanzó* á la Juanota, y la Belén fué raptada y entregada á la circulación por Zutano, él también, como sus ilustres cofrades, añadiría el nombre de una cortesana, exclusivamente suya, á la lista de sus triunfos, que á sí mismo se confesaba no ser muy lucidos.

Y para ver llegar pronto fecha tan feliz, proponía á Semíramis en todas sus conversaciones, el entresuelo amueblado en alguna casa moderna de las calles nuevas, los vestidos abundantes, el coche, y como última seducción, ofreció á la muchacha llevarla á viajar aquel verano y lucirla en San Sebastián y Biarritz, é ir luego unas semanitas á París, para que allí adquiriese el barniz de extranjerismo, necesario á toda hetera que se respeta.

Aquellas proposiciones enloquecían á la ambiciosa. No trabajar, levantarse tar-

de, comer bien todos los días. Los vestidos, ¡ah, los vestidos! ¡Cómo se iba á vestir! Ya se vería elegancia y lujo. El coche, aquel coche soñado, que la pasearía bajo los árboles del Retiro. Pues ¿y viajar? ¿Dónde hay mayor dicha? Irse lejos, lejos, viendo cosas nuevas, cosas bonitas que existían sin que ella las conociese, lo cual, á la verdad, era imperdonable. El Casino de San Sebastián, el mar, Biarritz, Francia, y sobre todo, París, París, y ensimismada repetía el nombre de la capital, París, París, y la *s* final silbaba entre sus labios, ondulante y envolvedora.

Á veces resolvíase á marchar, pero algo la detenía, aconsejándole que retrasase su caída en lo posible, pues cuanto más tarde cayera con más fruto sería, y aquel razonamiento la sujetaba, refrenando su deseo.

De nada se apercibía Felicitas, siempre abstraída en el trabajo, y aunque algo hubiera visto, su cariño hacia Leandra era tan grande, tan confiado, que no

creería á sus ojos. Semíramis estaba también siempre sobre aviso, y la alarma más pequeña bastábale para despedir al seductor; alguna vez su madre salió al pasillo cuando ella cerraba la puerta, pero los más vanos pretextos acallaban á Felicitas, incapaz de suponer los enredos de su hija.

Alejandro y su padre, después de la controversia acerca del movimiento continuo, se hablaban muy poco, cruzando insignificantes y raras palabras. Cada uno estudiaba cuanto el otro decía, y esforzábase por encontrar sus discursos vacíos y desprovistos de todo mérito, manifestando su desprecio con sonrisas diplomáticamente disimuladas y miradas desdeñosas, que daban á entender que aquella paz ficticia no podía durar mucho.

Hita, después del descalabro que sufrió en unión del sabio alemán, había abandonado las ciencias mecánicas y cultivaba con entusiasmo, el campo ameno de las económicas. Lucíase en el café

disertando sobre impuestos, teoría de Malthus, rentas y demás zarandajas semejantes, y poseído del ardor de neófito, exponía tesis, planteaba problemas y refutaba errores con erudición que pasmaba á los contertulios.

Tanto se entusiasmó un día con un sistema de contribuciones, que, no contento con explanarlo en la tertulia, lo expuso en su casa mientras comían, desarrollándolo con galanura y claridad maravillosas. Leandra no atendía, pero Felicitas, á pesar de sentirse inquieta por el temor de que la sabia conversación diese al traste con la paz familiar, le escuchaba encantada, y Alejandro, sin mirar á su padre, oyendo humillado aquella gallarda manifestación de elocuencia, trataba de cogerle en algún renuncio para reirse y tomar el desquite. Mas el orador traía bien aprendido el texto y la oración continuaba, adornándose con comparaciones, elegantizándose con rebuscados giros, llena de eruditos comentarios, sin

que el sensato pudiese hallar resquicio donde clavar la uña. Eusebio comprendía cuanto pasaba por la cabeza de su primogénito, y gozoso por el triunfo, seguía hablando muy poseído del asunto; pero en la confianza nace el peligro, y así, cuando más ufano citaba los nombres de los hacendistas ilustres que trataron de implantar aquella tributación, y coronaba un brillantísimo período con una retahila de nombres extranjeros, se le trabó la lengua, y en vez de decir Néc-ker pronunció triunfalmente Bécquer.

¡Para qué quiso más Alejandro! Echóse á reir, diciendo:

—¡Ja, ja! ¡Qué disparate! ¡Qué risa! ¡Bécquer hacendista! ¡Ja, ja, ja, Bécquer!

Aquella hilaridad insultante encolerizó de modo terrible á Hita, que exclamó fuera de sí:

—¡Granuja, mal hijo, envidioso; sí, envidioso, comido de envidia porque ves que valgo más que tú!

—¿Yo envidioso? ¿Y de tí?—repuso el

aludido.—Me vas á matar á fuerza de hacerme reir. ¿Envidioso de ti?... Vamos, quien quiera divertirse que venga á oirte. ¿Envidiarte? Esto tiene más gracia que lo de Bécquer economista, y lo que es eso te digo que es de lo más salado que te he oído.

Mientras decía esto, acompañaba las palabras con risitas provocativas, y á la vez que Eusebio, en el colmo del furor, deshacía un pedazo de pan en polvo de migas, el otro acababa su perorata, balanceándose en su silla y diciendo con expresión de supremo desprecio:

—Ya no es preciso que vayamos al teatro, ¿para qué? Oyéndote nos divertimos más, porque, te lo digo de veras, papá, para payaso, tú.

Oirse llamar payaso, coger Eusebio un plato, arrojárselo á su hijo y dar en la cabeza á Leandra, fué todo uno.

¡Virgen santísima, la que se armó entonces! Rugió Semíramis al sentir el choque y Felicitas abrazóse á Alejandro para

impedir se lanzase contra su padre, que se había apoderado de otro plato y lo blandía en actitud fiera. Durante un momento conservaron todos sus actitudes respectivas, como si representasen un cuadro vivo; luego Leandra dijo frenética:

—Sois unos infames. ¡Herirme! El plato condenado me pudo dejar en el sitio.—Y añadió, mirándose al espejo:—Aquí, junto al oído, tengo la señal. Me quisiste matar, mal padre.

—Calla Leandra, hija, no digas eso. Calmaos. Tranquilízate tú, Eusebio. ¡Ay Dios mío! ¡Una familia tan unida!... Vaya, esto pasó, no ha sido nada, bromas, bromas—decía Felicitas entrecortadamente.

Los demás callaban, y la infeliz, ahogándose por los latidos de su corazón, queriéndose convencer de que en efecto nada había pasado, seguía:

—Toma un poco de agua, Leandra. ¿Te has asustado? ¡Pobrecita! No es nada, nada. Siéntate, hijo; siéntate, Eusebio

¿Quieres vino? ¿Quieres que traiga los fósforos? ¿No fumas? Ya pasó, ya pasó todo; no ha sido nada, nada.

—No, mamá—dijo entonces Alejandro;—ésta es una prueba de que yo no puedo seguir viviendo en esta casa. Por ti, á quien tanto quiero, he sufrido las estupideces de ese señor; pero la escena de esta noche, las injurias, las violencias, me obligan á llevar á cabo una resolución que he meditado mucho. Me ausento de aquí, me voy de España. Un amigo mío emigra al Perú, con él me marcho, y allí encontraré un trabajo honroso que me permitirá vivir sin aguantar á quien es indigno de respeto.

Felicitas escuchaba espantada á su hijo, que decía aquellas frases terribles sereno y tranquilo:

—¿Marcharte? ¡Ay, hijo! ¡Marcharte! No te veré más. No, Alejandro, Alejandrito, niño mío, no te vayas; anda, hazlo por mí, por mí, que tanto te quiero; no te vayas tan lejos, tan lejos. No te veré

más, no, me lo dice el corazón, este corazón que te adora. Eusebio, díle que no se vaya, por Dios, díselo, convéncele—gemía la madre dolorosa, apretando á Alejandro entre sus brazos, mientras las lágrimas caían desde los ojos levantados para mirar al que se iba.

Hita, oyendo á su mujer, contestó:

—Felicitas querida, mi alma sufre mucho con el dilema que me presentas: conservar á nuestro hijo á costa de mi dignidad, ó verle partir, guardando intacto el depósito de honor heredado de mis padres. Tú, mejor que nadie, esposa mía, comprendes que un hombre de mi temple prefiere el respetarse á sí mismo que el cariño de los demás, y así, si nuestro siempre muy amado hijo Alejandro, quiere abandonarnos, que lo haga, y que, al marchar, parta convencido de que por todos sitios, le acompañarán el cariño y las bendiciones de su padre.

Á la vez que las palabras melosas sonaban, los ojos las desmentían, mirando

llenos de odio al audaz que se escapaba, que se iba á América, el paraíso de los soñadores.

Oyendo la sentencia, Felicitas, sin decir palabra, se desplomó en una silla, dejó caer en la mesa los brazos y sobre ellos la cabeza, ahogando sus sollozos que conmovían su cuerpo en sobresaltos de agonía.

En silencio se miraron los hombres. Alejandro salió del cuarto, paseó por él Hita, y mascullando un cigarro, acercóse á Felicitas.

—Pero, hija, ¡que has de ser siempre así! Cálmate, sé razonable.

Oyendo á su marido, lloró más fuertemente la desgraciada, y exaltándose su dolor al recibir un consuelo, gimió con fuerza, retorciendo las manos en movimientos convulsivos sobre el hule, donde arrastraban los cabellos grises.

Al fin alzó su cabeza y, bañada en llanto, abrazóse á su marido.

—Por lo que más quieras, haz que se

quede, díselo. Él se dejará convencer, si tú le hablas con cariño. Mira cuánto sufro, ten lástima. Hazlo, hazlo; si no, perderé á mi hijo.

—Te hablaba juzgándote una mujer racional, y veo que no lo eres. Ni yo he de decir nada á Alejandro para que se quede, ni él se quedaría. Así, no llores más, no llores — siguió impacientado, oyendo los sollozos de Felicitas.—Calla, es ridículo. ¿Qué dirán los vecinos? Creerán que eres una mártir. Sécate esos ojos, no seas estúpida, no llores.

El corazón de la madre oprimióse escuchando á Eusebio; dudó por vez primera del cariño de su esposo, y sintiendo ante aquella idea un dolor inmenso, que desconoció hasta entonces, arrojó lejos de ella la duda, y aferrándose á su creencia, á su religión vacilante, quiso creer, creer ciegamente, y secó las lágrimas.

La voluntad de su cariño venció al sentimiento y no lloró más, esforzándose en obedecer á Hita. Tenía razón, era ri-

dículo llorar de aquel modo, escandalizando á la vecindad, y su alma, estremecida de pena al pensar en la marcha del hijo, guardó el tormento infinito que sufría su amor, dentro, muy dentro, donde nadie le veía, ni adivinaba siquiera, y de tal modo vió marchar á Alejandro.

Las ridiculeces sentimentales, como diría Eusebio, las lágrimas, las súplicas, los sollozos, las manifestaciones externas de aflicción, no acompañaron la partida del hijo. Al parecer, impávida, indiferente, vió Felicitas pasar los cortos días que precedieron al viaje; nada dijo. Su boca, que ansiaba besar incansablemente al que marchaba, no se apretó contra el rostro amado hasta que en la estación besóle, poniendo su alma entera en aquel beso último; sus ojos, secos, enrojecidos por oculto llanto, seguían los movimientos de Alejandro, aquellos movimientos familiares que, fotografiados en la memoria de Felicitas, se repro-

ducirían luego, cuando sus pupilas creyesen entrever al ausente en la penumbra crepuscular; y siempre áridos los ojos, le vieron ir, y sin verter una lágrima, siguieron con desesperación muda, la fuga rápida del tren que, cual el destino, marchaba inexorable, sin detener su carrera, huyendo velozmente, arrebatando lejos las alegrías.

Y así, sin quejarse, siguió bordando, bordando siempre aquellas banderitas que nacían entre sus manos, trayendo á su mente el recuerdo de otras que, ondeando á la brisa, palpitantes y alegres, flotarían en el aire, reflejadas en las aguas del inmenso mar, por donde se alejaba para siempre Alejandro.

Su alma trató de hallar consuelo pensando que aún tenía al lado dos cariños verdaderos, profundos: su marido, siempre tan bueno, á pesar de sus genialidades; Leandra, tan hermosa, tan recatada. Podía ser feliz, y quién sabe, tal vez Alejandro volviese. No debía desesperarse y

confiar, esperando días mejores. Leandra se casaría con un hombre honrado y trabajador, y todos vivirían pacíficamente sn la casita modesta, alegrada por el bullicio de los nietecillos; y era tal la fuerza de su amor, que alejaba su pena pencando en los dos afectos que aún guar daba cerca.

Pero el de la coja no lo había de conservar mucho tiempo, pues el plato que le rompieron en la cabeza la había decidido, y también ella se iba, emigraba, á un Perú más cierto y cercano, que aquel adonde se fué Alejandro. Las razones codiciosas que movían á Semíramis, ocultólas con el pretexto de que en su casa no tenía seguridad personal, y pensando que así como el plato, que se había roto sin detrimento grave, pudo haberle dado en sitio más importante, y dejarla tuerta ó aplastar su perfecta nariz, resolvió marcharse á paraje más tranquilo y seguro.

El plan de fuga se arregló facilísima-

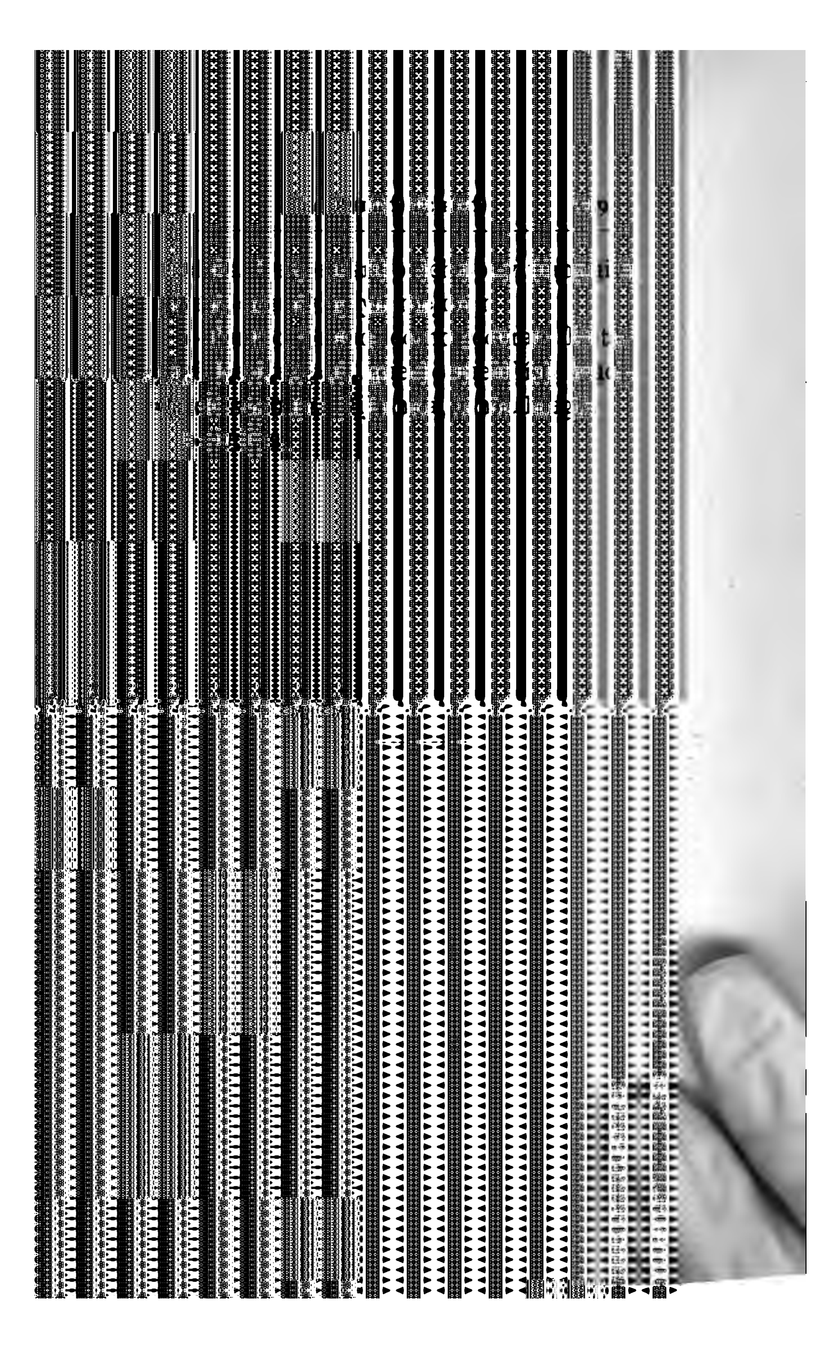
mente. Leandra pretextaría un malestar, una jaqueca, cualquier cosa para no acompañar á su madre cuando fuese al almacén, y luego saldría á juntarse con Mardura, que esperaría con un coche en la esquina de la calle de la Alameda; de allí al entresuelo, al teatro, á Biarritz, á París. ¡Oh, alegría! Todo lo aprobó el raptor, que empezaba á impacientarse, pues el verano veníase encima, y á poco que la fuga se retrasase, no quedaría en Madrid ningún amigo para envidiarle. Se ratificaron los cómplices en lo dicho. ¿No olvidaban nada? Á ver, el malestar... el coche... y á vivir.

....

—Se me parte la cabeza de dolor. Hoy no te acompaño á entregar, mamá; voy á echarme un rato á ver si me alivio.

—Sí, sí, échate, estate quieta; cerraré el balcón. ¿Quieres que te ponga en las sienes unos parchecitos de sebo? Eso es muy bueno, en un vuelo los caliento y...

—¡Ay! No, no, se me quitará sin re-



V

La portera entregó á Felicitas una carta, cuando la de Hita entró en su casa, y díjole al propio tiempo que Leandra había salido á poco de irse su madre.

—¡Qué raro!—pensó Felicitas, y sus dedos temblorosos trataron de rasgar el sobre que se doblaba entre ellos.

Al fin consiguió abrirlo y empezó á leer, saltando sus ojos de renglón en renglón aturdidamente, sin acertar con el sentido de las palabras, que deshacían sus sílabas y saltando fuera del papel, se esparramaban por los escalones y subían por las paredes, pareciendo burlarse de la lectora, quien leía, sin comprender lo

que decían aquellas líneas, donde secamente se despedía Leandra, diciendo que se iba de su casa por no sufrir más miserias, para no trabajar más. Alababa con ironía la virtud de su madre, á la cual confesaba no quererse parecer, concluyendo la carta con un adiós glacial que releía la madre sin darse cuenta de lo que significaban aquellas palabras.

—Pero ¿qué dice? ¿Que se va? ¿Que se marcha?—murmuraba, mientras subía los peldaños trabajosamente, doblada en dos por un desvanecimiento de sus fuerzas que la obligaba á agarrarse al barandal. —No es verdad, no puede serlo. ¡Mi Leandra, mi hija marcharse así! No es cierto, no, son cavilaciones mías. Esta carta dice otra cosa que no acierto á leer, estas palabras significan algo distinto de lo que pienso. No se ha ido, está, está en casa.

Entró, y una vez dentro, corrió al cuarto de Leandra con la absurda esperanza de encontrarla en él.

La habitación estaba vacía y en orden, pues Semiramis, desdeñando sus trapos pobres, se fué con lo puesto. Los ojos de Felicitas recorrieron ávidamente el cuarto, escuadriñaron los rincones, rebuscaron en la penumbra: nada, nada vieron, todo vacío.

—¡Leandra, Leandra!—gritó la madre.—Ven, ¿dónde estás?

La voz sonó en la casa desierta, prolongándose en los ecos. Nadie respondió. Otra vez quiso Felicitas llamar desde el comedor, mas una nube oscureció su vista; creyó que las paredes se inclinaban, que el piso se hundía; sujetóse á la mesa, pero el mueble huyó rápidamente, y agolpándose en su memoria detalles olvidados, hechos insignificantes, un papel que vió en sus manos, un ruido de voces en el pasillo, comprendió la madre la traición, y sintiéndose hundir en un negro abismo, se desmayó.

Al llegar Hita del café, extrañóse al

hallar la puerta entreabierta y gritó desde la entrada:

—¡Felicitas! ¡Leandra!

Nadie contestaba; encendió entonces un fósforo, y gruñendo contra aquellas descuidadas, entró en el comedor. Al hallar en el suelo á su mujer siguió gritando:

—¡Leandra, coja de los diablos! ven.

Al volverse hacia la alcoba para llamar otra vez á su hija, tropezó su vista con la carta, que quedó sobre la mesa del comedor. Las primeras palabras interesáronle tanto que, dejando á Felicitas por tierra, encendió una vela y leyó el papel.

En tanto la desmayada volvía poco á poco en sí. Sus miradas, aún no muy seguras, se fijaron en Hita, quien releyó el papel, mientras Felicitas se alzaba penosamente.

El hombre dobló el escrito y dijo:

—¡Estamos lucidos! ¡Bien educaste á tus hijos! Uno se va á América, porque

dice que no puede soportarme; ésta se escapa Dios sabe dónde y con quién, por no trabajar. ¡Bien los educaste! Puedes estar satisfecha de tu obra. Porque es toda tuya, yo no tengo arte ni parte en cuanto sucede, la culpa es únicamente de ti.

Felicitas le oía sin comprender. Su cerebro, aún no repuesto, entendía vagamente lo dicho por Hita. «Su culpa, decía Eusebio, era culpa suya; ella pensaba que no. ¿Cómo por su culpa se quedaba sin hijos? No entendía bien.» Y para que lo comprendiese mejor, siguió el otro, cada vez más furioso:

—Aunque te estés toda la vida mirándome con esos ojos estúpidos, no me harás cambiar de opinión. Si les hubieras enseñado á respetarme, no me hubiera faltado Alejandro, ni esa... se hubiera fugado. Tú has sido mi ángel malo, y mi suerte perra me hizo casarme contigo. Todas las injusticias del mundo, todas mis desgracias, de ti vienen. ¡Cuando pienso en mi vida truncada, en mi por-

venir deshecho por una mujer vulgarísima! Porque eres muy vulgar, convéncete. ¿Qué crees? ¿Que porque coses cuatro pingos, hemos de estar todos admirados de tu trabajo? No, no llores ahora, ya no es tiempo. Aguanta sin hacer pucheros, como lo he hecho yo, sufriendo sin una queja el martirio constante de ver mi gloria fallida por culpa de una costurera adocenada.

—Eusebio, no digas eso. ¿Cómo puedes creer que yo?... ¡Jesús, Jesús, qué pena!—decía llorando Felícitas.—¡Pensar que tengo la culpa de cuanto nos pasa! Si siempre he hecho todo por lo mejor, creyendo que hacía bien. Ya sé—continuó—que no soy la mujer que necesitabas; pero te he agradecido tanto que descendieras hasta mí, que no me echases en cara mi tontería, mi ignorancia. Te quiero tanto, tanto, que comprendo la verdad que dices. Tienes razón, debí educarlos de otro modo, sí, de otro modo. ¡Pobres hijos míos! Yo que...

—No hables más—interrumpió Hita.—Vamos á comer. Lo hecho, hecho está. Ya decidiré yo lo que juzgue conveniente.

Durante la comida, Felicitas buscaba los medios de agradar á Eusebio, viendo si su vaso estaba lleno, sirviéndole los mejores bocados. Él se dejaba querer silencioso, ensimismado en algún proyecto magno que germinaba bajo su frente arrugada, tras sus cejas fruncidas.

Se fué pronto, y Felicitas púsose á bordar apresuradamente, para suplir así la falta de Leandra. Los ojos cansados se le cerraban, alguna vez cabeceaba, y despertando con sobresalto seguía un momento el bordado, hasta que al fin pudo más la fatiga y quedó dormida, murmurando palabras entrecortadas por suspiros, atenaceada en su sueño por la pena incesante. Al entrar su marido despertó, y el temor y azoramiento de haber sucumbido al cansancio le impidieron sorprenderse del regocijado aspecto de Hita,

quien debía haber averiguado alguna noticia agradable, cuyo conocimiento iluminaba su cara de corsario berberisco. Nada dijo á su mujer, y ésta, considerando tal silencio como manifiesta prueba de cariño, y gozosa viendo que no la regañaban, fuese á la cama, más confiada que nunca en el amor de Eusebio.

Aquel cambio .del gran utopista acentuóse más en los días sucesivos, y reconocía por causa los informes que adquirió sobre el raptor de Leandra. Comprendía claramente Eusebio que su vida de holganza corría gravísimo peligro, visto el estado de las cosas. Era inútil hacerse ilusiones: Felicitas estaba vieja, podía caer enferma, y entonces ¿qué iba á ser de él? La haraganería poníale incesantemente ante los ojos la visión de la riqueza que usufructuaba su hija, impulsábale poco á poco á pensar en el posible disfrute de alguna parte de ella, y allanaba los obstáculos, presentándole cuadros rientes de vida placentera y ocio-

sa que podrían realizarse si se las sabía arreglar. Comprendiendo que aquello era una canallada, trataba de alejar tales pensamientos, de ahogar los escrúpulos escasos y débiles que sentía; pero poco á poco afirmóse más en su idea, y resbalando suavemente, concluyó por ponerse al habla con Leandra.

Nada decía de esto á su esposa, detenido por un temor vago, y Felicitas continuaba sin noticias de la fugitiva. Bordaba mucho, afanosamente, encorvada sobre los cartones, que se cubrían de brillantes tonos bajo el movimiento atareado de los dedos. Frente á ella las acacias del jardín enviábanle efluvios aromosos de sus flores, que pendían en racimos blancos sobre las tapias. El aire blando penetraba por el balcón abierto y traía rumores sordos de ruedas que hacían á la madre mirar la masa verde del Retiro, y suspirar pensando en la infame que la dejó y que tal vez pasease bajo las sombras de aquellos árboles,

que cabeceaban movidos por el viento.

Un día, después de almorzar, con el acento indiferente que hubiera empleado para decir «¡qué buena tarde hace!», dijo Hita á su mujer, que bordaba junto al balcón abierto:

—Ayer hablé con Leandra.

—¿Con Leandra? ¿Dónde está? Quiero verla—exclamó Felicitas asombrada.

—Por ahora no podrás verla, pues anoche se fué á París con su protector, el señor de Mardura. Pero como es tan buena hija, antes de marcharse se ha acordado de sus padres, y ha querido aliviar su situación.

De todo cuanto Eusebio dijo, sólo retuvo Felicitas la frase «se fué á París con su protector».

«Su protector, es decir, su amante, pensaba, su amante.»

Y llena de indignación, dijo:

—Si tiene un amante, ha muerto para nosotros. No quiero verla, no la veré nunca.

—Severa estás—contestó su marido, fumando con calma;—pero ya se te pasará. Nuestra hija está en el camino de la fortuna, y como su inteligencia es parecida á la mía, llegará, y cuando la veas rica, dichosa, independiente, cambiarás de pensamiento.

—No cambiaré—repuso serena Felicitas,—no cambiaré jamás. No quiero verla, no quiero saber de ella.

—No sé si la verás ó no, pero, hija, lo que es no saber de ella, te va á ser difícil; tendrás que irte de Madrid.

Y añadió tranquilamente:

—Por cierto, eso es lo que nos propone, que nos vayamos fuera.

—¿Se atreve á proponernos algo? ¿Se atreve? Pero, Eusebio, tu dignidad, tu hidalguía, ¿no se estremecen, no se espantan al repetirme eso?

—Amada Felicitas, mi dignidad y mi hidalguía creen necesario, y no juzgan deshonroso aceptar la proposición de nuestra hija. Óyeme con sosiego y com-

prenderás mi razón. El señor de Mardura, caballero apreciable en extremo, posee fincas en Andalucía. Su administrador se ha marchado, y desea que yo vaya á reemplazarle. Como conoce mis dotes, comprende que soy insustituible, y para retenerme me ha ofrecido un sueldo muy aceptable. Ya ves, sería una necedad desperdiciar ocasión semejante. Es preciso tener juicio; ya estamos viejos, tú estás necesitada de reposo, y allí gozarás de él, viviendo en una buena casa, sin cuidados, rodeada de sirvientes, en medio de un país hermosísimo. Leandra quiere que nos vayamos en seguida.

Felicitas, que le oyó sin decir nada, se levantó entonces con tal ímpetu, que silla, cesto, ovillos y banderas rodaron por el suelo, y acercándose á su marido, le dijo mirándole cara á cara:

—Antes que vivir de lo que nos dé el querido de Leandra, morirnos de hambre. ¿Lo oyes?

—Te morirás tú, porque yo estoy has-

to de miserias y de y privaciones. Yo acepto, he aceptado ya.

El cariño de Felicitas vió entonces la materia de que se formaba su ídolo: lo creyó de oro finísimo, de inquebrantable acero, de metales preciados, y ahora se trocaba en barro hediondo, en asqueroso polvo. Su ser noble y recto, sublevándose ante la manifestación del engaño, le hizo responder:

—Eres un infame, un vil. ¡Proponerme esa ignominia! ¿Pensaste un momento que iba á aceptarla? Claro, creerías que soy como tú; y no, no lo soy, gracias á Dios, no. Soy muy distinta, mucho. Te he querido; gracias á mí, á mi trabajo, viviste, y yo trabajaba contenta, era feliz, viendo en ti al hombre que necesitaba á su lado mi honradez, y me dices que me marche contigo, que aproveche la deshonra de mi hija para vivir cómodamente... ¡Ah, infame, infame! ¿cómo he podido quererte? ¿Cómo he vivido á tu lado tanto tiempo, sin comprender lo que

eras? ¿Irme? Aquí me quedo. Vete tú, si te atreves; anda, vete. Yo me quedo, me quedo sola, aunque sé que la pena me matará.

El alma de proveedor de serrallo del berberisco sólo encontró, como venganza contra las palabras de Felicitas, decir:

—¿Morirte tú? No caerá esa ganga. En fin, yo de todas maneras me marcho.

Cogió su sombrero y se dirigió hacia la puerta.

—¡Eusebio, por tu madre, no te vayas¡

—Adiós.

—Te lo repito. Si te vas, la pena me hará morir.

—Pues muérete—respondió él, cerrando tras sí la puerta.

Inmóvil en medio del cuarto, Felicitas oía alejarse las pisadas. También aquél la abandonaba; todos se iban. Muy lejos se había marchado Alejandro, más lejos aún Leandra y Eusebio, y á todos los

veía desaparecer, hundiéndose en unas sombras negras y espesas, que rodaban en oleadas tumultuosas por el fondo de un precipicio abierto á sus pies. Todos se fueron. La abandonada sintióse enloquecer, sus sienes latían, nublábase su vista; quiso llamar á Hita, movió los labios, pero la voz no brotó.

Nada dijo. Volvió la vista,y en su demencia, viendo el balcón abierto, corrió, saltó, y hendiendo el aire, que crujió bajo el peso del cuerpo, cayó de espaldas en la acera de enfrente.

Hita, que salía, la vió allí, extendida sobre la piedra, reposando su cabeza en un charco de sangre que enrojecía los mechones grises.

Cerrábanse los ojos, y las facciones serenas encubrían con el sello del reposo absoluto de la muerte, la agitación tremenda que la mató. Los labios se unían apretados y severos, sin dejar huir el secreto de su agonía, y sobre ellos, sobre las manos por vez primera ociosas, sobre

los párpados pálidos, sobre el cuerpo todo, caían en gotear incesante los pétalos perfumados de las acacias de la Garucci.

Octubre 1901.

INDICE

*Acabóse de imprimir este libro en
Madrid y en la casa de los Hi-
jos de M. G. Hernández
á veintiún días del
mes de Abril de
1902 años.*



